

B. Benit D.





EL SUEÑO DE HASSAN

B. Benid. D. e.

EL SUEÑO DE HASSAN

Giovanna Righini Ricci

BENILDE EDICIONES
2017

<http://www.benilde.org>
Sevilla-España

DISEÑO
Bane

IMAGEN DE PORTADA
Funny de Lola Ferreruela

ISBN 978-84-16390- 36-6

Colección Benilde narrativa, n. 6.
Directora: Anna Marzio

Comité científico internacional: Elena Jaime de Pablos, Universidad de Almería; Nikica Mihaljevic, Universidad de Spalato, Croatia; Alejandra Moreno Álvarez, Universidad de Oviedo; María Michaela Coppola, Universidad de Trento, Italia; Rocío González Naranjo, Universidad de Limoges, Francia; Margherita Orsino, Universidad de Toulouse, Francia; Ernestina Pellegrini, Universidad de Florencia, Italia; Claudia Pazos Alonso, Universidad de Oxford, Reino Unido, Michèle Ramond, Universidad Paris VIII; Milagros Ezquerro San José, Universidad de París-Sorbonne, Francia; Malgorzata Godlewska, Universidad Ateneum de Gdansk, Polonia; Carmen Ramírez Gómez, Universidad de Sevilla; Alexandra Astudillo, Universidad de San Francisco (USFQ), Quito, Ecuador.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

EL SUEÑO DE HASSAN

Giovanna Righini Ricci



Capítulo 1	
El campo de los “hombres azules”	9
Capítulo II	
Pastando, con el fiel Zag, soñando la lejana ciudad	13
Capítulo III	
El mercado de M’Hamid y la tormenta de arena	19
Capítulo IV	
El día de las despedidas	27
Capítulo V	
Sobre el... techo de un autobús, de viaje hacia lo desconocido	33
Capítulo VI	
En el infierno de los curtidores de Fez	39
Capítulo VII	
La agresión	45
Capítulo VIII	
Encuentro con el pequeño encantador de serpientes	51
Capítulo IX	
Hassan descubre el mar	57
Capítulo X	
La emboscada y la fuga clandestina hacia el norte	63
Capítulo XI	
Hassan, vendedor ambulante en Turín	69
Capítulo XII	
¡Libre y hambriento!	75

Capítulo XIII	
Mila	81
Capítulo XIV	
La gran familia del circo	87
Capítulo XV	
El circo se va	91
Capítulo XVI	
La muerte de la elefantita	97
Capítulo XVII	
Hassan da... ¡espectáculo!	101
Capítulo XVIII	
Vuelta a Marruecos	107
Capítulo XIX	
De nuevo con Alí, en la Medina	115
Capítulo XX	
¡Finalmente en Marrakech!	121
Capítulo XXI	
Hassan se encuentra de nuevo con Amina	129
Capítulo XXII	
También Amina deja el campamento	135
Capítulo XXIII	
Juntos, hacia el mañana	141

Capítulo 1

El campo de los “hombres azules”

El disco solar desapareció de golpe tras los lejanos montes y sombras violáceas se arrastraron por las dunas.

Entonces Hassan volvió en sí, levantó la cara, que tenía hundida entre las rodillas, y miró a su alrededor: Zag, su perro, ya corría adelante y atrás reagrupando a las cabras y las ovejas, que todavía se obstinaban en pastar sobre los pedregales.

Se puso de pie, sacudió la arena de la maltrecha chilaba, arregló la bandana hecha girones que le recogía los cabellos rizados, y suspiró:

«Vamos».

Perro y rebaño, se movieron al escuchar esta señal, arrastrando silenciosamente las patas por la arena roja.

Oscurecía rápidamente y el silencio del desierto agigantaba el susurro de sus pasos.

El chico caminaba con la cabeza agachada, absorto en sus pensamientos; el perro lo precedía, a veces empujando con el hocico a las ovejas rezagadas, a veces girándose para mirarlo, impaciente por encontrarse en el campamento, al reparo del desierto, donde dentro de poco resonaría la llamada de los chacales.

Superaron dunas y pedruscos, hasta que llegaron a ver el campamento: la sombra violeta envolvía las tiendas y en el aire subía perezoso el olor de la cabra, que se asaba sobre un lecho de brasas.

Entonces Zag se puso a ladrar alegremente y Hassan aligeró el paso, exclamando:

«¡Sé que tienes hambre!».

Pasaron por delante de las tiendas; una mujer joven, envuelta en un manto azul, los vio pasar sin dejar de remover su cuscús; dos niños los pasaron, corriendo en dirección del grupito que estaba asando la cabra en medio del campo.

Hassan se dirigió hacia el manantial de agua que fluía entre las palmeras polvorientas; y el rebaño se acercó a beber, bajo

la atenta mirada del perro. Cuando Hassan le hizo un gesto, la bestia alejó a golpes de hocico a las ovejas, moviéndolas a otro sitio, donde esperaba, con la cabeza levantada, la lengua colgando, a que su dueño se quitase el turbante, se acercara al agua y se lavara esmeradamente el rostro, los brazos y los pies. Después Hassan se movió un poco más allá, donde surgía un manantial de agua limpia en la arena fina: se puso de rodillas y bebió, casi religiosamente; por último se levantó y volvió con su pequeño rebaño que lo acompañó hasta su vivienda, una cavidad que se abría bajo un trozo de roca, protegida por una cortina oscura. Colocó el rebaño dentro de un recinto de piedras y entró, seguido del perro.

La noche caía, rápida, y pequeñas luces comenzaron a centellear por todo el campo.

Cuando apareció, dos niñas dejaron de jugar con la mandíbula de oveja y con la piedra larga y gibosa que se parecía a un dromedario, y levantaron sus grandes ojos negros hacia él. Un niño pequeño estaba acurrucado en la entrada y tenía moscas sobre la cara. Hassan, pasando, alargó la mano y se las quitó; los insectos, sin embargo, un momento después, volvieron a tomar su puesto en torno a la boca y los ojos del niño.

«¿Y tu padre?», preguntó una mujer alta y robusta, que estaba preparando la cena sobre un fuego, con el rostro cubierto por una tela del vestido azul que la envolvía entera. Junto a ella, un niño mofletudo atizaba el fuego con unas ramas.

Hassan se encogió de hombros y se puso a encender la lumbre.

Poco después un rebuzno agudo lo atrajo hacia la entrada: su padre se acercaba lentamente, a través del vallecito, empujando a un asno gris, cargado con un gran bulto. Hombre y animal se pararon un momento, en sombra contra el cielo violeta, antes de dirigirse al campamento.

«Está llegando», dijo Hassan, entrando de nuevo.

Otra joven mujer, con la cabeza cubierta por un velo azul, colocaba mientras tanto grandes trozos de pan sobre la mesa y cuando el hombre entró, con el rostro oscuro escondido por el turbante y los ojos negros de cansancio, el enorme barreño que

servía para colocar la sopa fue llevado a la mesa y un perfume cálido de comida se propagó por la gruta. Allí se sentaron todos alrededor y comenzaron a mojar pan en el barreño; las dos mujeres se ocupaban por turnos del niño, en silencio.

Poco después se oyeron unos pasos y por la cortina aparecieron dos niños, con un trozo de oveja asada. Se acercaron, mostrando la carne, intimidados por la presencia del hombre, el cual se levantó, la cogió y dijo, tocándose la boca y la frente con la mano:

«Dad las gracias a vuestro padre y que Alá esté con vosotros».

Los dos niños asintieron con la cabeza y salieron dando pasos hacia atrás; sin embargo, en cuanto estuvieron al aire libre, se pusieron a correr y reír alegremente: ¡era siempre una fiesta, en el campamento, cuando se mataba una cabra y había comida para todos!

La madre de Hassan cogió de las manos del hombre la carne y las repartió entre los comensales, sirviendo primero al hombre, después a la joven mujer, después Hassan, Omar y las dos niñas. Incluso el pequeño recibió un hueso para roer. Ella no cogió nada. En silencio entonces Hassan le puso por delante su trozo de carne; pero la mujer lo rechazó, con un gesto tranquilo:

«¡Come!», dijo. Y su voz sonó fuerte y armoniosa.

Después la joven cogió entre los brazos al niño y lo puso a dormir sobre una estera, las dos niñas salieron con Omar a limpiar en la arena el barreño, el padre se sentó sobre la entrada a fumar, con las piernas cruzadas, y Hassan sacó de debajo de su catre una pequeña radio, la encendió y escuchó durante un rato el canturreo de una nenia lejana. Pero las pilas estaban casi completamente acabadas y el chico apagó la radio, con un suspiro. Después fue a sentarse a la entrada, junto al padre, y miró fuera. Todos los fuegos se habían apagado ya en el campamento; alguna luz pequeña brillaba, débil, dentro de las tiendas. La noche reinaba ahora, soberana, sobre el desierto, y las estrellas palpitaban, vivas, en el cielo despejado.

Después la luna subió y permaneció, inmóvil, sobre las dunas, y todo calló en el campamento, perdido en medio de la

vastedad. Un chacal lanzó en la lejanía una llamada extenuada. Después reinó de nuevo el silencio. El hombre entonces se levantó y fue al recinto a comprobar su rebaño; acarició, entrando, el lomo de su asno que dormía en pie junto a la tienda y se acostó sobre una vieja esterilla junto a la pared de la gruta, junto a sus mujeres y niños.

«¿No vienes?», preguntó, en la oscuridad, a Hassan.

«Sí», dijo el chico. Pero no se movió: las rodillas contra el pecho, los brazos alrededor de las mismas, permaneció largo tiempo mirando la luna que navegaba silenciosa en un cielo de perlas, entre miríadas de estrellas; y de nuevo su sueño lo invadió de tormento: poder seguir el camino de la luna y caminar, caminar, hacia el oeste, para llegar Marrakech, la ciudad de las torres rojas, con la Medina llena de vendedores y mercantes, las tiendas relucientes de oro y gemas, las plazas abarrotadas de saltimbanquis y luchadores; la ciudad de los blancos hoteles, donde los extranjeros duermen felices en mullidas camas, vigilados por los guardianes inmóviles en sus espléndidas divisas blancas resplandecientes de adornos, con la cimitarra al lado; duermen también las aves raras, en las vastas pajareras de los patios internos, entre un susurro de puentes, mientras las luces parpadeaban, a miles, en la ciudad...

Esto es: viajar, como hicieron un día sus hermanos mayores, que se fueron hacia la lejana Europa, para no volver más; como el hijo del viejo Abdullah, que vive en Casablanca, y de vez en cuando llega al campamento con su jeep cargado de cosas extrañas, barreños, bolsas, radios, objetos de plástico; viajar, como tantos otros y dejar, a hurtadillas, el desierto, la soledad, las miserias. Viajar e ir a trabajar como recepcionista en un gran hotel y vestir la divisa blanca con el velo al viento y tener una cimitarra al lado...

El chacal ladró, aún más cerca, y Hassan volvió en sí, con un escalofrío. La noche se había hecho fría y todo el campamento dormía ahora, sumergido en la sombra. Entonces se puso en pie, alcanzó a tientas su catre, se recostó, encogiéndose para calentarse, y espero a que el sueño viniera para borrar de su mente la insistente ilusión de la lejana ciudad.

Capítulo II

Pastando, con el fiel Zag, soñando la lejana ciudad

El alba blanqueaba el horizonte cuando Hassan se despertó. Guiado por la tenue claridad que provenía del exterior, se levantó y salió, evitando la esterilla donde la joven targha dormía teniendo contra su pecho al pequeño, y también la de los tres niños.

Fuera, el cielo se abría rápidamente y la arena era lívida y fría bajo los pies.

El chico se dirigió hacia el recinto, donde su padre estaba ya ordeñando las cabras, y Zag fue rápidamente a refregar la cabeza contra sus piernas, moviendo el rabo. También el hombre lo vio y le acercó una recipiente con leche; Hassan se la llevó a la boca, en silencio, y dio algunos tragos. Después volvió a la tienda y puso el recipiente en la mesa. Ni la joven mujer ni los niños se movieron de sus lechos. Hassan volvió fuera, estremeciéndose en el aire frío, y ayudó a su padre a subir la carga sobre el asno que movía plácidamente la cola, masticando un poco de paja. El campamento se estaba despertando y hombres y mujeres salían silenciosamente de las tiendas, yendo a recoger agua o ensillar a sus bestias. Un dromedario, despertado bruscamente de su sueño, emitió un profundo quejido, mostrando disgustado los gruesos labios, y fue necesario un buen rato para que el chico que debía cargarle la carga consiguiera ponerlo en pie.

La luz crecía rápidamente por oriente y pronto el horizonte fue todo naranja, mientras la arena se volvía de golpe amarilla como la melena de león.

El padre de Hassan ya había cargado su asno y se puso delante, dándole una voz. La bestia comenzó a caminar, dócil, en dirección a los montes, y Hassan los siguió durante un poco con la mirada, deleitándose mientras observaba sus sombras, larguísimas, en la arena. Después volvió en sí y se dirigió hacia oriente,

hasta que vio una hilera reticular de piedras que cerraba una porción de arena, dibujando la planta de un pequeño templo, con una apertura a oeste y una especie de entrada a este: allí, de rodillas y con el rostro mirando hacia el sol naciente, estaba su madre, y la figura se dibujaba, poderosa, a contraluz. La mujer rezaba, devota, envuelta en su manto azul y sus babuchas, bordadas de hilos dorados, brillaban. Como siempre, Hassan se detuvo a distancia, para mirarla, con admiración y respeto.

La mujer levantó la cabeza, alzó los brazos en una última oración; después se puso en pie, se volvió, vio al hijo y se iluminó toda:

«Ya estás despierto», dijo.

Hassan asintió:

«Nuestro padre se ha ido», anunció.

Después se puso a su lado, mientras la mujer se subía el velo hasta los ojos y juntos volvieron al campamento.

«¿Has bebido leche?», Preguntó la mujer.

Hassan asintió de nuevo mientras daba vueltas y vueltas en la mente a las palabras que desde hacía tiempo le quemaban dentro.

Dos mujeres con velo pasaron por su lado, con un breve gesto de saludo, sosteniendo recipientes de cobre sobre la cabeza; sus pasos no hacían ruido alguno; solo las pulseras de plata que llevaban en los tobillos tintineaban dulcemente.

«Madre...», dijo Hassan, con voz incierta.

«Sí», dijo la mujer.

«Madre...yo...». El chico dejó de hablar, intimidado por la mirada de la madre, que lo miraba con sus grandes ojos negros, en los cuales brillaba una melancolía profunda: ¡sabía bien qué deseaba decirle! ¡Hacía mucho que se temía este momento, aquellas palabras!

«¡Madre, yo quiero ir allí abajo, a la ciudad de ocre rojo!», explotó Hassan, sin respirar, con la frente inundada de sudor.

La mujer no respondió y Hassan sintió que el sudor le mojaba también las palmas de las manos:

«Quiero irme, como mis hermanos», repitió, con obstinación.

«Como tus hermanos», dijo la voz sin expresión de la madre.

«¡Yo quiero ver las torres de Marrakech, quiero ver los blancos edificios de portales árabes, quiero ver el mundo, madre!», gritó Hassan, y su voz sonó áspera en el silencio de la mañana.

«Tu padre sufrirá», dijo la mujer, melancólica.

«Díselo tú, madre, que debo irme...», le suplicó Hassan.

En los ojos de la mujer brillaron lágrimas contenidas:

«Se lo diré», prometió.

En el pecho de Hassan el corazón hizo una cabriola:

«¡Gracias, madre!».

Y, empujado por el entusiasmo, salió corriendo, llegó a la tienda y entró gritando felizmente:

«¡Despierta! ¡Ya ha salido el sol!».

La joven targha se había levantado de su lecho y estaba dando de comer al pequeño, que movía la cabeza, somnoliento, y los ojos medio cerrados. También las dos niñas se habían levantado y ahora se sentaban a la mesa, donde Omar mojaba el pan en la leche.

Después entró también su madre, y Hassan se preparó para llevar el rebaño a pastar. La mujer le dio un pequeño paquete con un trozo de pan y le confió una pequeña cantimplora de piel de camello para que la llenara en el arroyo. El chico salió, mientras la joven targha separaba con cuidado los cabellos de la cabeza de una de las niñas, sirviéndose de un largo diente de marfil, después mojaba con aceite cada mechón y hacía trencitas, alineadas con cuidado, una junto a otra. Mientras esperaba su turno, la otra niña miraba a la hermana con ojos alegres, sosteniendo al pequeño, que tenía la cabeza rapada casi completamente para protegerlo de los parásitos, con excepción de un pequeño mechón de pelo encrespado en la parte alta de la cabeza.

«Ven», dijo Hassan a Zag, que se levantó rápidamente, abandonando el hueso que estaba royendo, y lo siguió al recinto, donde se esforzó por hacer que las ovejas y las cabras deseosas de comida se alinearan. Se alejaron hacia las dunas, bajo la mirada de la madre, que los siguió con la vista hasta que desaparecie-

ron; solo entonces volvió a entrar y se puso a cocinar legumbres en un recipiente de terracota, escuchando absorta el tintineo de las pulseras de la joven targa:

«También Hassan se irá, y nosotros nos quedaremos solos, nosotros solos en mitad del desierto», pensaba. Y una lágrima brilló, sin que se viera, en sus ojos: «Hassan tomará el camino de occidente y yo no lo veré más, como no volveré a ver a mis otros hijos». Y una profunda tristeza le invadió el pecho.

Hassan, mientras tanto, caminaba ante su pequeño rebaño; el sol subía rápidamente en el cielo, el aire se calentaba y la arena estaba ya templada bajo sus pies. Se inclinó en el manantial, bebió con gusto el agua fresca, llenó con cuidado la pequeña cantimplora, atento a no desperdiciar ni una gota; después se volvió a poner en pie y dijo alegremente a su perro:

«¡Vamos, vamos, holgazán, si no el sol nos achicharrará!».

Entonces Zag dio algunos tragos apresuradamente y se puso a empujar con el hocico el rebaño, para alejarlo del manantial y dirigirlo hacia un vallecito pedregoso, donde algún mísero matojo de hierba había conseguido escapar de la sequedad y el calor. Y poco después el pequeño rebaño comenzó a pastar, mientras Zag se acurrucaba a los pies de Hassan, tumbado junto a una roca, con el turbante como si fuera una almohada bajo la cabeza y el rostro vuelto hacia occidente: ¡Allí surgía Marrakech, la ciudad de ocre rojo, y allí iría pronto también él!

El sol aguijoneaba y el aire se hacía cada vez más incandescente, mientras en medio del pedregal arañas, escorpiones y tarántulas se agitaban con frenesí. Hassan entonces dio una voz a Zag, que se levantó y fue a ladrar al rebaño, el cual dulcemente se apartó tras unos espolones de roca, en una breve sombra, donde las ovejas se tumbaron y se convirtieron en arena dentro de la arena, mientras las cabras buscaban todavía, obstinadamente, alguna ramita y un poco de hierba, antes de ceder al calor.

Hassan se acercó aún más a la roca, se envolvió el turbante en la cabeza, para proteger la cabeza del sol; después encogió contra el pecho las largas piernas, agarrando con los brazos las rodillas y volvió a sus sueños, mientras Zag se acercaba lentamente a él, para adormilarse hasta la puesta de sol. Un tuareg

pasó a lo lejos, teniendo a su dromedario por el ronزال, empequeñeció y desapareció en el horizonte. El sol agujijoneaba ahora implacable sobre el desierto y toda forma de vida pareció petrificarse y apagarse, mientras, con los ojos cerrados y una música dentro del pecho, Hassan perseguía siempre su sueño y veía densas copas de palmeras salir de los jardines de las casas, y chorros de agua clara en los cuencos de loza brillante, y arcos recubiertos de oro y de mosaicos sobre columnas en espiral... Abandonado en la arena, Zag gimió en el sueño y parecía como si llorara. Hassan volvió en sí y lo miró, con ternura: ¡cuánto había crecido! Lo había encontrado hace dos años, en el mercado de M'Hamid, donde su padre había llevado las pieles de cabra para vender: estaba reparándose del sol bajo la sombra de una tienda, cuando oyó ladrar a su lado; se volvió y vio un cachorro color arena que lo miraba con ojos que le parecieron llenos de lágrimas. Hassan alargó la mano, le hizo una caricia sobre la cabecita redonda, y el cachorro agitó frenéticamente la cola y se lanzó a sus pies, con la panza hacia arriba. Enternecido, Hassan lo cogió en brazos, le limpió la arena y el cachorro le apoyó la cabecita sobre el pecho y cerró los ojos, confiado. Estuvieron así un largo rato el niño y el perrito, mientras a pocos pasos el padre de Hassan mercadeaba las pieles con un gordo mercader. Después la carga pasó del lomo del asno a la saca del mercader y su padre se acercó a él contando las monedas:

«Vamos», dijo brevemente.

Hassan volvió en sí, puso en el suelo el cachorro, se levantó y siguió al hombre que ya se había puesto a la altura de la cabeza del asno. El cachorro lo miró desorientado; después, viendo que Hassan se iba sin él, comenzó a correr detrás, hundiéndose las cortas patitas en la arena; y ladraba.

Hassan se volvió y le dijo, con voz suave:

«Vete...».

El cachorro ladró más fuerte, con desesperación.

Hassan se detuvo, con la mirada baja, nos osando pedir al padre permiso para llevarlo consigo. El hombre, adivinando sus pensamientos, se volvió y dijo:

«No hay sitio para él, en el desierto».

«Lo sé», murmuró Hassan, con voz quebrada. Y se puso de nuevo en marcha.

El cachorro intentó entonces correr, pero sus patitas eran demasiado cortas y estaba demasiado cansado para conseguirlo: pronto quedó atrás como una pequeña cosa llorona en la arena roja. «Padre...», dijo Hassan, con la voz temblorosa, volviéndose para mirarlo: «Padre... yo quería...».

El hombre no respondió y escondió el rostro bajo el velo.

Se pararon a comprar un puñado de dátiles de un vendedor que exhibía su pobre mercancía en las afueras del mercado. Hassan se volvió y vio una cosa pequeña corriendo hacia ellos:

«¡Es él!», exclamó señalándolo con el dedo.

«Se ha perdido», dijo el vendedor. «Lleva ladrando toda la mañana».

«¿Y se quedará aquí... solo?», preguntó Hassan con voz implorante, «morirá de hambre...».

«Lo sé», fue la respuesta del hombre, que ya había agarrado al asno por el ronzal.

«Padre... quiero llevarlo conmigo...», arriesgó Hassan.

«Es demasiado pequeño», dijo el hombre, sin mirarlo.

«Le daré mi parte de leche, lo tendré conmigo, yo... yo...».

Entonces el hombre asintió con la cabeza, en silencio, y Hassan se agachó rápido, cogió el cachorro y se lo puso en el pecho: «¡Gracias, padre!», exultó.

El hombre ni se volvió ni respondió, pero Hassan entendió que era un tácito consenso y sintió una profunda ternura por aquel padre esquivo pero de buen ánimo...

Hassan despertó y se agachó para acariciarle la cabeza:

«Duerme, holgazán, ahora que puedes. Mañana vamos al mercado de M'Hamid!», exclamó felizmente.

Zag levantó las orejas, abrió un ojo y lo miró, moviendo el rabo lentamente para no desperdiciar energías. Después cerró los ojos e intentó dormir: ¡no le encantaba la idea de ir en medio de la confusión del mercado! ¡Demasiadas patas de mulos y dromedarios que esquivar, demasiado camino para recorrer, demasiados tristes recuerdos!

Capítulo III

El mercado de M'Hamid y la tormenta de arena

Cuando llegaron a ver el mercado de M'Hamid, el sol estaba subiendo por el horizonte y las sombras se acortaban rápidamente en la arena.

Era temprano todavía, pero los vendedores habían expuesto ya toda su mercancía: higos, dátiles, hierbas aromáticas, dulces de pasta de almendra, caftanes, alfombras, pieles de camello, vasos de creta, canastos de juncos entrelazados, esterillas de rafia, tbika con su característica cubierta cónica. En el mercado más cercano para los hombres azules del desierto, que se acercaban por antiguas rutas, con andares lentos y altivos, envueltos en sus ropajes color añil, y siempre toda aquella mercancía ponía el pecho de Hassan el afán de correr hacia el oeste, de donde provenían.

Mientras su padre colocaba las pieles de cabra sobre una hoja de palmera, Hassan fue a atar el asno junto a una roca de donde salía un brote de hierba polvorienta, que la bestia comenzó tranquilamente a masticar. Después comenzó a explorar el mercado, pavoneándose en la hermosa gandura azul que le caía sobre la túnica blanca, con el tradicional tarbush de los tuareg sobre los cabellos rizados y las bellas sandalias de punta cuadrada en los pies. Mientras tanto observaba por allí una pila de folios con fórmulas mágicas contra el mal de ojo que un indígena, con la cabeza cubierta por un alechou, ofrecía a los pasajeros, por allá odres de leche de camella, al fondo collares de piedras duras de hermosos colores... Y todo le fascinaba.

Pasando de puesto en puesto, llegó a un grupo de cabañas donde mujeres y niños estaban acurrucados por el suelo, sobre bastas esterillas, mientras una de ellas, envuelta en su chilaba azul, hervía el agua para el té sobre el fuego.

Viendo que el chico la observaba, la mujer sonrió, mostrando dientes blancos y fuertes:

«¿Quieres un poco?», preguntó amablemente.

Hassan negó con la cabeza y se puso a dar vueltas por todos sitios, hasta que una niña, en la grupa de un dromedario altísimo, atrajo su atención: llevaba una túnica larga hasta las rodillas, un velo blanco le envolvía la cabeza, con los cabellos divididos en innumerables trencitas, y tenía entre los brazos... ¡una cría de gacela! ¡Una cría de gacela, dulce y suave que apretaba contra su pecho! Hassan sintió que se le escapaban lágrimas de ternura, recordando que precisamente allí, en aquel mercado, había encontrado a su Zag. Sintiéndose observada, la niña hizo un gesto como de temor y se apretó aún más contra el pecho el animalito, que tenía grandes ojos húmedos y un hocico tembloroso.

«Es bonito», dijo Hassan, abiertamente.

La niña se puso el velo en el rostro y giró la cabeza, molesta.

Entonces Hassan se dirigió hacia un grupo de personas que estaban en pie junto a un escribano, esperando su turno, mientras una mujer le hablaba suavemente al oído; el escribano escuchaba con los ojos cerrados, asentía, meditaba, y después se inclinaba y escribía, muy despacio.

«Yo no necesito al escribano. ¡Sé hacerlo yo mismo!», pensó Hassan, viendo la escena: ¡le parecía horrible tener que hablar así, en pleno suk, de asuntos privados a un desconocido!

El ruido de un motor atrajo su atención: por la calle asfaltada que venía del oeste estaba llegando en un Land Rover amarillo, con tres personas a bordo, dos hombres y una mujer. Se paró delante del suk y la mujer bajó, con una cámara de vídeo en mano, y se puso a grabar el mercado, mientras los dos hombres daban vueltas por los puestos, tocando las esteras y las alfombras y negociando con los vendedores.

Hassan se puso a seguirla. De pronto vio dos asnos que estaban atados delante de una empalizada: aburridos, tenían los hocicos juntos y parecía que hablaran, con complicidad.

«Madame...», dijo Hassan, señalando tímidamente la escena.

La mujer lo escuchó, se volvió, viendo a los dos asnos que ahora parecían besarse, y gritó:

«¡Oh, oui, c'est beau, très beau! ¡Merci!»¹.

Y la cámara zumbó como un panal de abejas. Después la mujer apartó los ojos del objetivo, lo miró y sonrió:

«¿Tu connais le français?»², preguntó, asombrada, mirándolo de arriba abajo.

«Oui...»³, murmuró Hassan, ocultándose: se lo había enseñado su madre, igual que le había enseñado a leer, a escribir y hablar el bereber.

«¿Quel est ton nom?»⁴.

«Hassan»

«Hassan, ¿comme ton roi?»⁵, y la mujer rio alegremente. Después añadió, examinando la hermosa túnica bordada con motivos geométricos:

«Tu es beau: je désire te filmer»⁶.

Y se puso a seguirlo con su cámara de vídeo zumbadora, mientras Hassan se movía de un lado a otro, avergonzado.

Al final la mujer se le acercó y le dijo:

«Viens»⁷.

Lo cogió por un brazo y lo llevó a los dos hombres que estaban amontonando sobre el Land Rover alfombras, canastas y vasijas de arcilla:

«¡Regardez le beau tuareg!»⁸, exclamó, riendo.

Los dos hombres respondieron, en una lengua que Hassan no conocía, y se subieron al vehículo. La mujer los siguió, y después, mientras el motor ya sonaba, dispuesto a emprender de nuevo la marcha, abrió la bolsa y lanzó algo en la arena, a

1 «¡Oh, sí, es bonito, muy bonito! ¡Gracias!».

2 «¿Tú hablas francés?».

3 «Sí...».

4 «¿Cuál es tu nombre?».

5 «Hassan, ¿cómo tu rey?».

6 «Eres guapo: quiero grabarte».

7 «Ven».

8 «Mirad qué tuareg tan guapo».

los pies de Hassan. Después se colocó el sombrero de paja sobre la cabeza, cubriendo los hermosos cabellos rubios, levantó un brazo, mientras el Land Rover daba la vuelta y tomaba el camino por el que había venido, y gritó:

«Adieu»⁹.

Hassan movió la mano, en señal de saludo. Después se inclinó y vio que le había lanzado tres monedas de cinco dirham. Entonces su corazón dio un vuelco. Volvió alegre sobre sus pasos, mientras el Land Rover desaparecía por un camino de asfalto que el sol hacía brillar como si estuviera lleno de charcos de agua.

Su padre, mientras tanto, había vendido todas las pieles, se había reabastecido de provisiones y el asno estaba ya cargado y listo para volver:

«Vamos», dijo a Hassan. «Debemos llegar al valle antes del calor».

«¡Mira lo que me ha regalado la mujer rubia!», exclamó el chico, mostrándole las monedas. Habría querido decirle también que ahora sabía que tenía un nombre importante, pero no se atrevió.

«Son una buena suma», comentó el hombre. «Ten cuidado».

Hassan entonces escondió las monedas en el saquito de piel de camello que llevaba en la cintura y se puso en marcha junto a su padre.

Pasaron los puestos, caminando por delante de casas de arcilla cruda, terrazas, flanqueadas por un arroyuelo donde chapoteaban una nube de niños semidesnudos, rodearon las tiendas de los nómadas, que cocían el cuscús en una cacerola apoyada sobre una olla llena de agua y de legumbres. Finalmente, tomaron el camino, invisible para un ojo no ejercitado, que llevaba hacia el corazón del desierto. A medida que avanzaban, desaparecía todo resto de presencia humana, para dejar el paso a cabañas abandonadas, matorros despoblados y penachos de thalis.

⁹ «Adiós».

Un hombre y una mujer, que iban en un dromedario en su dirección, los superaron con paso rápido, el hombre con la típica indumentaria azul de los tuareg, la mujer envuelta en un chal negro que le cubría la cabeza y llegaba hasta la cintura, adornado de grandes llaves, de formas extrañas. Los dos hicieron un pequeño gesto de saludo, al cual el padre de Hassan respondió cortésmente, cubriéndose el rostro con el turbante azul.

«¡Les queda mucho camino!», comentó después el hombre, con la mirada fija en las dos sombras oscuras que ya se perdían en el oro de la arena. Y Hassan se puso a pensar en la personalidad de su padre, un tuareg que había aceptado, por el amor de su mujer, dejar de ser un nómada y vivir en el margen del desierto: pequeño, oscuro, taciturno, cuando todavía era niño había ido al oeste, y una espléndida muchacha bereber lo había seguido, sin dudar, por el desierto, dejando atrás los floridos jardines, los juegos en las fuentes, los palacios fastuosos de la ciudad, y le había dado seis hijos, cuatro varones y dos niñas, silenciosa y devota. Y cuando él volvió al desierto de los Tassili, para tomar una nueva joven compañera, no había dicho nada; así, la espléndida targha, comprada por tres cabras y seis ovejas, vino con ellos a vivir bajo la tienda, y ni aun así la mujer dijo nada, incluso la acogió con una sonrisa, como a una nueva hija; y sonrió incluso cuando nació el pequeño...

Hassan exhaló un largo suspiro: los dos tuareg habían desaparecido en el horizonte, llevados por el paso fogoso de su dromedario; Hassan puso entonces los ojos sobre las pequeñas huellas del asno, que avanzaba despacio, y deseo volver a encontrar lo antes posible la fresca consistencia de su tienda y los ojos de su madre.

Un remolino nació, de repente, en la arena roja; fue girando hacia ellos, los rodeó, desapareciendo justo después en la lejanía y dejándoles con los ojos y la boca llenos de arena.

«¿Son los Kel es Souf?», preguntó Hassan, con la voz temblorosa, recordando las leyendas que su madre le contaba cuando era pequeño:

“Los Kel es Souf son espíritus malignos”, le decía, “que asumen las formas más extrañas, para hacer daño a los hombres...”

Y se tocó furtivamente el amuleto que tenía en el pecho.

El hombre miró hacia arriba, con los ojos cerrados, y negó con la cabeza:

«Viene viento», dijo. Y su voz sonó, lúgubre, en el silencio que reinaba ahora sobre el desierto. También el asno estaba inquieto y trotaba con la cabeza agachada.

Después, un ruido, seco como un trueno, estalló ante ellos y el viento subió repentinamente desde la arena y los embistió, violentísimo.

Cegado, sin poder respirar, Hassan se agarró al padre, mientras el asno se paraba, petrificado.

«Rápido, detrás de aquella roca. ¡Aguanta la respiración y cúbrete la cara!», gritó el padre, arrastrando a empujones al asno obstinado hacia un saliente de roca. Lo alcanzaron, en el infernal remolino, se agazaparon, acercándose al asno y metiendo la cabeza entre las rodillas esperaron y esperaron, angustiados, que aquella tempestad de viento y arena cesase, mientras mil hienas parecía que rieran en el desierto de fuego y el viento hacía crepitar la arena contra las rocas que sonaban, como innumerables tambores golpeados por innumerables dedos. Y todo era arena y sequedad a su alrededor, desierto y presagio de muerte.

Después el viento se apaciguó, tan rápido como había venido, y volvió de nuevo el silencio.

Hassan se recobró e intentó emerger de la capa de arena que los había sepultado, ayudado por el padre que puso de nuevo en pie al asno e intentó quitarle la arena a la carga.

Hassan miró alrededor, asustado: se había borrado el camino y las dunas habían cambiado. ¡El paisaje había cambiado por completo!

«¡Padre: ya no hay camino!», gritó.

«Nos orientaremos con el sol», dijo el hombre. Cogió de debajo de la ropa una pequeña cantimplora de piel y la dio al hijo: «Bebe», le exhortó, confortándolo con la voz.

Hassan bebió un largo trago, con los dientes que rechinaban por la arena, después se la devolvió al padre, que la guardó sin beber, y aconsejó:

«Agárrate a la cola del asno».

Hassan obedeció, mientras el hombre agarraba a la bestia por el ronزال y se encaminaba, hundiéndose en la arena, con el asno que de vez en cuando se tambaleaba, caía en un agujero, y encontraba de nuevo el terreno sólido bajo los pies; después una duna nacida hace poco bloqueaba el paso y había que desviarse, con el sudor que caía por la frente, con los labios quemados y la garganta reseca, mientras el hombre miraba al cielo y buscaba el camino en aquel mar de olas de arena sin fin.

«No llegaremos nunca», pensaba Hassan, angustiado. «El viento habrá sepultado el campamento, y estarán todos muertos, todos...».

Y avanzaba fatigadamente, con la cabeza agachada, deslumbrado por el sol.

De repente, el hombre se volvió y le señaló con el dedo, sin hablar, un punto del horizonte. Hassan al principio no vio nada. Después, cubriéndose con la mano, vio un hilo de humo que subía lentamente sobre el oro de la arena.

«Tu madre», dijo el hombre. Y en su voz vibraron orgullo y alivio.

Caminaron y caminaron, con renovado ardor, en dirección al humo que subía hacia el cielo, blanco de bochorno, hasta que la vieron: la mujer estaba de pie sobre una duna y alimentaba un gran fuego de maleza, con gestos lentos y sosegados.

«¡Madre, madre!», gritó Hassan, corriendo hacia ella, que le pareció altísima y bellísima, con su vestido azul resplandeciente bajo el sol.



Capítulo IV

El día de las despedidas

Hassan se despertó con frío y vio, a través de un hueco de la tienda, que el cielo estaba clareando. Entonces se cubrió la cara con un brazo e intentó recuperar el sueño; un ruido le hizo abrir los ojos de nuevo: su madre estaba saliendo silenciosamente de la tienda. Hassan se puso en pie y la siguió. La mujer, envuelta en su vestido azul, caminaba rápidamente por el campamento que todavía dormía, dirigiéndose hacia el valle que la violencia del viento había llenado de pequeñas dunas. Escuchando su paso, la mujer se volvió y le sonrió. Hassan se puso a su lado y los dos caminaron en silencio por la arena alta, que se perdía hasta la línea del horizonte, ondulándose en una extensión de terciopelo color marrón que parecía estremecerse, tocada por la luz incierta del alba.

De repente la mujer se paró y dijo:

«Es aquí».

Comenzó a excavar con las manos en la arena fría y Hassan ayudó, sin decir nada. Pronto encontraron una piedra, después otra, después más. Ahora Hassan excavaba en una dirección precisa, junto a su madre, sacando de nuevo a la luz las piedras del recinto sagrado en el que la mujer solía realizar sus rezos a Alá. Cuando hubieron recogido un buen montón, la mujer volvió sobre sus pasos, extendió la arena con amplios gestos de las manos y puso en orden las piedras, reconstruyendo la planta del templo. Después madre e hijo se arrodillaron uno al lado del otro y realizaron sus rezos, en dirección hacia la luz dorada de oriente. Después se levantaron y volvieron lentamente hacia el campamento. Y entonces Hassan encontró la fuerza para decir las palabras que le quemaban en la garganta:

«Madre, yo debo ir hacia el oeste».

La mujer no dijo nada, pero con la mano se agarró con fuerza el vestido sobre el pecho.

«Debo irme, madre. El deseo me arde dentro», insistió Hassan, sin mirarla.

Todavía ningún comentario por parte de la mujer.

«Ayer, en el suk, he encontrado gente blanca... Una mujer me habló, en francés, me dio esto...» Sacó las monedas, mostrándolas, relucientes, bajo la luz púrpura: «Y yo quiero ir allí. Pero prometo que volveré...».

«¡Tú no volverás, como tus hermanos!», interrumpió la mujer, con la voz llena de cólera y dolor.

«No, madre, yo quiero volver...»

Siguieron caminando en silencio, uno al lado del otro, hacia el campamento era todo movimiento, un hervidero de cabezas que salían, desgredadas, del interior de las tiendas.

«¿Se lo dices tú a papá?», preguntó Hassan, con voz incierta.

«Le romperás el corazón», dijo con voz calmada la madre.

«Pero yo volveré», insistió Hassan. «Y Omar puede ocupar mi puesto. Mientras tanto yo ganaré dinero y cuando vuelva lo haré con ropa y cosas bonitas...»

La madre negó con la cabeza, con una breve sonrisa:

«No las necesitamos, las cosas bonitas», dijo.

«Pero tú has estado allí, en la ciudad roja y...».

«Mira: ahí está Amina», le interrumpió la madre, señalando a una chica que se las estaba viendo con su dromedario acurrucado en el suelo detrás de una enorme tienda. La bestia, alta como un monumento, se agitaba, moviendo la enorme joroba, pero no se decidía a levantarse; finalmente tomó fuerza y se levantó sobre las patas posteriores. Hassan acudió y lo ayudó a levantarse también sobre las anteriores.

«¡Es cada vez más vago!», comentó.

Amina sonrió:

«Es viejo», dijo, poniéndole delante de los gruesos labios un puñado de maleza que la bestia empezó a masticar con plácida indiferencia, los ojos ocultos por las largas pestañas: «Y está todavía extenuado por la tempestad de viento», añadió, preparando con mano experta su carga: era una chica un poco más joven que Hassan, al cual había sido prometida desde su naci-

miento. Su padre, el alto y autoritario Yussef, y el padre de Hassan, eran muy amigos; un tiempo atrás habían sido caravaneros a lo largo de las pistas milenarias del este y poseían muchos dromedarios. Después el padre de Hassan había visto a la joven beber y para conquistarla había llevado al padre sus bestias más hermosas, adaptándose a vivir en una pobreza digna. También Yussef formó una familia, y los dos amigos tuvieron una nidada de hijos: a Yussef le nacieron cinco varones antes de que llegara la pequeña Amina, la luz de sus ojos. En aquel tiempo nació también Hassan, y un día, volviendo al campamento, Yussef vio de nuevo al amigo y le prometió a su pequeña como futura esposa para su último hijo.

Hassan y Amina crecieron con aquella promesa, encontrándose en cada estación, cuando el camellero se paraba en el campamento con sus hijos, jugando, confiándose los pequeños eventos de su vida cotidiana.

También ahora Hassan decidió abrir su corazón a Amina: «He decidido marcharme de aquí...», dijo.

«¿De aquí?». Los grandes ojos negros de Amina se posaron inquietos sobre él.

«Sí, de aquí. Quiero ir hacia el oeste, a la ciudad roja. Ahora tengo incluso dinero, mira: ¡Me los dio ayer en el suk una mujer blanca!».

Y sacó las monedas.

Amina negó con la cabeza:

«Yo he estado, en la ciudad roja. No te bastará», dijo. Y un velo de tristeza le cubrió la mirada.

«Pero yo trabajaré, ganaré dinero y cuando vuelva te traeré cosas bonitas...»

«Hay tanto ruido, tanta gente, en tu ciudad...», murmuró Amina. El dromedario, con la cabeza erguida sobre sus cabezas, emitió un sonido de desaprobación para los dos que se estaban olvidando de él, y Hassan automáticamente le acercó otro puñado de maleza que la bestia comenzó a masticar lentamente.

«Nosotros vamos al este», dijo Amina, sin mirarlo.

«Pero yo iré a buscarte y te llevaré conmigo a la ciudad de las muchas torres, y tendrás una casa bonita, con fuentes su-

surrantes, y vestidos bordados y babuchas de seda, y anillos, y collares...», se emocionó Hassan. Amina lo miraba fijamente, con sus ojos adultos:

«¿Cuándo te irás?», preguntó.

«Se lo diré a mi padre y después me iré».

«Existen muchos peligros, allí...», murmuró Amina. Se desató del cuello un saquito de piel de camello atado por un cordón, se puso de puntillas y se lo hizo pasar por la cabeza: «Esto te protegerá», murmuró. Con los largos dedos delicados le colocó el amuleto en el pecho: «Alá estará siempre contigo», susurró.

Entonces Hassan la cogió de las manos, las apretó dentro de las suyas, agachó la cabeza sobre ellas y murmuró, con voz temblorosa de emoción:

«Yo volveré y te llevaré conmigo».

Amina hizo un gesto afirmativo:

«Yo te esperaré», dijo. Se sacó un anillo de plata y se lo puso en la palma de la mano:

«Vete ahora, están llegando mis hermanos», dijo.

Cogió por el ronzal al dromedario y se lo llevó, con la cabeza agachada, sin mirar hacia Hassan, que se puso el anillo en el meñique, con lágrimas en los ojos. Amina caminaba ahora, delicada dentro de su vestido azul, junto a los hermanos, dirigiéndose hacia un arroyo donde deberían las bestias, antes del viaje.

¡Volveré, Amina, mi prometida!», dijo Hassan. Y se dirigió hacia su tienda.

La joven targha estaba dando de comer al pequeño, mientras las dos niñas, en una esquina, jugaban silenciosamente entre ellas. Omar se había colocado su desgastada chilaba; viéndolo entrar, le anunció, con cara sonriente:

«Voy yo a pastar».

La madre estaba ocupada preparando el té, con el rostro en penumbra:

«Tu padre te espera en el redil», le dijo, sin mirarlo.

Hassan sintió un vuelco el corazón: ¡el tan esperado y temido momento había llegado!

Salió con paso incierto y se dirigió hacia el hombre que, con la cabeza agachada, colocaba la silla de montar del asno.

«¿Quieres que te ayude?», preguntó Hassan, tímidamente. El hombre negó con la cabeza y continuó su trabajo, con gestos furiosos.

Hassan tragó saliva con dificultad:

«Yo...», comenzó.

«Lo sé», le interrumpió secamente el hombre.

«Volveré...».

«Volverás», apuntó el hombre, con voz indiferente.

Continuó colocando las bridas, bajo los ojos infelices de Hassan, que habría querido encontrar mil justificaciones, pero que no conseguía decir una palabra, presa del pánico.

«¿No te basta todo esto?...», murmuró de repente el hombre, apuntando con un gesto circular al campamento, que vibraba como un panal de abejas, la forma ondulada de las dunas, el sol que ya resplandecía, la figura de los dromedarios recortados contra el azul.

«Amina está con ellos», pensó fugazmente Hassan. Y después, en voz baja:

“Volveré, padre...», dijo, sin mirarlo.

Entonces el hombre dio un tirón al asno y tomó el camino de las montañas azules, veladas por la distancia, murmurando:

«¡Qué Alá juzgué tus pasos!».

Y se fue, tirando de su asno, pequeño y negro a la luz del sol; y mientras tanto pensaba: «¡Se van todos, todos! Pero yo sé lo que me queda por hacer: cojo a las mujeres y los niños y vuelvo a la tierra de los padres, a la sombra de las piedras sagradas, donde un día dormiré; vuelvo a la tierra de mis ancestros, antes de que me estalle el corazón...»

Hassan con la cabeza vacía, las piernas temblorosas y el corazón confuso, entró en la casa y se puso al lado de su madre, la cual le dio, en silencio, una taza de té, fuerte e hirviendo, y una hogaza que sabía a hierbas:

«Te he preparado la ropa», le dijo.

«¡Oh, madre!», prorrumpió Hassan, con un nudo en la garganta: «Madre, yo...».

«Lo sé», dijo su madre, acariciándole el rostro con una breve caricia: «Lo sé. Ahora prepárate: dentro de poco el sol estará alto».

Capítulo V

Sobre el... techo de un autobús, de viaje hacia lo desconocido

Los preparativos de la partida fueron breves: su madre le había puesto dentro de un fardo la pesada chilaba, con la capucha, las sandalias de piel de camello y algunas monedas; después le dio algunos dátiles, un frasco lleno de té y una hogaza de pan; después lo miró directamente a los ojos:

«Cuídate», dijo lentamente, con los labios pálidos.

«Sí, madre».

En la tienda se había hecho un profundo silencio: el pequeño, sentado en el suelo, jugaba tranquilamente con una piedrecita; las dos niñas, cerca del umbral, miraban a Hassan con la mirada perdida. Omar cogió a Zag por el collar y salió.

«¡Qué Alá te proteja!», dijo la mujer, acariciándole la frente con una mano. Hassan sintió un nudo en la garganta y salió.

Omar se volvió y le sonrió:

«¿Te vas?».

«Sí».

Hassan se inclinó, cogió entre las manos la cabezota de Zag y lo apretó contra el pecho:

«Debes obedecer a Omar, ahora», le dijo.

El perro lo miró con ojos de adoración y, cuando Hassan se alejó, hizo por seguirlo.

«¡No, allí, con Omar tienes que ir, cabezota!», le recriminó Hassan.

El perro obedeció, pero se volvió varias veces para mirarlo, mientras Omar incitaba a voces a su rebaño, llenando de sonido el silencio. Pronto estuvieron sobre una duna, descendieron y desaparecieron. Hassan se quedó quieto durante un largo rato, con el corazón en un puño: después sobre la duna reapareció Zag, que ladró afligido. Entonces Hassan entró a la tienda. Allí

llegó corriendo un chico del campamento. Se paró, intimidado, delante de la madre de Hassan y anunció:

«Mi padre dice que ha escuchado que tu hijo se va hacia el oeste. Mi padre dice que puede venir con nosotros hasta el suk de Errachidía».

El rostro de la mujer se iluminó:

«Da gracias a tu padre», dijo. Entonces, se volvió hacia Hassan:

«Ahora ve: no hagas esperar a la caravana».

Hassan siguió al muchacho:

«¡Gracias!», exclamó: «El viaje con vosotros será menos duro».

El chico sonrió y se puso con él a la cola de la caravana, compuesto por una decena de dromedarios, cargados de mercancías, y de una docena de personas entre hombres, mujeres y niños, que se dirigían hacia las montañas azules del Atlas. Después de pocos metros, Hassan se volvió hacia atrás, para mirar su tienda, pequeña y confusa en el oro de la arena: él no la veía, pero sabía que su madre estaba allí, observando su camino y rezando por él.

El sol subió rápidamente y pronto aguijoneó las cabezas y los hombros; entonces Hassan se subió la capucha y se cubrió la cabeza, caminando al final de la caravana con los ojos fijos en el suelo, mientras dentro de su corazón pasaban nubes negras de tristeza, rápidamente barridas por la firme determinación de no dejarse abatir por obstáculo alguno.

Llegaron al suk hacia las diez y Hassan fue a saludar al jefe de la caravana, un hombre pequeño, con la barba de cabra:

«¡Qué Alá os recompense!», dijo.

«Y que te proteja a ti, en el vasto mundo», respondió el hombre, cubriéndose la cara con el velo azul. Y reemprendió el camino con su caravana.

Una vez solo, Hassan se miró a su alrededor, un poco perdido: ahora se trataba de encontrar un medio de transporte que lo llevase hacia la lejana ciudad. Dio vueltas por el suk, esperando que hubiera algún vehículo que fue hacia el oeste, pero el

largo camino de asfalto, que salía del mercado para perderse en la arena, estaba inexorablemente desierto.

Estaba allí observando las negociaciones interminables de un mercader de asnos y de un comprador, cuando un alegre claxon le hizo levantar la cabeza: se acercaba por el sur, lleno de paquetes, un viejo autobús descolorido, renqueando bajo el sol; se paró, con un estrépito fragoroso, donde los asnos y rápidamente de las puertas descolgadas salió una multitud de pasajeros, que se desperdigó por el suk.

Hassan se acercó despacio al conductor que estaba llenando de agua el depósito humeante, y se puso a mirar cómo trabajaba, en silencio. El hombre, un medio gigante con el torso desnudo, tostado por el sol, levantó la mirada, lo vio y le preguntó:

«¿Qué quieres?».

Tenía una mandíbula poderosa, en la que brillaban algunos dientes de metal. Intimidado, Hassan se apartó un par de pasos, mientras el conductor después de haberse limpiado las manos con un trapo, se dirigió hacia una tienducha que donde había unun mostrador destartelado. Pidió, con voz tronante, un vaso de té de menta y comenzó a mojar una enorme rebanada de pan. Hassan, detrás de él, con las palmas de las manos sudadas y la cabeza en llamas, no le quitaba ojo de encima sin encontrar el valor para formular su petición. El hombre se volvió, lo miró de arriba abajo y espetó, molesto:

«¿¡Todavía aquí!?».

Hassan se puso rojo y añadió:

«¿Cuánto cuesta... para montar...?».

«¿Montar?», repitió el hombretón, sin entender.

«¿Montar en el autobús...?».

«¡Ah, en el autobús!». El hombre rio, mostrando todos sus dientes de acero: «Depende», dijo con aire misterioso.

«Yo tendría que ir a la ciudad, con mis hermanos», mintió Hassan, sin pensarlo.

«A la ciudad con tus hermanos», confirmó el hombretón, sorbiendo ruidosamente su té.

«Mis hermanos están en Marrakech», añadió precipitadamente Hassan.

Una risotada acogió sus palabras.

«¡En Marrakech, ja, ja!».

Hassan lo miró, entre ofendido y asombrado, y el hombretón, después de haberse metido en la boca un trozo de pan y haberlo engullido, se limpió la cara con el dorso de la mano y dijo alegremente:

«¡Mi autobús viene de Marrakech, pero va a Fez!».

Y rio de corazón, viendo la cara abatida de Hassan, que sin embargo rápidamente se recompuso y preguntó, con un hilo de voz:

«¿No vuelve a Marrakech?».

«Vuelve mañana».

«¿Entonces, si me dejas subir con vosotros, puedo llegar mañana a Marrakech?».

«¿Tienes dinero?», preguntó el hombre, bruscamente.

Hassan negó con la cabeza:

«Tengo poco», suspiró.

«¡Oh, esta es buena: no tiene dinero, dice que debe ir a Marrakech y pretende subir conmigo en el autobús para Fez!», contó el hombre, riendo, a los pocos clientes, que lo miraron profunda y silenciosamente, sin estar dispuestos a dirigirle la palabra a unos desconocidos.

Ahora el hombretón se limpiaba los dientes con un palillo; después se rascó la cabeza y dijo:

«¡Si me echas una mano con el equipaje, y te quedas en el techo del autobús, yo te llevo a Fez!».

El rostro de Hassan se iluminó:

«Gracias, señor, y que Alá se lo pague».

«¡Qué gracias ni gracias! ¡Ahora ven a echarme una mano!», gruñó el hombretón. Se levantó y salió, después de haber lanzado una moneda en el mostrador. Hassan lo siguió con paso ligero.

Los pasajeros habían hecho ya sus compras y Hassan sudó un poco para subir encima del autobús las jaulas con los pollos, las semillas, las pieles y el resto de paquetes. Finalmente pudo acurrucarse entre cestas de huevos y tinajas de aceite mientras el conductor colocaba bien a la gente, cerraba las puertas descolga-

das, se ponía al volante y se lanzaba con una sacudida mientras sacaba el cabezón gritando a Hassan:

«¿Estamos?».

«¡Estoy!», respondió el chico, excitado.

El autobús aumentó entonces la velocidad y llegó tambaleándose a la carretera asfaltada, mientras Hassan se agarraba a los sacos y paquetes para no ser lanzado a tierra con cada sacudida. El autobús se puso a correr y las ramas de los árboles comenzaron a pasar a ambos lados de la carretera, seguidos de casas pobres que casi se confundían con la arena roja; después, grupos de mujeres y niños con vestidos de colores en la periferia de un campamento, más tarde una multitud de turistas que salían de un gran autobús en dirección a algunos dromedarios, quietos a ambos lados de la carretera; cuando subían a las mujeres sobre las bestias, los hombres sacaban foto tras foto...

El conductor saludaba con ruidosos golpes de claxon cada autobús que se cruzaba y los descansos se sucedían uno tras otro, y los sacos, los odres y los paquetes subían y bajaban. Por fin apareció un hotel blanco, escondido tras un poblado palmar, y el conductor paró el autobús junto a espléndidos autocares blancos y azules, alineados como gavilanes preparados para volar, ante el gran cartel «BENI MELLAH». Desde lo alto del autobús, Hassan vio, más allá de las palmeras, un espejo de aguas azules y chicas semidesnudas que se lanzaban, con los brazos abiertos, desapareciendo entre los árboles y flores; y una alegría inmensa le revoloteó dentro del pecho, mientras pensaba: «¡Es maravilloso! ¡Es como si volara sobre una alfombra mágica!»

Después el autobús reemprendió la marcha, el techo de chapa se puso ardiendo y la sed comenzó a atormentar a Hassan, que se resguardaba como podía entre el equipaje, con la frente ardiendo y los ojos cansados. A la enésima parada, el cabezón canoso del conductor apareció por la escalerilla:

«¿Estás vivo todavía?».

Hassan asintió débilmente. Entonces el hombre gritó con su vozarrón:

«¡Acércame aquel saco que está allí y tendrás un premio!».

Hassan se levantó dando tumbos y fue a coger el saco; el hombre, con el grueso índice, le hizo un agujero, lo abrió, sacó dos mandarinas, una se la metió en la boca y la otra se la dio a Hassan, comentando, con una ruidosa risa:

«¡Es el precio del peaje!».

Y Hassan chupó, como un regalo del cielo, aquel líquido dulcísimo, que bajó por la garganta y el pecho, infundiéndole una sensación de bienestar y optimismo:

«Sí, el viaje ha comenzado bien y continuará así hasta que bien pronto las rojas torres de Marrakech me salgan al encuentro», se dijo, y sonrió para sí. En cambio, fueron las cúpulas doradas de Fez, la ciudad imperial, las que se perfilaron poco a poco en el horizonte, con todo el esplendor de sus sagrados minaretes.

Capítulo VI

En el infierno de los curtidores de Fez

El autobús se lanzó, retumbando, por debajo de un alto arco y Hassan vio pasar sobre su cabeza espléndidos frisos y arabescos; después giró en una placita, pasó por medio de un mercadillo y penetró en una callecita inaccesible, procediendo a paso humano, seguida por una multitud de niños vociferantes. El conductor, con un codo fuera de la ventanilla, gritaba a los transeúntes, con sonoras risotadas, mientras sus pasajeros se agolpaban, agotados, ante las puertas, impacientes por bajar. Acudió el aguador con sus odres de piel de cabra, y los niños se agolparon a las puertas, impertinentes, para pedir calderilla como limosna; las niñas, manteniéndose tímidamente a distancia, sacaron sus ramas de menta olorosa, mientras el autobús enfilaba un patio lleno de carretas. Y finalmente todos pusieron pie en tierra, incluso Hassan, que miró a su alrededor, perdido.

«¡Rápido, pásame las cestas! ¡No te duermas!», le gritó el conductor, ocupado con el equipaje. Hassan obedeció y en pocos minutos todos los paquetes acabaron en manos de los pasajeros, que rápidamente se desperdigaron por las callecitas de la Medina. Hassan se encontró solo con el conductor, que se desperezó, se masajeó la espalda dolorida, bostezó ruidosamente y dijo:

«¡Y ahora una buena comida y una mejor siesta todavía!».

Y rio, dándole un golpe en la espalda que le hizo doblarse. Después se alejó, olvidándose de Hassan, que se armó de valor, corrió tras él y le preguntó:

«¿Cuándo salimos para Marrakech?».

«¡Te lo he dicho: mañana, al alba!».

«¿Me llevará con usted?».

«¡Sí, si me vuelves a echar una mano!».

Y el hombre se metió en una negra caverna. Una vez solo, Hassan miró a su alrededor: la multitud de niños, el aguador y las chicas con la menta se habían desperdigado dentro del laberinto de callejones de la Medina y los pocos transeúntes, ago-

biados por el calor, caminaban con la cabeza baja y el turbante sobre los ojos.

«Tengo hambre y sed», suspiró Hassan, tocándose furtivamente el cinturón, para comprobar que el saquito con las monedas estuviera en su sitio.

Indeciso, volvió de nuevo por el camino del autobús y se encontró en una calle toda llena de árboles de mandarinas que hacían brillar bajo el sol sus frutos dorados.

«¡Tanta gracia de Alá y nadie roba!», se maravilló Hassan.

Miró a su alrededor para ver si lo estaban observando, después se agachó y cogió furtivo una mandarina, pequeña, pequeña, que estaba tirada en el suelo polvoriento junto a la rueda de una carreta. La peló y le dio un bocado: el jugo, amarguísimo, le arrancó una mueca, y Hassan tiró la mandarina, refunfuñando:

«¡Ahora sé por qué nadie le echa cuenta!».

Volvió sobre sus pasos y se metió por los callejones malolientes de la Medina y de nuevo fue envuelto por un mar de gente que caminaba y caminaba, mientras asnos cargados de pieles y vasijas pasaban, con ruido de cascos sobre el adoquinado irregular, azuzados por el dueño que pedía paso, agitando los brazos y el bastón al aire; y las tienduchas se alineaban con más tienduchas, pequeños cubos negros, dentro de los cuales los niños a menudo muy pequeños trabajaban golpeando chapas, cincelando el cobre, cosiendo y tejiendo. Después un claro, con un mercado de carne, y Hassan se maravilló ante innumerables trozos de oveja y de carneros que colgaban como estalactitas de altas cañas, junto a los pollos, serpientes y gordos ratones ya des pellejados y listos para cocer. El olor dulzón de la carne cruda, que se mezclaba con el hedor del arroyuelo que corría por medio del mercado, le hizo venir la náusea y huir hacia otro callejón, donde encontró una vieja que vendía hogazas, acurrucada en el umbral de una tienducha. Entonces cogió una moneda de su saquito y se acercó:

«¿Cuánto cuesta?, preguntó tímidamente, señalando la hogaza.

«Medio dířham», gruñó la vieja.

«¿No me la puede vender por menos...?», se atrevió Hassan.

La vieja lo miró con ojos negros de cólera y Hassan soltó la moneda, metiendo el resto en el bolsillo sin contarle.

La hogaza era blanda y rancia y le dejó una sensación de sequedad.

Agobiado por la sed y el cansancio, Hassan se apoyó contra un muro de la tienda de hilos, mirando maravillado todas las bobinas de seda multicolor, sobre las que prevalecían las azules pavo y el amarillo oro, que conferían a la pobre tienda el aspecto de un firmamento plagado de estrellas. Entonces le vino a la cabeza el caftán de su madre y un suspiro le llenó el pecho:

«¡Estoy tan lejos ahora, madre!».

Un hombre, sentado sobre sus talones al otro lado de la calle, lo estaba mirando desde hace un rato desde debajo de su negra capucha. Después se levantó y se acercó:

«¿Eres forastero?», le preguntó susurrando.

Hassan, con las rodillas en la barbilla y los brazos alrededor de las rodillas asintió.

«¿Tienes hambre?».

«Un poco», dijo Hassan, «pero sobre todo tengo sed».

«Si vienes conmigo tendrás comida y bebida».

El corazón de Hassan le dio un vuelco en el pecho: ¡quizás había encontrado la forma de comer y beber sin destruir su economía!

«¿Dónde?», preguntó, con la voz que le temblaba de esperanza.

«En la curtiduría».

«¿Y qué tengo que hacer?».

«Un trabajo fácil, fácil, y, a cambio, tendrás comida, bebida y un sitio para dormir».

«¿Está lejos?».

«No, a dos pasos».

Hassan se levantó y el hombre lo cogió por un brazo, con una mano que le pareció una garra. Hassan sintió una sensación desagradable e intentó librarse; pero el hombre, siempre agarrándolo fuertemente, como si tuviera miedo de que se le escapara, lo

arrastró con él. Recorrieron callejuelas todas iguales, subieron y bajaron escaleras, hasta que un riachuelo maloliente les salió al paso y un hedor insoportable les agarró por el cuello.

La mano del desconocido era como un mordisco y Hassan obligado a entrar con él por una cancela oxidada que giró sobre sus goznes, cerrándose justo después: ante ellos se extendía un vasto patio lleno de centenares de tinajas, una junto a la otra, y dentro de cada una había un chico o un niño, hundido hasta la cintura en el agua sucia, y lavaba pieles de carneros y cabra, y sebo y grasa y hedor subían hasta la boca, los ojos, el pelo, y las manos llenas de espuma, hinchadas y enrojecidas.

Un conato de vómito asaltó a Hassan, que se dobló en dos. El hombre sin embargo no lo soltó todavía:

«¡Te acostumbrarás!», ríe, mostrando los dientes negros y escasos.

Lo arrastró cerca de un cobertizo, donde eran llevadas por medio de carretillas, del cercano matadero, montañas de pieles ensangrentadas, y lo mostró a un hombretón con una enorme panza:

«¡Aquí traigo a otro!», dijo triunfalmente.

«Me parece robusto, mételo en una tinaja», ordenó aquel.

El hombre arrastró a Hassan hasta el medio del patio, lo hizo entrar en una bañera llena de agua y el chico se remangó la chilaba hasta las caderas; luchando valientemente contra la náusea, agarró las pieles que un chico le acercaba y las metió en el agua. Las pieles, viscosas, se le escapaban de las manos, después pesaban como el plomo y Hassan, con los riñones doloridos y los ojos llenos de lágrimas pensó que su vida había terminado.

El niño que le acercaba las pieles, bajo de estatura pero robusto, lo miró durante un rato, con ojos de desaprobación; después le dijo:

«¡Así te rompes la espalda! Primero debes sumergir la piel, después apoyarla en el borde y después pasarle el cepillo por encima, lentamente, con amplios gestos». Y mientras tanto le amontonaba una montaña de pieles junto a la tinaja.

Hassan siguió sus consejos y se dio cuenta de que, efectivamente, le costaba menos. Entonces le preguntó:

«¿Hace mucho que estás aquí?».

«Sí».

«¿Por qué lo haces?».

«Me dan de comer y de beber».

«¿Cómo lo haces para aguantar?».

«Te acabas acostumbrando», suspiró el pequeño.

«¿Se puede salir de aquí?».

El pequeño miró a su alrededor con ojos asustados. También Hassan echó un vistazo y vio un vigilante que lo miraba desde lo alto de una escalera, con un látigo en la mano. Entonces agachó la cabeza, con un escalofrío, y se puso de nuevo a lavar sus pieles.

«¿Se puede salir por la noche?», insistió, en un momento en el que el pequeño se había acercado de nuevo a su tinaja.

«La cancela está cerrada», susurró el niño, con aire desolado.

Y Hassan se sintió atrapado y, sin que nadie lo viera, lloró lágrimas de rabia y desesperación.



Capítulo VII

La agresión

Hassan se despertó en el corazón de la noche con una sensación de frío dentro del cuerpo y miró a su alrededor, desorientado: una negra habitación, en la que entraba por un alto techo la luz tenue de la luna; cuerpos de gente dormida, acurrucados en el suelo, con un hedor insoportable; junto a él, el pequeño gemía en el sueño como si le estuvieran pegando. Entonces Hassan se acordó de sus desaventuras y se cubrió la cara con un brazo. Había trabajado durante todo el día, en el agua cada vez más negra, hasta que el vigilante los había hecho salir de las tinajas y lavarse en una fuente de la que brotaba un pequeño riachuelo sobre las piedras irregulares del patio. Después todos recibieron un trozo de pan y un vaso de té; después el hombre del látigo los había hacinado en el cuarto donde dormían, con un sueño pesado plagado de pesadillas.

«¡Tengo que huir de aquí: por la mañana el autobús sale para Marrakech!», pensó Hassan. Miró a su alrededor: rejillas en los altos ventanales, candados en las puertas.

«¡Padre, madre, ayudadme!», murmuró Hassan, desesperado. Y la imagen de la madre, rezando, le infundió un sentimiento de esperanza, hizo que se le calmaran los latidos del corazón y sosegó su ánimo; se acostó de nuevo, se acurrucó en la chilaba y volvió a conciliar el sueño. Un ruido de voces le hizo levantarse de un salto, asustado: el vigilante había entrado y su látigo se abatía penetrante contra las delgadas espaldas que se detenían un instante de más. Hassan se puso en pie y salió al patio, con los otros, bajo la fría alba; entonces hizo por acercarse a la fuente, pero el vigilante se le echó rápidamente encima y el látigo lo golpeó, veloz, entre la cabeza y el cuello:

«¡A la tinaja!», gritó.

«Pero las abluciones, el rezo...», murmuró Hassan.

«¡Rezarás mañana!», dijo el hombre, con una risa burlesca.

Entonces Hassan entró de nuevo en el agua putrefacta y se puso a trabajar con rabia, con la cabeza agachada, el pecho lleno de desesperación, pero con el firme propósito de salir a toda costa de aquel infierno.

Y las pieles lavadas se amontonaban junto a otras pieles e incluso el pequeño lo miró con admiración, viendo los gestos medrados y precisos con los que Hassan limpiaba.

Después vino un vigilante con una cesta de pan y todos comieron, rectos dentro de las tinajas, con las manos sucias e hinchadas; entonces apareció un viejecito con la jarra de té y Hassan lo bebió de un tirón: era turbio, pero hirviente y muy dulce, y le infundió un sentimiento de vigor.

«¡Tengo que comer, beber, esperar para salvarme!», se dijo, con desesperada determinación.

Más tarde, cuando el sol empezó a salir, haciendo brillar el agua, las cabezas comenzaron a bambolear y extrañas imágenes empezaron a danzar ante los ojos deslumbrados. Después Hassan vio al bajito dirigirse hacia un puñado de pieles estiradas al sol y colocarlas, fatigosamente, una a una, sobre un asno; entonces se puso alerta.

«¿Qué haces?», le preguntó cuando le pasó por delante.

«Las llevo a la curtiduría».

Hassan continuó observándolo, vigilante: el pequeño cargó el asno hasta lo imposible y la pobre bestia dobló las patas, con el riesgo de hundirse bajo el peso; entonces lo cogió por el ronzal y atravesó lentamente el patio, dirigiéndose hacia la salida. Cuando le pasó por el lado, Hassan se asomó, alargó el brazo y tiró de las pieles con toda la fuerza que tenía. La carga se desestabilizó y se inclinó toda hacia un lado. Hassan miró a su alrededor, aguantando la respiración: nadie se había dado cuenta de su maniobra:

«¡Eh, la carga se vuelca!».

Al oír la voz, el vigilante miró hacia su parte y refunfuñó:

«¡En lugar de vociferar, échale una mano!».

Hassan salió de un salto de la tinaja, se puso al lado del asno, aguantó la carga, mientras que la bestia se tambaleaba lentamente hacia la salida todavía lejana.

«¿Qué haces aquí tú?», gruñó el pequeño.

«Te echo una mano».

Habían llegado a la salida: un vigilante distraído abrió la cancela, por donde Hassan salió, siempre agarrado a las pieles, con el corazón que le batía golpes sordos en la base del cuello. Después, con una sensación de indecible consolación, oyó el resorte de la cancela que se cerraba a su espalda: ¡libre!

El pequeño se volvió hacia él y lo miró con ojos llenos de cólera:

«¡Tú me quieres meter en líos!», le acusó.

«No es verdad: yo quería solo ayudarte...».

«¡Entonces ayúdame!».

Hassan, esperando el momento justo para cortar la cuerda, sostuvo la carga desestabilizada que amenazaba con caerse al suelo a cada paso del asno, sobre la callecita escarpada. De repente la pobre bestia tropezó y cayó, en medio del callejón, con todas las pieles que le caían encima.

«¡Levántate, levántate!», gritó desesperado el pequeño, tirando del asno por el ronzal. Pero la bestia tenía los ojos cerrados y no se movía.

Un grupo de turistas se acercó y alguien empezó a filmar la escena, la bestia desplomada, las pieles goteantes, el niño llorando, que empezó a gritar:

«¡No, no, fuera, fuera!».

Hassan entonces se alejó algunos pasos, confundiendo entre la multitud; después se puso a correr, correr, ciegamente, con el corazón en la garganta, culpable y feliz, hasta que apareció el minarete brillante de una mezquita. Entonces se paró, se adentró, aguantando la respiración, bajo el pórtico, entre las columnas árabes y se encontró en un patio lleno de sol, entre los fieles que hacían las abluciones en la fuente. Entonces empezó también él a lavarse la cara, los brazos, las piernas; pero el hedor de las pieles se le había quedado encima y el chico vio que la gente se apartaba, con aire consternado; avergonzado, salió y se alejó por una callejuela que subía hacia una colina, entre pequeñas casas blancas y bobinas de lana de colores que se extendían a un lado y otro de la calle, tiñendo de colores el cielo. Entonces apareció,

ante un poderoso bastión, una plaza abarrotada de gente que cardaba, y Hassan respiró con alegría el aire limpio, avanzando poco a poco hacia montañas de cándida lana. Una tienda azul, levantada junto a los muros, hizo que el corazón le batiera muy fuerte de repente: una familia de Tuareg había instalado allí provisionalmente su morada, y Hassan se sintió como si hubiera vuelto a sus raíces.

Había un puesto de frutas secas y Hassan extrajo su bolsita de la cintura, cogió una moneda, se compró un puñado de dátiles y se dirigió hacia la colina, en cuya cima brillaban blancas lápidas, todas dirigidas hacia oriente. La visión del cementerio le infundió un sentimiento de paz y seguridad: ¡allí podría secarse la ropa y quitarse de encima el hedor que tenía impregnado!

Comió lentamente, degustando la comida con todo su ser; después cogió un puñado de hierba y se lo refregó por las manos, la cara y las piernas; por último se tumbó al sol, dejando que el calor penetrara en él, un brazo sobre los ojos, la mente lejana:

«¿Dónde estará mi madre, ahora? ¿Y mi padre? ¿Y Omar habrá llevado el rebaño a pastar con Zag?».

Una nostalgia punzante le subió hasta la garganta; pero justo después el pensamiento de la renovada libertad le infundió un sentimiento de euforia:

«Encontraré el autobús e iré a Marrakech!», se dijo.

Se tumbó cómodamente sobre la hierba, cerca de una pequeña lápida.

En los márgenes del cementerio, junto a un muro calcinado por el sol, un grupo de mujeres sentadas en la tierra, en silencio, el rostro y la cabeza cubiertos por el velo; más lejos, donde el tráfico corría incesante alrededor de una gran puerta árabe, algunos niños espiaban la llegada de los autobuses, para precipitarse a sus puertas y ofrecer sus postales, gritando: «Dírham, dírham». Cuando el autobús se marchaba, los niños recogían las postales y suvenires, iban a sentarse de nuevo en el muro, con las piernas colgando, y todo volvía al silencio, bajo el calor.

En aquella paz del cielo y de la tierra, Hassan se durmió poco a poco, acunado por el zumbido de innumerables moscas.

De repente, en el duermevela, sintió manos ligeras que le hurgaban ágilmente, le arrancaban el saquito con las monedas del cinturón y le sacaban el anillo de plata del dedo. Hassan volvió en sí mientras le quitaban el anillo: entonces se defendió como una fiera, gritando de cólera y desesperación y mordiendo a sus asaltantes; pero eran tres y no pudo hacer más que manotear y gritar, hasta que un puñetazo en la cabeza le oscureció la vista, mientras una piedra le golpeaba la boca rompiéndole un diente. Después sus asaltantes, niños de su edad, huyeron deslizándose por la pendiente, zigzagueando entre los automóviles y desaparecieron detrás de la gran puerta. Y el silencio volvió de nuevo: las mujeres seguían mirando hacia adelante, los niños contaban las monedas recibidas por los turistas, repartiéndoselas en voz baja.

Hassan se llevó la mano a la boca y la extrajo llena de sangre. Entonces se lanzó boca abajo sobre la tierra caliente, se cubrió la cabeza con las manos y lloró todas sus lágrimas.



Capítulo VIII

Encuentro con el pequeño encantador de serpientes

Estaba allí, con la cara metida en la hierba seca, con una indescriptible infelicidad en su interior y se sentía solo, perdido, abandonado en un universo hostil, cuando algo caliente le rozó la oreja y se le metió entre el pelo y el cuello. Levantó la vista rápidamente y una mona con el pelo rojo se agarró a su cuello, gritando. Asustado, Hassan intentó quitársela de encima pero el animalillo se agarraba ahora a su ropa y parecía divertirse muchísimo con sus vanos intentos de alejarla.

Una risilla cercana hizo que se diera la vuelta: sentado en el suelo junto a una lápida, un niño de seis o siete años, con un turbante blanco en la cabeza y hermosos ojos sonrientes en medio de una cara regordeta, lo miraba, divertido:

«Es una cría y quiere jugar», comentó, con la boca llena, señalando al animalillo, que no se soltaba del cuello de Hassan.

«¿Es tuya?», preguntó Hassan, intentando alejar las manos de la mona de sus orejas violáceas.

El niño asintió con la cabeza:

«Mía durante un tiempo», dijo mientras seguía comiendo plácidamente.

Hassan se levantó y se acercó a él, con la mona agarrada a su ropa:

«Deberías ponerle una correa», gruñó.

El niño rio de nuevo, dejando al descubierto dos hoyuelos:

«La tenía, pero me la han robado», dijo, sin preocuparse.

Al escuchar aquellas palabras, la cara de Hassan se oscureció:

«¡A mí me han robado todo, todo!», gimió.

El niño se metió en la boca otro pedazo de pan, después se limpió la cara con la manga y comentó:

«Es un sitio de ladrones, este. No debes venir si no tienes una navaja». Mientras decía esto, levantó un pliegue de la chilaba y le mostró una larga navaja, que brillaba al sol con su hermosa empuñadura nacarada.

Hassan lo miró, impresionado:

«¿Y serías capaz de usarla?», preguntó.

El niño asintió solemnemente:

«Si es necesario, sí».

Y después, cambiando de tema:

«Kika no es mía, es de Abdel: tengo que quedarme con ella hasta que él vuelva. Se ha ido al este, con una caravana», dijo.

«¡Pero Kika está como una loca! ¿Sabes que si no le caes simpático es capaz de morderte?»

«¿A qué te dedicas?», preguntó Hassan.

El niño se encogió de hombros:

«Tengo muchos trabajos: guardián, guía en la medina, encantador de serpientes... Ahora tengo una cobra». Y señaló una cesta de mimbre cercana, herméticamente cerrada: «Está allí dentro, durmiendo».

«¿Pero es una cobra... de verdad?», se alarmó Hassan, apartándose unos pasos.

El niño rio de gusto:

«De verdad, de verdad», canturreó. Y después, poniéndose serio: ¡Pero es muy vieja y en los dientes negros no hay ya una gota de veneno! Pero los turistas no lo saben y cuando sale su cabeza de la cesta, todos se ponen a temblar y llueven los dírham!», rio.

«¿Ganas mucho?».

«Sí, no está mal. Yo me pongo allí, cerca del pórtico y me pongo a tocar el caramillo. Pronto se acerca algún turista que me quiere hacer una foto. Entonces yo grito: “¡Dírham, Dírham”, la vieja cobra saca la cabeza y llueven las monedas! Algunas veces, cuando no me dan nada, cojo la cobra y me la pongo como una bufanda alrededor del cuello. ¡Entonces todos se asustan y pagan!», concluyó, con su hermosa sonrisa, llevándose a la boca otro pedazo de pan. Después se rascó la barriga, pensativo, y le preguntó amablemente:

«¿Tienes hambre?».

«Un poco», admitió Hassan.

El niño metió la mano dentro de la cesta y sacó un trozo de pan:

«Toma», dijo.

Hassan, al pensar que el pan había estado en contacto con la fría cobra, dudó un momento; pero entonces el apetito ganó, cogió el pan y se puso a comer.

«Eres bueno», murmuró, con voz grave.

El niño rio:

«Hoy soy rico», comentó, masajeándose con satisfacción la barriga redonda: «Mañana no se sabe...».

«¿Dónde vives?».

«Al final de la medina, con mi tío, un mercader que es también un pariente lejano...».

«¿Tienes una familia?».

«Sí, pero solo voy a casa cuando tengo dinero para llevar a mi madre: tengo cuatro hermanos pequeños...».

«También yo tengo hermanos, dos están en Europa...», dijo Hassan.

«¿En Europa?», dijo el niño, interesado. «Entonces puede ser que Abdel los conozca. Va allí a menudo, a Europa...» Bajó la voz, hasta que no fue más que un susurro: «¿Sabes? Es soldado y contrabandista...», confesó.

Hassan sintió un escalofrío:

«¿Y si lo descubren?».

El niño se puso a reír con ganas:

«¡No lo descubrirán nunca!», dijo, con convicción. «Es listo, Abdel, el más listo del mundo! Y también conoce todo y a todos. ¿Y tú, de dónde vienes?».

Hassan hizo un gesto vago:

«Del este».

«¿Y quieres ir con tus hermanos?».

«Yo quería ir a Marrakech...», suspiró.

«Abdel te llevará», dijo el niño, solemne.

«¿Cómo es, Abdel?».

«Es alto, delgado. Se parece un poco a ti, pero es mayor que tú», fue la lacónica respuesta. Y después, con ojos brillantes: «¿La quieres ver?».

«¿A quién, a Abdel?».

«¡No, hombre, a la cobra!».

«No... o bueno sí...», dijo Hassan, dudoso.

El niño se sentó entonces cómodamente en el suelo, estiró las piernas, después se acercó la cesta y, haciéndole un gesto para que se sentara a su lado, abrió lentamente la tapa: «Ahora duermeme», dijo susurrando.

Hassan, manteniéndose a la mayor distancia posible, acercó la cabeza y vio una enorme cobra enrollada sobre sí misma: sus escamas brillaban al sol, verdes, y la capucha caía, lacia, a ambos lados de la cabeza negra.

«Debe ser muy vieja», comentó, un poco más tranquilo.

«¡Vieja sí, pero si se enfada y se te enrosca al cuello, vas derecho al paraíso de Alá!», rio el niño, cerrando con cuidado la cesta. Después se estiró y dijo:

«Es hora de irme: dentro de poco pasarán los autobuses que vienen del sur».

«¿Puedo ir... contigo...?», preguntó Hassan, enrojeciendo.

El rostro del niño se iluminó:

«¡Oh, sí, ven, así cuidas de Kika! ¡Verás cómo los dos nos hacemos hoy con un montón de dírrham!».

Así Hassan, con la mona en brazos, que ahora se recostaba confiada en el pecho, siguió al niño, que trotaba por el cementerio, con los pies calzados con dos enormes babuchas andrajosas que un tiempo debieron ser doradas.

Pasaron por delante de la multitud absorta de las mujeres, siempre sentadas en silencio en los márgenes del cementerio, superaron un hervidero de niños que ponían en orden tus postales, los suvenires y los puñales de plata falsa y se dirigieron hacia la gran puerta. Aquí el niño se tiró al suelo, bajo un enorme arco, y se ajustó el turbante en la cabeza, se puso el caramillo en la boca y esperó, con la cesta de la cobra cerrada ante sí. Agazapado un poco más allá, Hassan intentaba poner freno a la vivacidad de Kika, que ahora se le había subido a la cabeza y acurrucada en

sus cabellos, le agarraba las orejas y las maltrataba sin piedad. El ruido de un claxon hizo caer, como buitres, a los niños desde lo alto del cementerio; pronto un autobús rojo fuego se paró justo delante del imponente pórtico. Entonces el niño empezó a tocar una nana triste, interrumpida por agudísimos: «¡Dírham, dírham!» Poco a poco, la ancha capucha de la cobra salió de dentro de la cesta, mientras un escalofrío recorría la multitud de turistas; zumbaron las cámaras de vídeo y saltaron los flashes; la cabeza de la cobra se abría cada vez más. Y llovieron las monedas.

Como si no hubiera esperado otra cosa, Kika se levantó sobre la cabeza de Hassan y se puso a hacer muecas, bien rascándose el vientre, agarrando a Hassan por las orejas o tirándole de la nariz. Todos reían y pronto también a su alrededor el terreno se llenó de monedas. Rápidamente los niños de los suvenires se acercaron para robar. Entonces el niño se guardó el caramillo, metió dentro de la cesta la cabeza de la cobra y gritó a Hassan:

«¡Rápido, escapemos, o nos roban todo!».

Hassan no se lo pensó dos veces: con Kika agarrada a su hombro, cogió cuantas monedas pudo, mientras el grupo de niños se acercaba más, con aire amenazante. Después, mientras el niño sacaba la navaja y lo mostraba ante sí, le cogió la cesta y salieron corriendo en dirección a los callejones de la medina.

Los turistas ahora se detenían para fotografiar la puerta, que tenía color miel bajo el oro del atardecer.

«¡Por hoy lo hemos conseguido!», rio el niño, corriendo jadeante detrás de Hassan: «A propósito, me llamo Alí».

«Y yo Hassan», resolló el chico.



Capítulo IX

Hassan descubre el mar

Se metieron por un intrincado camino de callejuelas y Hassan pensó, mirándose a su alrededor, espantado, que si el niño lo hubiera dejado allí, no habría sabido a dónde dirigirse.

De pronto Alí aminoró la marcha, lo cogió por un brazo e le susurró, con ojos vivaces:

«¿Ves aquella tienda?». Y señaló a un antro negro, lleno de jarrones de cobre: «¡Allí secuestran a los niños, y también las niñas!»

«¿Los secuestran?», dijo Hassan, sin entender.

«Sí: si pasas por allí, una mano te agarra y puf, ¡desapareces!», dijo el niño, muy serio.

«¿Desapareces?».

«¡Sí, desapareces! Y también las niñas desaparecen. Dicen que las llevan al desierto». Sus grandes ojos negros brillaron: «Y nadie las vuelve a ver».

Dio un amplio rodeo para evitar pasar por delante del temido antro, después subió algunos peldaños y se puso al lado de una cancela. Hassan lo siguió y vio, en su interior, un vasto patio con una fuente que borboteaba en el centro:

«¡Pero si es una mezquita!», exclamó con alegría.

El niño asintió; allí, desde lo alto del alminar se elevó la voz del almuédano, que invitaba a los fieles al rezo. Un altavoz la extendió por las casas y las torres y Hassan sintió el corazón lleno de nostalgia:

«Voy a rezar», dijo.

«Sí, ve; yo, mientras tanto, compro algo para llevarnos a la boca», respondió Alí.

Hassan entró de puntillas en el recinto, se inclinó religiosamente sobre la fuente e hizo sus abluciones rituales; después entró en la mezquita: la luz del atardecer diseminaba un polvillo dorado sobre las gruesas alfombras y Hassan se arrodilló, agachó la cabeza hasta el suelo y murmuró:

«Padre, madre, yo os saludo en nombre de Alá».

Rezó largo tiempo, devotamente y poco a poco dentro de él renació la esperanza.

Cuando salió de la mezquita la noche descendía rápidamente y largas sombras caían de los techos. Alí lo esperaba cerca de la cancela, con un grueso saco; sobre su hombro, Kika comía una banana y también el niño tenía la boca llena.

«Me siento mejor ahora que he rezado», dijo Hassan.

«Tío estará contento», fue el comentario de Alí. Y después, mostrando el saquito: «¿Quieres?».

Hassan cogió un puñado de higos secos; después se lanzó alegremente por una banana.

«Los rezos a Alá te han abierto el apetito», rio el niño, mientras Hassan se ponía sobre un hombro a Kika. Los dos comenzaron a andar por callecitas silenciosas.

«Es aquí», dijo de pronto el niño; y Hassan vio ante sí la entrada de un almacén, lleno de alfombras, de esterillas y de sacos. Entraron y, a la luz débil de una lámpara de petróleo, Hassan vio a un hombre gordísimo, completamente calvo: estaba tumbado sobre una montaña de alfombras y tenía los dedos de las manos y de los pies llenos de anillos; y con gemas engarzadas había también un libro que tenía abierto delante y brillantes eran las cuentas del rosario que el hombre acariciaba con los dedos blancos, salmodiando con voz monótona los versos del Corán.

Alí hizo un gesto y Hassan esperó en silencio, junto a él, mirando a su alrededor: el almacén se extendía hacia un fondo oscuro donde algunos niños estaban alineando platos de cobre junto a una pared, mientras, de pie junto a antiguos telares, algunas niñas reponían con cuidado las madejas, mirando tímidamente hacia Hassan. Después los rezos del hombre gordo terminaron y él batió suavemente las manos. A aquella señal, niños y niñas se marcharon, desapareciendo por el fondo, mientras el hombre se dirigía hacia Hassan:

«¿Quién eres?», preguntó.

«Me ha ayudado con Kika», respondió por él Alí, «y me ha hecho ganar esto». Y mostró un puñado de monedas: «Y después ha rezado en la gran mezquita».

El rostro del hombre se relajó con una sonrisa:

«Bienvenido a mi casa, hijo de Alá».

Se levantó de sus alfombras, se puso un enorme par de babuchas doradas, se colocó la capucha, se ajustó un cinturón lleno de gemas sobre la enorme panza, y dijo:

«Haz buena guardia. Esta noche llega Abdel».

Y desapareció por el fondo del almacén, con paso silencioso.

«Ven: aquí dormiremos muy bien», dijo Alí, extendiendo algunas esterillas ante una reja. Después rebuscó alrededor de su cesta y Hassan escuchó justo después un sorbo débil y comprendió que estaba dando leche a su cobra. Mientras tanto Kika se había dormido encima de su pecho. Poco después Alí apareció con un enorme samovar lleno de té:

«Bebe», dijo, atento. Y Hassan cogió la bebida de las manos del pequeño amigo y bebió.

«¿Qué hay allí dentro?», preguntó después, señalando las formas redondeadas colgadas de las paredes.

«Aceite, vino, grano, picos, dátiles, semillas, especias...», enumeró Alí con orgullo: «Es muy rico y poderoso, el tío, y todos le temen en la medina. ¡En su casa estás a salvo, como en el palacio del rey!». Se tumbó sobre la esterilla, sopló la vela y todo se cubrió de oscuridad. Hassan se tumbó lentamente junto a él y, con las manos detrás de la nuca, se puso a mirar fuera de la cancela la forma de un techo. El cielo estaba plagado de estrellas y una brillaba, más cercana que las otras. Entonces Hassan pensó en su madre, en su padre, en sus hermanos, en Amina, que dormía en el corazón del desierto, bajo el brillo de aquella estrella, y se sintió reconfortado al encontrarse durmiendo bajo el mismo cielo. Se durmió, con el pelo de Kika que le hacía cosquillas en el cuello cada vez que el animalillo se movía; y sobre ellos las estrellas pasaron, silenciosas, una a una...

Un susurro de voces hizo que se despertara: abrió los ojos y vio, acurrucados en el suelo junto a la vela, a Alí y a un chico alto y delgado que vestía una blusa y unos vaqueros: estaban ordenando objetos negros y brillantes en estas que después Alí escondía entre los sacos.

Kika, en pie sobre la cabeza del recién llegado, le exploraba amorosamente las orejas y el cuello.

Hassan por un momento fingió dormir; después se avergonzó de estar allí escuchando, se estiró y tosió.

«¿Estas despierto?», preguntó el chico, cubriendo de prisa la cesta con un trapo y dándosela al niño que fue a esconderla junto a las demás, en la oscuridad del almacén, mientras Hassan se acercaba:

«¿Necesitas una mano?», preguntó.

El chico dijo que no con su cabeza llena de rizos; después desapareció por el fondo del almacén para reaparecer al momento con un pesado fardo sobre un hombro.

«Coge a Kika», dijo a Alí.

«¿Puedo ir contigo?», preguntó el niño, cogiendo a la mona, que se puso a chillar, contrariada.

El chico negó con la cabeza:

«¿Eres todavía demasiado pequeño?». Alargó un brazo y le pellizcó la mejilla con el pulgar y el índice; después añadió, sonriendo: «¡Crece un poco y serás el mejor guerrero del Polisario! Él en cambio sí que podría venir conmigo», señalando a Hassan, que se sobresaltó:

«¿Vas a Marrakech?», preguntó, lleno de esperanza.

Abdel se echó a reír:

«No, voy hacia la parte opuesta, ¡a Europa!».

«También mis hermanos están en Europa...», dijo Hassan.

«¿Y qué hacen? ¿Combaten?», preguntó Abdel, con el rostro iluminado.

«No, trabajan...».

«Ah», dijo Abdel, y su voz perdió todo interés. Y después: «¡Si quieres venir conmigo, al amanecer estaremos en Ceuta, la noche siguiente en la Costa del Sol y el día después en Marrakech!»

«¿De verdad me llevas a Marrakech?».

«Te llevo, palabra de Abdel».

«¡Voy contigo!», exclamó Hassan.

Hizo un breve gesto de saludo a Alí y salió con él en la noche, bajo las estrellas que brillaban blancas.

«¿Cómo te llamas?», preguntó Abdel, encorvado sobre su fardo.

«Hassan».

«¿De dónde vienes?».

«Del desierto. Mi padre es un tuareg...».

«¿Un tuareg? ¡Entonces somos de la misma stirpe!» Y en un gesto de amistad, Abdel le agarró vigorosamente un brazo: «Hassan, en dos días estarás en Marrakech», prometió solemnemente. Y Hassan se sintió profundamente conmovido y no notó el frío de la noche ni las punzantes piedras bajo sus pies descalzos: estaban subiendo, de hecho, por un sendero que serpenteaba entre chatarra e inmundicia. Finalmente llegaron a una plaza, llena de máquinas de demolición, en medio de las cuales había un camioncito hecho polvo.

Abdel dio un silbido y dentro del camioncito brilló la luz de una cerilla.

«Vamos», dijo.

Mientras se acercaba a la furgoneta, una cabeza rapada se asomó por la ventana y dos ojos los miraron, desconfiados.

«Soy yo», dijo Abdel, impaciente. «¡Abre!».

El hombre bajó de la furgoneta y fue a levantar un pliegue de tela.

«Salta», dijo Abdel a Hassan, subiendo al camión. Hassan obedeció y se encontró sobre un montón de alfombras.

«¿Quién es?», preguntó el hombre, sospechando.

«Un amigo», dijo Abdel.

El hombre volvió a bajar el pliegue de tela y poco después el furgón partió, saltando sobre los agujeros.

«Será mejor que te echas a dormir: el camino es largo», dijo Abdel, tumbándose cómodamente sobre las alfombras.

El camioncito ahora seguía una calle asfaltada, desierta, y Hassan se maravilló mirando por una raja las pequeñas luces que pasaban a los lados; después las casas se fueron espaciando hasta desaparecer y la carretera empezó a subir por las montañas. Y Hassan, en la luz creciente del día, observaba con admiración aquel paisaje desconocido que pasaba veloz: un barranco escarpado, de donde salía una cascada; un espeso bosque de pi-

nos que el cielo doraba; un prado de terciopelo, un campo lleno de olivos oscuros, una hilera de asnos que pastaban...

Y poco a poco, acunado por el movimiento de la furgoneta, se durmió.

Un chirrido de frenos y una sacudida le hicieron levantarse de un salto, asustado.

«Calma», rio Abdel.

«¿D-dónde estamos?», balbuceó Hassan, mirándose alrededor, aturdido.

«En Ceuta», fue la tranquila respuesta de Abdel. Después: «¿Quieres?». Y Abdel le acercó un trozo de pan y un poco de carne ahumada, que Hassan comió ávidamente. Después espío por la raja de la tela: ahora estaban atravesando un bosque y cedros, naranjos, cipreses y eucaliptos avanzaban rápidamente mientras el camioncito pasaba rugiendo por las curvas, descendiendo hacia una ciudad blanca que se encontraba delante de una extensión azul, cubierta de barcas y de pesqueros con velas de colores. La mirada de Hassan se llenó de estupor:

«¿Qué es?», preguntó, señalando la extensión azul.

«El mar, ¿no? ¿Qué quieres que sea?», rio Abdel.

«No habría creído nunca que era tan... tan...», murmuró Hassan, confuso.

«Eh, sí, la primera vez que vienes del desierto y lo ves, te causa este efecto», convino Abdel. «¡Pero después te acabas acostumbrando y terminas incluso odiándolo, especialmente si te encuentras encima, de noche y en un barco!».

Capítulo X

La emboscada y la fuga clandestina hacia el norte

El barco procedía con las luces apagadas, en la oscuridad de la noche, y Hassan se agarraba fuertemente, con el corazón agitado, a los bordes, con ambas manos, mirando aterrado las olas negras que de vez en cuando sacudían la embarcación y brillaban, siniestras.

Acurrucados en el fondo, junto a él, seis hombres, todos bastante jóvenes, todos con ropa europea como él, a quien Abdel había dado uno vaqueros desgastados y un abrigo, miraban fijamente la oscuridad, con ojos indescifrables.

De repente Abdel se le acercó y le dijo:

«Cuando lleguemos a tierra, tú coge la carga, ve con ellos y escóndete entre las dunas. En cuanto veas tres señales rojas, una breve, una larga y una breve, coge la carga y corre para intercambiarlo con una caja, que tienes que traer aquí. ¿Has entendido bien?»

Hassan hizo un gesto afirmativo, después preguntó tímidamente:

«¿Y tú?».

«Yo te espero en el barco. ¡No puedo tocar tierra española!», dijo secamente Abdel.

Hassan hubiera querido hacerle preguntas, pero no tuvo valor, además la barca se balanceaba pavorosamente y él sentía que todo se movía; en ocasiones, salpicones de agua helada pasaban por sus cabezas, llenándole el pecho de una oscura angustia:

«Padre, madre, perdonadme. He pecado dejándoos y ahora Ala me castiga», pensó, y lo invadió una profunda nostalgia del desierto.

De pronto, una roca altísima surgió de la noche y se detuvo ante ellos. Hassan cerró los ojos esperando el golpe. Pero el barco cambió, rápidamente, de dirección, y de la oscuridad

emergió poco a poco un bastión de rocas con luces esparcidas y un faro sondeó el mar.

Entonces, para no ser descubiertos, el timonel viró de nuevo bruscamente y volvió a sumergirse en la noche. Prosiguieron así, a ciegas, zigzagueando mientras bordeaban la costa, con el motor apagado; ahora se escuchaba solo el chapoteo de los remos y el ruido de la resaca en las pequeñas ensenadas. Después apareció una roca, del que salió una luz roja, que brilló pocos instantes y se apagó. Entonces la barca se dirigió hacia aquella dirección y atracó dócilmente entre los escollos de una playita llena de rocas. Los seis hombres se levantaron, se cargaron al hombro sus fardos, descendieron velozmente a tierra y corrieron hacia los arbustos.

«Ahora te toca a ti», dijo Abdel, cargándole sobre la espalda el enorme fardo, que pesaba como si estuviera lleno de piedras. Y Hassan descendió al agua, hundiéndose hasta las costillas, doblado en dos. Alcanzó la playa y se arrastró tras un negro matorral cercano.

Los seis hombres habían desaparecido y un silencio sepulcral reinaba ahora sobre la pequeña playa. Hassan se escondió cuanto pudo tras el matorral y esperó, con el corazón en la garganta, la señal luminosa. Un pájaro nocturno chilló cerca y al chico se le pusieron los pelos de punta; poco después un perro aulló en la lejanía y parecía como si llorara. Después de nuevo el silencio. Finalmente, desde el acantilado una luz roja brilló un instante, se apagó, parpadeó de nuevo, se apagó y se encendió. Hassan se puso en pie y corrió en aquella dirección, superando pequeñas dunas, tropezándose, arañándose las manos y la cara entre las espinas, hasta que una voz sofocada dijo:

«Aquí».

Dos hombres saltaron de la oscuridad y le quitaron el fardo de la espalda. Después levantaron una caja larga y estrecha y se la pusieron sobre los hombros. Hassan por poco no cayó por culpa del nuevo peso. Se giró, para pedir ayuda, pero los dos, al escuchar un breve silbido que salió de los arbustos, escaparon, desapareciendo en la noche; entonces Hassan, doblado en dos, se dirigió hacia el lejano barco; después se escuchó un seco crepitar

de disparos que hicieron saltar la arena y el agua. Incapaz de echarse a correr, con las piernas flojas y la frente llena de sudor, Hassan rezó mentalmente:

«¡Padre, madre, ayudadme!».

Alguien ahora respondía con disparos y las balas silbaban a su alrededor, que se vio perdido. En ese momento, de la barca descendió Abdel, que corrió hacia él a gatas y le ayudó a llevar la caja, animándolo:

«¡Rápido, rápido!».

Se metieron en el agua y alcanzaron el barco. El timonel se asomó y metió la caja dentro, al mismo tiempo que una ráfaga de metrallata crepitaba a su alrededor y Abdel caía hacia adelante con un gemido. Entonces, mientras Hassan lo sostenía, el timonel respondió al fuego con una larga ráfaga. Después se inclinó y tiró de Abdel, que no daba señales de vida. Después desapareció de la vista, y Hassan, que estaba por subir, escuchó el rugir del motor y vio el barco escaparse de sus manos.

«¡Esperadme!», gritó desesperado.

Pero el barco se dirigió hacia la oscuridad, donde desapareció. El ruido del motor se hizo cada vez más lejano, desapareciendo, y un silencio siniestro volvió a reinar en el mar y la pequeña playa. Entonces Hassan, asaltado por el desconcierto, pensó en sumergirse allí, en el agua negra, y quedarse allí para siempre. Pero se repuso y miró tras de sí, con ojos asustados: dos masas oscuras yacían en la arena, a pocos pasos de él, y el agua las rozaba dulcemente con cada pequeña ola.

Con el corazón que le batía alocadamente, Hassan corrió hacia la playa, para alejarse de los dos cuerpos, y miró a su alrededor, desesperado:

«¿Y ahora, qué hago?».

En esas, se le vino a la mente los seis hombres que habían descendido a tierra antes que él y se puso a correr en dirección a los matorrales, gritando:

«¡Esperadme, esperadme!».

De pronto tropezó con algo oscuro y se agachó para mirar: ¡era uno de los seis! Yacía boca abajo en la arena, y Hassan sintió cómo se le helaba la sangre:

«¿Dónde estáis?», gritó de nuevo. «¡Esperadme, por el amor de Alá!». Un sonido de pasos se escuchó tras un matorral y los hombres aparecieron: tenían las caras endemoniadas y blandía largas navajas. Uno de ellos lo agarró por un brazo y lo arrastró entre las ramas:

«¿Quiere callarte, maldito, quieres callarte antes de que se nos echen encima todos los gendarmes de España?», gimoteó.

«Me han dejado... se han ido sin mí...», murmuró Hassan con la cabeza agachada.

«Se han ido sin ti», asintió el hombre, duramente. «¿Y nosotros qué podemos hacer? ¡Si no llega el camión, con todos esos muertos, estamos metidos en un buen lío, como tú!»

«Llevadme con vosotros, no me dejéis aquí», suplicó Hassan.

Los hombres consultaron entre sí con la mirada; entonces el que había hablado antes y que parecía el jefe, dijo:

«Podría ocupar el puesto de Hakim, que ya ha sido pagado».

Los otros hicieron un gesto afirmativo, con la cabeza.

«Sin embargo, cuando lleguemos, tú tendrás que trabajar para nosotros», añadió el hombre, «hasta que no hayas pagado tu deuda!»

«Sí, sí, trabajaré para vosotros», prometió Hassan, con las lágrimas en los ojos.

«Entonces toma». Y entonces el hombre le dio un fardo: «Era de Hakim». Hassan lo cogió y se agachó entre los matorrales, cerca de los otros. Se quedaron todos en silencio, esperando el amanecer que debía traer el camión y la salvación. Y Hassan pensaba en Hakim, en aquel pobre joven que había desembarcado clandestinamente en tierra europea buscando un trabajo y que había muerto sin un motivo, sobre una playa desierta, y ahora yacía allí, solo como un perro.

Bajo la tenue luz del cielo, abrió el fardo y vio que contenía dos jerséis, algunos pequeños camellos de ébano, dos collares de piedras, algunos relojes baratos y dos o tres encendedores. Entonces cerró despacio el fardo, agachó la cabeza sobre el pecho y

sintió la necesidad de rezar por el joven desconocido que, con su muerte, le salvaba la vida:

«Que Alá te acoja en sus verdes jardines, que estés en paz...», murmuró.

«¿Lo dejamos... lo dejamos allí...?», preguntó al rato al jefe, señalando el cuerpo con el dedo, que ahora se distinguía bien en la arena cada vez más clara.

El hombre se encogió de hombros:

«¿Y qué podemos hacer nosotros? ¡Y además se lo ha buscado él! ¡Cuando ha escuchado el silbido de las balas, ha perdido la cabeza y se ha puesto a correr estúpidamente hacia la barca, en vez de resguardarse detrás de los matorrales!».

«¿Quiénes eran los que disparaban?».

«Contrabandistas... traficantes de armas... bandas rivales... ¿Quién sabe?».

El hombre calló y se puso las rodillas contra el pecho, la vista siempre puesta en la carretera que pasaba por la cima del acantilado.

El alba llenaba de blanco las cosas, dibujando netamente el perfil de la roca y dejando ver cómo aparecían, una a una, las pequeñas casas esparcidas como un rebaño que pasta en la montaña.

Después el ruido de un enorme camión nació de alguna parte del acantilado, se acercó, creció, y pronto el vehículo apareció por la carretera, y colocándose encima de ellos, paró en el borde. El conductor, un hombre alto y delgado, bajó y se apoyó en el parapeto, mirando hacia abajo con aire distraído. Los hombres lo miraban como hipnotizados, aguantando la respiración. El hombre se buscó en el bolsillo de la chaqueta, cogió un cigarro, lo encendió, usando tres veces el encendedor; después dio una larga calada y dio el cigarro al suelo, haciéndole describir un amplio arco.

«Es él», dijo el jefe.

Se pusieron en pie y comenzaron a correr hacia el escarpado; después treparon como poseídos, desmoronando tierra y haciendo rodar hacia abajo matorrales y piedras, hasta que alcanzaron, uno tras de otro, el borde de la carretera y fueron hacia

el conductor; este cogió de las manos del jefe un fajo de billetes, los inspeccionó, los contó, dio una vuelta alrededor de su vehículo, levantó la tela y los hizo subir dentro, entre la carga de cortezas de corcho. Y los seis se sepultaron, cubriéndose el rostro y el cuerpo, mientras el conductor, siempre en silencio, cerraba cuidadosamente la tela, subía a la cabina y ponía en marcha el camión.

 Iniciaba así, para Hassan, el largo viaje hacia Italia.

Capítulo XI

Hassan, vendedor ambulante en Turín

«Bajad aquí», dijo el conductor, un hombre pelirrojo y de gruesos bigotes que le cortaban en dos la cara pecosa.

Los seis se apresuraron a obedecer y bajaron, uno después del otro, con sus paquetes, en la enorme plaza rectangular, mientras la furgoneta se ponía de nuevo en marcha, giraba por el monumento y se disipaba en el río de coches.

Hassan se separó de los otros, con su paquete en un hombro, y se dirigió hacia el pórtico, buscando el lugar más adecuado.

«Aquí no», pensó, mirando hacia la pollería. «Es mejor en una tienda que entre mucha gente. Allí será más fácil colocar algo».

Descartó también pastelería: ¡le dolía demasiado tener delante de los ojos todos los ricos pasteles multicolores y oler aquel dulce aroma de vainilla que le bajaba al abismo del estómago, atenazado por el hambre!

Eligió una columna que estaba frente a una óptica y una boutique de moda; entonces, con el rabillo del ojo miró a derecha e izquierda: ningún otro vendedor ambulante se encontraba cerca, señal de que sus compañeros habían preferido moverse hasta el otro lado de la plaza, frente a la parada del tranvía. Por último puso en el suelo su fardo, lo abrió, extendió sobre la acera una pequeña tela de plástico y puso encima, en orden, sus estatuillas de ébano, los collares de piedra, los brazaletes de falso marfil, los relojes baratos, los llaveros y los casetes: lo puso todo con gestos precisos, intentando crear una hermosa composición que llamase la atención de los transeúntes e intentando alargar lo más posible aquella operación para pasar el tiempo de aquella interminable tarde esperando algún comprador. Se apoyó en la columna, intentando protegerse de las ráfagas de viento y lluvia que de vez en cuando caían sobre la enorme plaza, provocándole escalofríos en sus jerséis hechos jirones y en sus gastadas zapatillas.

llas de tela. De vez en cuando miraba a su alrededor: la inmensa plaza estaba llena de edificios todos iguales, de colores amarillo-rosados, con pequeñas buhardillas en lo alto y arriates en el centro donde, en medio de un minúsculo lago, se erigía una pirámide de peñascos, ennegrecidos a la intemperie, con estatuas de mármol blanco diseminadas entre las piedras y un ángel en la cumbre. Y se preguntó durante largo tiempo qué podía significar ese monumento, con todos aquellos gigantes semidesnudos que yacían entre los montones, mientras bajo el pórtico corría un río de personas, envueltas en pesados abrigos y gruesas pieles; alguno le echaba una mirada piadosa, después miraba la pobre mercancía alineada sobre la tela y aceleraba el paso, seguido por la muda súplica de los ojos de Hassan.

Pasaron algunas gitanas, con amplias faldas que se arrastraban por el suelo y niños envueltos en los chales; una de ellas se paró cerca de la columna después de la pastelería y posó a su crío, un niño de pocos años, en el suelo, sobre un trapo, con un pequeño acordeón en los brazos; después le puso delante una caja de zapatos que tenía dentro un gatito gris, que parecía somnoliento. El pequeño cogió el acordeón con las manos ateridas y se puso a tirar y tirar, dejando salir sonidos lúgubres; el gatito dormitaba en su caja y también el niño de vez en cuando agachaba la cabeza hasta el pecho y cerraba los ojos, después tenía un sobresalto, abría los ojos de par en par y comenzaba de nuevo a tocar mecánicamente su instrumento. Los transeúntes lo miraban apiadados y las monedas caían incesantes en la caja de gatito.

«Si yo también tuviera un gato», pensó Hassan, acordándose de Kika, la mona que le agarraba de las orejas y que le había hecho ganar tantos dirham, allá, cerca de la gran puerta de Fez, junto a Alí que encantaba a su vieja cobra. Y una nostalgia punzante de su tierra, de su tienda, de su madre, de Amina lo asaltó y le hizo soñar con la arena blanca, el ardiente sol, el cielo sin nubes, el gran calor, mientras la lluvia, que ahora caía fuerte, lo mojaba de la cabeza a los pies.

Se acercaba Navidad y las nubes negras estaban cada vez más cerca, traídas por el viento del norte. Hassan se metió las

manos bajo el abrigo, entre los jerséis, buscando un poco de calor; y de vez en cuando se preguntaba: «¿Desde cuándo estoy aquí, en esta fría ciudad? ¿Conseguiré volver un día a mi tierra, a ver Marrakech?»

Un nudo se agarró a su garganta: hacía ya bastantes meses que se encontraba en Turín, durmiendo de noche con los otros en una buhardilla húmeda y apestosa y trabajando de día, bajo las órdenes del hombre pelirrojo, que los llevaba cada mañana y cada tarde, en su camioneta, a un punto de la ciudad y volvía a llevárselos a la tarde cansados por las largas horas pasadas en pie. Y siempre había reprimendas por las escasas ventas, por la poca voluntad que ponían. Sobre todo Hassan e Ibrahim eran acusados de ser estúpidos e inertes: eran los más jóvenes y vendían poco. Los otros, en cambio, que habían dejado en Marruecos mujeres e hijos, a quienes debían mandar el dinero para vivir, recorrían cada día kilómetros y kilómetros, con sus cajas y sus alfombras a la espalda, llegando a menudo a la lejana periferia, entrando en las tiendas y los bares, suplicando, insistentes y afligidos, hasta que alguien compraba un encendedor, una manta de lana o una alfombra. Y así conseguían reunir el dinero para dar al hombre pelirrojo y que, quitando la comida y la bebida, mandaban a final de mes a la lejana familia. Ibrahim y Hassan no, no eran capaces de recorrer tantos kilómetros, de mendigar, de humillarse, y sus fardos volvían a la buhardilla casi intactos, y había reprimendas interminables, amenazas, castigos y noches pasadas sin pegar ojo, con el frío que atenazaba las carnes y el hambre que mordía el estómago. Casi cada noche Hassan, bajo la tenue luz que entraba por la claraboya, veía que Ibrahim estaba sentado inmóvil sobre su camastro, con la cabeza entre las manos, y una gran pena le provocaba dolor en el corazón.

«¿Cuánto cuesta?».

Hassan volvió en sí: dos niñas se habían puesto a su lado y una de ellas señalaba un brazalete de falso marfil.

«¿Cuá-cuánto mi dais?», balbuceó, temeroso de decir una cifra demasiado alta para la niña y de no conseguir concluir la venta.

Las dos se pusieron a reír:

«No lo sé, eres tú quien lo debe decir», dijo la más pequeña, una morenita envuelta en una mantilla roja.

«Cinco... cinco mil...», arriesgó Hassan.

La niña miró a la otra y negó:

«Me gustaría regalárselo a mi hermana, por Navidad, pero no tengo cinco mil liras».

El corazón de Hassan batía fuerte:

«¿Cuánto me podéis dar?», preguntó, con las mejillas y las orejas rojas.

La niña se buscó en los bolsillos, sacó algo de dinero y se puso a contarle:

«Dos mil quinientas, dos mil seiscientas, dos mil ochocientas cincuenta», dijo, mostrando todo su haber.

Hassan palideció: ¡Era demasiado poco, ni siquiera habría conseguido darle al pelirrojo su parte!

«Yo te puedo prestar mil quinientas liras», dijo la otra, una rubia de ojos sonrientes bajo el gorrito de lana azul. «¿Bastarán?».

«Bastarán», dijo Hassan, solemnemente. Y comenzó a envolver con un pedazo de periódico viejo el brazalete, que la niña se metió en el bolsillo muy contenta. Después las dos escaparon corriendo, con un «adiós» estridente, y Hassan las siguió con mirada agradecida, hasta que se perdieron entre la multitud; en su corazón surgió un calor agradable, una nueva esperanza:

«Si vendiera dos o tres, podría comprar una brioche y tal vez también un trozo de chocolate...», soñó.

Poco después, un viejecito pasó por allí, llevando de paseo a su perrito; le quitó la correa y el perrito corrió a visitar los árboles que crecían a los lados de la plaza, mientras el viejecito miraba a Hassan; después se inclinó y cogió en las manos un elefantito de ébano:

«Es gracioso», dijo.

«Si lo quieres, te lo doy por poco», dijo Hassan, con un halo de esperanza en el pecho.

El viejo negó con la cabeza:

«No, chico, no, no puedo: no tengo dinero para estas cosas», refunfuñó.

Se agachó nuevamente, volviendo a poner el elefantito detrás de los otros, en orden de estatura, y se fue, negando con la cabeza y diciendo que no, que no, mientras el perrito lo seguía trotando y haciendo una breve parada cerca de todas las columnas.

Entonces Hassan apartó la vista, triste, para entretenerse con el vuelo de las palomas que atravesaban en diagonal la plaza, bajo la lluvia.



Capítulo XII

¡Libre y hambriento!

Aquella noche no consiguió pegar ojo: cuando el pelirrojo había ido a recogerlos, él no había vendido más que un brazalete, un encendedor y un llavero; entonces el hombre se había enfadado muchísimo y lo había llamado «bastardo y vago»; después, como Hassan lo miraba a los ojos, con fiereza, sin decir una palabra, el hombre, desesperado, le había soltado una bofetada que todavía le quemaba la mejilla. También el ojo estaba enrojecido e hinchado y, al tocarlo, Hassan veía pequeñas estrellas en la oscuridad de la buhardilla, mientras a su alrededor los otros roncaban, muertos de cansancio.

Hassan se sentó sobre el harapiento colchón y miró hacia arriba, por la ventanita de la claraboya: la lluvia había cesado y el cielo estaba cubierto de estrellas; la ciudad dormida, envuelta en el silencio; también el incesante ruido de coches que recorría la cercana Vía Po había desaparecido. Hassan se dirigió lentamente hacia la ventanita, saltando entre los colchones alineados en el suelo, se puso al lado de los cristales rotos y miró fuera: del río subía una neblina ligera y mil luces centelleaban en la ciudad y la colina. La cima de la Mole, poco distante, resplandecía como si estuviera incandescente.

«Es bonito», pensó Hassan mientras el frío lo penetraba y contemplaba encantado el silencioso parpadeo de las luces. Después se estremeció, se volvió y vio que Ibrahim se había sentado en su colchón y se agarraba la cabeza entre las manos. Entonces fue a sentarse junto a él:

«¿No consigues dormir?», preguntó.

El joven negó con la cabeza, desconsolado.

«¿Te duele la cabeza?».

Otro gesto negativo. Se quedaron los dos en silencio escuchando el fragoroso roncar de los otros; después Hassan dijo:

«Yo me voy».

Ibrahim clavó en él dos ojos alarmados.

«¡Sí, me voy! ¡Basta con el hambre, las injurias y los golpes!, repitió Hassan, con fuerza. «La deuda del viaje la he pagado a ti y a tus compañeros. Ahora tengo que pensar en mí. Y además quiero volver a casa...». La voz se le quebró y se calló, para esconder su pena.

«¿Cómo harás para vivir?», preguntó Ibrahim, asustado.

«No lo sé. ¡Pero todo es mejor que esta vida, todo!», explotó Hassan.

«Te encontrarán y te lo harán pagar caro...», dijo Ibrahim, preocupado, agarrándose de nuevo la cabeza entre las manos.

«Lo sé, pero tengo que intentarlo...».

Entonces Ibrahim se buscó en el pecho, abrió un saquito que tenía colgado del cuello, extrajo un billete de mil, bien doblado, y se lo ofreció:

«No tengo más», dijo humildemente.

«¡Gracias, hermano! ¡Qué Alá te bendiga y te proteja!», dijo, conmovido. Volvió a su colchón, dobló con cuidado su chilaba, se la colocó debajo de los jerséis, después distribuyó en los bolsillos sus cosas y dijo Ibrahim:

«Te dejo mi mercancía. ¡He cogido solo un brazalete y un anillo, el precio de las cenas que el pelirrojo me ha robado!».

Se dirigió hacia la puerta, la abrió despacio y se detuvo aguantando la respiración para escuchar: dentro los cuatro seguían roncando al unísono; en la planta, oscuridad y silencio. Entonces Hassan se colocó detrás de la puerta muy despacio, la cerró sin ruido y comenzó a descender a tientas las escaleras, agarrado a la sucia baranda. Abrió el portón que daba a una callecita flanqueada de viejas casas y miró a su alrededor, indeciso sobre la dirección que tomar: a la derecha se iba hacia el río y la colina; a la izquierda se adentraba en el corazón de la ciudad.

Hassan fue por la izquierda, pensando:

«Me será más fácil perder mi rastro entre tanta gente. Además el pelirrojo no puede dirigirse a la policía, porque soy un clandestino y se metería en líos...».

Caminó y caminó, sin sentir el cansancio, con la euforia de quien ha encontrado de nuevo la libertad tras un largo cautiverio, y las calles se sucedían una tras otra, y los portones ce-

rrados pasaban a su lado y las estrellas empalidecían; después el alba esclareció el oriente. Hassan caminaba siempre en dirección oeste, hasta que se encontró en una avenida arbolada que llegaba a un enorme parque con colinas, jardines, senderos para pasear y campos de petanca; en medio, entre un parpadeo de luces, se levantaba la carpa de picos naranjas y verdes de un circo.

«Aquí hay gente extranjera. ¡El pelirrojo no me puede encontrar fácilmente!».

Se puso a caminar por medio de los jardines. La lluvia del día anterior había empapado la tierra y muy pronto sus zapatillas de tela estuvieron mojadas. Entonces se sentó en un banquillo y miró a su alrededor, perdido: ¿qué hacer? ¿Cómo encontrar comida y refugio?

De repente recordó las mil liras de Ibrahim y se levantó para ir a buscar una lechería o una panadería donde comprar algo de comer. Pasó por medio de un parque de atracciones, videojuegos, coches de choque y finalmente divisó cerca de la parada del autobús una tiendecita, delante de la cual algunos hombres abrigados hasta las cejas bebían una copita. Se acercó, dudoso:

«¿Tenéis... tenéis... bocadillos?, preguntó tímidamente.

«Sí, con mortadela», respondió el tendero, un hombrecito que llevaba guantes sucios y un pasamontañas de lana gris.

«No, la mortadela no... ¿me puede dar solo el pan?...».

El hombre le dio con aire descontento una hogaza, mientras uno de los que bebían la grapa se giraba para comentar, con media sonrisa:

«Te has caído pronto de la cama esta mañana, ¿eh, África?».

También Hassan esbozó una sonrisa y se alejó lentamente, contando las monedas que le quedaban. Después se puso a darle bocados al pan, intentando que durara lo máximo posible. Mientras caminaba se había metido por medio de un grupo de árboles deshojados, donde había montañitas de basura y chatarra. Se sentó sobre un cubo de basura y se puso a pensar. Un ruido a pocos pasos atrajo su atención: un gatito rojizo había salido del

tubo de una estufa y avanzaba temblando; viéndolo, maulló un poco, con aire implorante.

«¿Tienes hambre tú también, eh?», rio Hassan. Se inclinó y lo levantó: estaba delgado y sucio, pero era muy gracioso. «Con un poco de leche...», pensó Hassan, mientras una idea le pasaba por la cabeza: «¡Quédate aquí y espérame, por favor!», le dijo, posándolo cerca del tubo y alejándose con paso ligero. Corrió fuera del parque, tomó una calle donde los tranvías chirriaban, vio una lechería, entró, consiguió obtener de la dueña, junto a una mirada sospechosa, un vaso de leche y un bocadillo y corrió de nuevo hacía el parque, pensando:

«¡Espero que no se haya escapado!».

En cuanto escuchó el ruido de sus pasos, el gatito salió de su escondite y se puso a aullar. Entonces Hassan se le acercó, lo acarició, le dio la leche, que el animalito lamió golosamente con la áspera lengüita; después le partió el pan, que rápidamente desapareció dentro de las famélicas fauces; por último se lo puso en las rodillas y lo acarició, hablándole suave al oído:

«Ahora te limpio bien, y después vamos a dar un espectáculo: ¡pero tú debes estar aquí, sobre mi cabeza, y también sobre el hombro, así!».

Intentó ponérselo sobre la cabeza, como hacía con Kika, allí, en la tierra caliente; pero el gatito, asustado, le clavaba las uñas en el pelo para no caer, le arañaba el cuello, y bufaba y bufaba, con el pelo erizado. Fue necesaria una mañana para enseñarle a mantener el equilibrio sobre la cabeza y a descender y acurrucarse sobre un hombro. En cuanto lo consiguió, cogió en brazos al gatito y se dirigió afuera del parque, donde ya abrían algunas tiendas de alimentación ahora abarrotadas de amas de casa. Se colocó en el suelo, en la acera, junto al muro de un viejo taller, con el gatito sobre las rodillas, y esperó: la gente iba y venía, sin echarle cuenta; solo alguno le echaba alguna mirada rápida y se apartaba para no ser molestado. Después llegó la hora de salir del colegio de los niños y Hassan escuchó una algarabía de voces que llenaron el aire frío. Entonces cogió al gatito, se lo puso en la cabeza, cruzo brazos y piernas y se puso a cantar una antigua nana, que su madre le había enseñado cuando era niño.

El gato, con las cuatro patas juntas para no resbalar, la cola recta y el hocico levantado se mantenía hábilmente en equilibrio sobre la cabeza. Y Hassan continuó cantando, primero con voz temblorosa y después cada vez más firme y segura; y las monedas comenzaron a sonar contra la acera ante él, que de pronto se encontró rodeado de una pequeña multitud. Los niños estaban fascinados por el gatito; las madres miraban enternecidas sus cabellos rizados, el rostro oscuro donde brillaban grandes ojos expresivos, invadidas por una gran piedad, gracias a aquella nana que parecía evocar mundos lejanos, amaneceres serenos y una paz irremediablemente perdida.

Después del grupito de curiosos se disolvió, los niños volvieron a sus casas y el minino se durmió sobre el hombro de Hassan, que recogió furtivamente sus ganancias y se puso a contar: «¡5720 liras!».

Loco de contento, volvió a tomar el camino del parque, lleno a esa hora de viejecitos que daban breves paseos y de jubilados que jugaba a la petanca a gritos.

Mientras caminaba compro más leche para el gatito, una brioché e incluso un trozo de chocolate; después se sentó entre los árboles y comió deleitándose, sentado sobre la basura, mientras el gatito bebía concienzudamente su leche. Cuando los dos terminaron, lo puso sobre las rodillas y le dijo:

«Yo ahora me tengo que ir. Pero mañana volveré y te traeré más comida...».

Le hizo una caricia y lo puso en el suelo, junto a su tubo de calefacción; después se alejó algunos pasos. Entonces el gatito se puso a aullar débilmente, desconcertado; Hassan se dio la vuelta y le dijo:

«No puede llevarte conmigo. ¡Soy un pobre vagabundo, como tú!» Después se fue, pensando, con un sentimiento de culpa: «Soy un desagradecido. ¡Y pensar que todo es méritos suyos si hoy he comido hasta saciarme!».

El gatito, mientras tanto, para nada preocupado, se volvía a meter lentamente en su tubo, dónde se acurrucó y se durmió plácidamente.



Capítulo XIII

Mila

Hassan se dirigió lentamente hacia el parque de atracciones y se mezcló entre la multitud de niños y jóvenes que pululaban entre los puestecitos de turrón y algodón de azúcar, alejándose deprisa en cuanto le parecía ver una cabeza pelirroja. Después se puso al lado de los coches de choque y se puso a mirar, encantado, los pequeños autos que giraban, chocando unos contra otros entre chispas, risas y gritos de las niñas. Después se levantó y volvió a vagabundear, agarrando con la mano dentro del bolsillo sus monedas: tenía unas ganas enormes de acercarse a la tienda de turrón y regalarse un buen pedazo, pero la preocupación por los días futuros le hizo ser prudente: «Espera», se dijo: «espera hasta que tengas hambre».

Para quitarse el pensamiento de turrón, se puso al lado de la inmensa noria sobre la que había un enorme cartel de Guerra Estelar y se paró a mirar las pequeñas cápsulas espaciales que subían y giraban alrededor de un globo gigantesco brillante de mil colores, mientras un altavoz difundía por el aire silbidos y ruidos de armas estelares mientras los niños, los chicos y los adultos que poblaban las naves usaban sus armas, respondiendo al fuego con aire belicoso. En el aire resonaba un ruido infernal, solapado a veces por la voz estridente de una chica que dirigía el juego apoyada dentro de una cabina izada de sobre un motor que retumbaba. De repente las pequeñas cápsulas parecieron volverse locas: algunas iban derechas hacia el cielo, otras caían hasta casi tocar el suelo, otras incluso giraban sobre sí mismas, mientras sus ocupantes dejaban escapar gritos y risas histéricas, con los pelos estirados y la nariz violácea del frío.

Esta era la última escena de la guerra estelar: poco después, de hecho, las naves bajaban todas a la vez, la gran bola del centro paraba de relampaguear, la rueda se paraba y la voz de la chica, en la cabina, repetía, monótona:

«Fin de la atracción. Reservar para el próximo viaje: una ficha, dos personas».

Hassan se apoyó con la espalda en la cabina y se quedó mirando, absorto, los chicos que bajaban dando tumbos de sus cápsulas espaciales e iban a la caja a comprar más fichas; después corrían para tomar de nuevo su sitio en las naves que poco después volvían a elevarse hacia el cielo, por encima de todas las otras atracciones porque la guerra estelar comenzaba otra vez...

«¿Qué haces?», preguntó de repente una voz sobre él.

Hassan se repuso y miró hacia arriba: la chica se asomaba de la cabina y lo miraba, riendo. Hassan enrojeció y se apartó un par de pasos:

«Miraba», dijo tímidamente.

«Lo veo», rio la chica: «¿No quieres montarte?».

Hassan hizo un gesto negativo con la cabeza.

«¿Por qué?».

Hassan se encogió de hombros:

«Así», dijo.

La chica apartó la vista, volvió a maniobrar sus levas y se divirtió un poco volviendo locos a sus astronautas, haciéndoles subir altísimo y después caer de golpe hacia el suelo. Después se volvió y comentó alegremente:

«¡Si no hago que les duela un poco el estómago, no se divierten!». Y rio de placer. También Hassan se puso a reír y una corriente de simpatía pasó entre los dos.

«¿De dónde vienes?», preguntó de nuevo la chica, mientras las naves se posaban silenciosamente en el suelo.

«De África...», respondió Hassan vagamente.

La chica calló durante un rato, ocupada distribuyendo rápidamente las fichas de la atracción; después su voz chilló por el altavoz;

«El número cuatro gana subir gratis»

Hassan rio para sí: había notado, de hecho, que el ocupante de la nave número cuatro, un chico más o menos de su edad, había subido ya tres veces a combatir su guerra espacial.

«¡Es lista!», pensó, con admiración.

Como adivinando sus pensamientos, la chica se volvió y comentó, con una sonrisa:

«¡De este modo animo a los mejores clientes!».

Después reprendió a través del altavoz: «¡El número siete, mete las manos dentro. Coged sitio, coged sitio, esto empieza de nuevo!» Y, con un enérgico tirón de la leva, mando a todos por el aire. Después se asomó y dijo:

«Yo en cambio vengo de Yugoslavia; ¿sabes?, mis padres son zíngaros, pero yo he nacido aquí, en Italia».

«¿Quiénes son los zíngaros?», preguntó Hassan, tímidamente.

«Gitanos».

«¿Hace mucho que trabajas aquí?».

«No: antes teníamos una atracción...».

En esas, un joven de largos cabellos rubios se acercó a la cabina, abrió la puerta y dijo:

«Puedes irte».

Rápidamente la chica se levantó y bajó, mientras el joven tomaba su puesto tras los mandos. Cuando puso los pies en el suelo, Hassan se dio cuenta de que era muy joven, pequeña y gordita.

La chica fue hacia él, suspirando:

«¡Uff! ¡Me siento un poco anquilosada! Hace tres horas que estoy ahí arriba, en la cabina!». Se pasó una mano por el pelo, rubio como el del joven que la había relevado, y añadió: «A propósito: yo me llamo Mila».

«Yo Hassan...»

Estuvieron un rato en silencio, uno junto al otro; de nuevo pues Mila quien habló:

«¿Eres de este barrio?».

«No».

La chica se dirigió lentamente hacia algunas caravanas alineadas al borde de la plaza. Entonces Hassan se armó de coraje, la siguió y dijo, de un tirón:

«¡Busco un trabajo!».

Había pronunciado aquellas palabras con voz dramática y Mila se volvió para mirarlo, seria:

«¿Qué trabajo?».

Hassan extendió los brazos:

«Cualquier trabajo...», suspiró.

Mila miró sus zapatillas empapadas, el jersey deshilachado que caía por debajo del abrigo:

«¿Estás metido en líos?», preguntó con cautela.

Hassan hizo un gesto afirmativo, con un nudo en la garganta.

«¿Líos... con la policía...?»

«¡No, no, yo soy honesto!», espetó Hassan. Y después, con un ligero titubeo: «Mi jefe ayer por la tarde me pegó y esta noche me ha escapado...», confesó.

«¿Eres un clandestino?».

«Sí».

«¿Dónde estabas?».

«Cerca de la calle Po, con otros cinco...».

«¿Y ahora, tienes un sitio donde dormir?».

«No».

Mila pensó un poco, después levantó la cabeza y dijo resuelta:

«Ven conmigo».

«¿Dónde?».

«¡Tú ven y no hagas preguntas!», respondió Mila, trotando su alrededor. Y después de un momento en silencio: «¿Te gustan los animales?».

«Sí, mucho».

«¡Entonces, con un poco de fortuna, en el Circo de España encontramos un trabajo y un techo para ti!», concluyó acaloradamente la chica. Al rato, sin embargo, se paró de golpe y le clavó sus dos ojos negros en la cara, punzantes como agujas: «¿Me puedo fiar de ti?», preguntó, severa.

«¡Te puedes fiar!», dijo con ardor Hassan, poniéndose una mano en el pecho.

Mila se echó a reír, después dijo, voluble:

«Yo tengo catorce años y medio. ¿Y tú?»

«Quince».

Hablando llegaron delante del Circo y Mila exclamó:

«¡Vamos a buscar a Poki e Paki: son pequeños, pero cuentan más que los grandes!».

«¿Quiénes son Poki e Paki?».

«Dos enanos».

«¿Dos enanos?».

«Sí, dos hombrecillos que te llegarán más o menos a los muslos: ¡pero son dos payasos formidables! ¡Ven y no tengas esa cara de condenado a muerte: irá todo bien, verás, palabra de Mila!».



Capítulo XIV

La gran familia del circo

«¡Hecho: ahora estáis guapísimos!», exclamó Hassan posando el peine y fijando con admiración los caballos alienados uno junto al otro en las carrozas. Sacó del bolsillo un puñado de terroncitos de azúcar y dio uno a cada uno, recibiendo una caricia en la palma de la mano de los labios blandos de los animales; por último cogió un terroncito, pequeño, pequeño y se lo metió furtivamente en la boca cerrando los ojos, disfrutándolo, mientras el azúcar se le deshacía poco a poco en la lengua infundiéndole una dulzura que le descendió hasta el pecho. Abrió de nuevo los ojos y miró a su alrededor, incrédulo por la fortuna que había tenido: los caballos movían las hermosas colas, tranquilamente, esperando a que Carmen, la joven hija de Don Pedro, viniera a ejercitarse sobre sus grupas; más allá, Nicomede, un viejo camello, rumiaba plácidamente junto a Indra, la joven elefantita africana, una de las atracciones más divertidas del circo.

Hassan se acercó al camello y apoyó la frente contra su áspero pecho; entonces, ante sus ojos, pasó una hilera de dromedarios que caminaban y caminaban, perfilados contra el cielo rojo del atardecer; y con ellos estaba Amina, Amina de largos cabellos y ojos negros como la noche... Una oleada de nostalgia lo asaltó, borrando del cuerpo la serenidad de antes. Hassan volvió en sí:

«Estás saciado y contento, aquí; estás bien vestido. ¿Qué más quieres?», se reprendió, echando un vistazo de admiración a su caliente anorak rojo, a los vaqueros forrados que le protegían óptimamente del frío invierno, a las zapatillas de piel, viejas pero cálidas. «¡Eres rico y feliz como un rey!», repitió, a media voz. Se acercó a Indra, le rascó la trompa y, mientras la elefantita lo empujaba hacia atrás jugando, Hassan se preguntó: «¿Cuántos días llevo aquí? ¿Cuatro o cinco?».

Y con la mente veía de nuevo a Mila, que lo precedía en medio de un grupo de caravanas y carrozas, diciéndole:

«Es un pequeño circo ecuestre, de poco más de veinte personas; don Pedro es el jefe: parece un orco, pero es un encanto de hombre. Tu espera aquí, que yo voy a hablar con él». Y Hassan, con el corazón que golpeaba en la raíz del cuello, la vio desaparecer dentro de una gran caravana. Allí llegaron dos hombrecitos cómicos con cara de viejo en cuerpos de niños: habían llegado corriendo entre las carrozas, agarrados de la mano y levantando lo más alto posible las gruesas zapatillas en medio de los charcos; uno de los dos era completamente calvo, el otro en cambio lucía una densa capa de pelo negro y rectos como las cerdas de un cepillo. Se pararon delante, lo miraron seriamente, de arriba abajo, después le preguntaron, a la vez:

«¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?»

«Espero...espero a Mila...», balbuceó Hassan, con la cara roja.

«Ah, Mila, la conocemos», comentaron los dos hombrecitos; y mientras tanto miraban de reojo sus zapatillas enfangadas. «¿Qué quieres?».

«Un trabajo...», murmuró Hassan, mirándose las manos.

Poco después, Mila salió de la caravana, gritando festivamente:

«¡Mientras el circo se quede en la ciudad, don Pedro te coge para limpiar las jaulas y dar de comer a los animales!»

Y todo se puso a girar ante los ojos de Hassan y también los enanos se habían cogido de la mano y danzaban alegremente a su alrededor, cantando:

«¡Lo has conseguido, lo has conseguido!»

Así Hassan había entrado en el mágico reino del circo: de día cuidaba de los animales, la tarde se metía bajo la tienda y se escondía en la sombra, por miedo a que el pelirrojo o alguno de los suyos lo encontrara y miraba, extasiado, la pista, donde los caballos se exhibían caracoleando, mientras Carmen, con su tutú adornado de brillos de oro, un paraguñitas de encaje en la mano, la bonita cara llena de pecas, pálida y concentrada, hacía equilibrios levantando un huracán de aplausos. Después Carmen salía y entraban los dos enanos, vestidos de payaso y se ponían a jugar a la pelota con Indra, mientras la elefantita juguetona los menos-

preciaba, desviaba la pelota con la trompa, se sentaba sobre las patas posteriores y amenazaba con pisarles con las anteriores, bailaba la rumba, se duchaba, entre la festiva hilaridad de los espectadores...

Llegaron corriendo con sus grandes zapatos, Poki y Paki, y Hassan se puso en pie.

«Lleva fuera a Indra: es la hora de los ejercicios», dijeron.

Hassan obedeció, sacó a la elephantita que lo apremiaba a empujones, tocándole de vez en cuando la cabeza con la trompa, jugando, la puso entre las caravanas y Paki comenzó a lanzar su pelota de colores contra el animal que lo desviaba diestramente con la trompa, después improvisaba una danza de la victoria, levantando rítmicamente las patas anteriores, después las posteriores, acompañándose de un ligero aleteo de las orejas. Después los dos enanos le hablaron seriamente e inmediatamente la elephantita se tumbó de lado y Paki escaló por encima de ella para ir a rascarle cómicamente la panza.

«¡Bravo, bravo!», rio Hassan, aplaudiendo el nuevo número.

Un poco más allá Carmen, con el pelo recogido con un lazo en lo alto de la cabeza, el cuerpo delicado encerrado en una malla roja, se ejercitaba sobre una gruesa cuerda, silenciosa y concentrada y, como siempre, Hassan se entretuvo mirando su gracia y su bravura.

Era la hora en la que todos se ejercitaban para el espectáculo de la tarde: Esteban, Miguel, Luis y los otros hermanos de Carmen estaban haciendo saltos acrobáticos bajo la tienda; el joven Felipe lanzaba al aire sus mazas, mientras don Pedro tronaba, como de costumbre, en su caravana, con doña Elvira, la mujer, que hace tiempo era trapecista y ahora se ocupaban del vestuario y de la cocina: ¡como cada día! Y, como cada día, a aquella hora, Hassan se dirigió lentamente hacia el parque; evitó a los jugadores de petanca que no se daban nunca por vencidos y se afanaban por jugar incluso en aquella fría mañana de diciembre, atravesó un jardín y se dirigió hacia los árboles.

«Minino, eh, minino, estoy aquí», llamó, cuando estuvo cerca del tubo de calefacción. Rápidamente el gatito salió de su

escondite, se desperezó y fue a refregar el hocico contra sus piernas, maullando.

«¡Ahí estás, eh, holgazán!», exclamó Hassan. «Mira lo que te he traído». Sacó del bolsillo un cartoncito y lo puso en el suelo, junto al gatito: «Son salchichas, buenas salchichas de cerdo, para un infiel!», rio. El gatito hundió el hocico en el papel y se puso a devorar las salchichas, bajo la mirada complacida de Hassan, que comentó:

«Estás engordando, ¿eh?».

Le acarició el lomo, después se levantó y miró al final del jardín el globo lejano de Guerra Estelar que giraba en el aire, brillando:

«Ahora tengo que irme», dijo.

El gatito lo miró alejarse, lamiéndose los bigotes; después se dio media vuelta y fue a resguardarse dentro de su tubo de calefacción.

Siempre manteniéndose alejado de los grupos de personas por miedo a encuentros indeseados, Hassan llegó al parque de atracciones y cuando vio, de lejos, el rostro de Mila tras el cristal de su cabina, probó un sentimiento de alegría. Poco a poco, como cada día, se acercó a la cabina, se apoyó en la pared y se puso a mirar, en silencio, las acrobacias de las pequeñas naves espaciales.

Mila le sonrió desde lo alto y le hizo un amigable gesto con la mano. Después le preguntó, entre una maniobra y otra:

«¿Todo bien?»

«Todo bien», confirmó Hassan.

«Vestido así no pareces el mismo!», comentó Mila, riendo.

Hassan echó un rápido vistazo al chaquetón:

«Es verdad», dijo, complacido.

«¡Si no fuera por el pelo rizado y por la piel un poco oscura, nadie te tomaría por un africano!», exclamó la chica.

«¡Pero yo soy africano!», bromeó Hassan, alegremente.

«¡Aunque no se vea!».

Capítulo XV

El circo se va

Sentada en la barraca que servía de comedor, la gente de circo tragaba deprisa un bocado antes de volver y terminar los trabajos de desmantelamiento: ¡el circo, de hecho, desmontaba la tienda y se marchaba!

Cerca de Paki, Hassan tenía la cabeza agachada sobre el plato e, inmerso como estaba en sus pensamientos, se olvidaba de comer.

«¿No tienes hambre?», le preguntó Carmen, desde el otro lado de la mesa, sonriéndole, animándolo.

«No, es decir sí...», respondió Hassan volviendo en sí y tragando un bocado; pero tenía la garganta cerrada y un pensamiento le martilleaba la cabeza, obsesivamente:

«¡Se van y yo me quedaré solo!»

Una profunda desesperación lo atenazaba: ¡caería de nuevo en manos del pelirrojo, conocería de nuevo el hambre, la soledad y la indiferencia del prójimo!

Hubiera querido levantarse, lanzarse a los pies de don Pedro, gritar: «¡Ayudadme, en nombre de Alá!». Permanecía, en cambio, inmóvil en su sitio, mientras la conversación avanzaba, tranquilamente, a su alrededor.

Fue doña Elvira quien vino en su ayuda:

«¿Qué harás, Hassan, cuando nosotros nos hayamos ido?», le preguntó, pasándole al lado con un plato.

Hassan levantó vivamente la cabeza y lágrimas silenciosas comenzaron a correrle por la cara. Se las secó con el dorso de la mano, balbuceando:

«No lo sé...».

«¿No puedes hacer lo mismo que hacías antes?», preguntó Miguel.

Hassan no respondió. Fue Carmen en cambio la que habló: «¿Por qué no nos lo llevamos con nosotros?».

«¿Con nosotros? ¿Pero te has vuelto loca? Hemos corrido ya demasiados riesgos con él: es un clandestino y es menor de edad: ¡la ley no bromea con estas cosas!», objetó don Pedro.

«Un hecho es cierto sin embargo: no podemos abandonarlo en manos de aprovechados sin escrúpulos», declaró doña Elvira.

«Y además Hassan nos sería todavía útil: es bueno tratando a los animales», añadió Luis, el más pequeño de los hermanos, al que Hassan tanto admiraba por su habilidad: cuando, todos juntos, en sus ejercicios de equilibrista, formaban una pirámide humana, era siempre Luis quien se subía, justo en la cima, como una ardilla.

Don Pedro miró al hijo, dudoso:

«Sé que puede echarnos una mano, pero corremos grandes riesgos», objetó.

«Estaremos con los ojos bien abiertos», intervinieron los otros hermanos, solidarios: ¡se habían encariñado todos con aquel chico serio y voluntarioso, que sabía peinar tan bien a los caballos y al que Indra adoraba!

«¡Sí, sí, nosotros nos ocupamos!», exclamó Carmen.

«¡Lo maquillaremos de payaso, si es necesario!», dijo Poki.

«¡Le raparemos el pelo para hacerlo irreconocible!», añadió Paki.

Hablaban todos a la vez, con un gran ruido de voces. Entonces don Pedro se puso en pie, dio un golpe sobre la mesa, haciendo bailar botellas y vasos, y gritó, con una voz que se esforzaba por ser áspera:

«¡Basta con este gallinero! Ahora todos fuera, a desmontar la tienda!».

Salió y los hijos se apresuraron a seguirlo.

«¡Lo hemos conseguido!», exultaron Poki e Paki.

Hassan los miró, sin entender.

«¡Sí, el jefe ha dicho que sí: tú vienes con nosotros!».

«¿Con vosotros? ¿Pero es de verdad?», preguntó Hassan, mirando a doña Elvira con ojos incrédulos.

«Sí, hijo mío: te llevamos con nosotros. Pero debemos ser muy prudentes», respondió la mujer.

«Oh, señora, yo... yo...», dijo Hassan, confuso.

Doña Elvira:

«Sí, lo sé. Ahora va a preparar tus cosas, porque en una hora nos vamos».

Hassan se puso en pie y corrió fuera, con el corazón alegre.

Ahora todos estaban alrededor de la carpa, tirando rítmicamente de las cuerdas, desenganchándolas de los anillos: poco a poco la carpa se fue enroscando en el suelo, como una enorme flor marchita, y los hombres, con gestos iguales y medidos, comenzaron a enrollar, una a una, las lonas.

Entonces Hassan se puso a correr por el jardín, en dirección al parque de atracciones; pasó las tiendas de turrón, el salón de videojuegos, las atracciones, cerradas y apagadas, hasta que se encontró ante la gran rueda de Guerra Estelar, con las naves espaciales cubiertas de escarcha.

Entonces se paró, intimidado; después dio algunos pasos, dudoso, hacia la caravana de Mila, escuchando el ruido de voces que provenían de dentro:

«Si al menos saliera alguien», se decía mentalmente, sin encontrar el coraje de acercarse y llamar.

Estuvo allí un rato, combatido entre el deseo de volver a ver a Mila y las ganas de irse, cuando un niño, rubio y desgredado llegó corriendo y subió los escalones de la caravana, mirando a Hassan con dos ojos desconfiados. Entonces el chico se decidió y preguntó:

«¿Está... Mila?».

«¡Te buscan!», gritó el niño, entrando.

Un momento después Mila aparecía por el umbral:

«¡Ah, eres tú!», exclamó tranquilamente al verlo.

«He venido a... despedirme...», murmuró Hassan, con la cabeza agachada.

«¿Te vas?».

«¡Sí, me llevan con ellos, me voy con el circo!».

«¿Estás contento?».

«Sí».

Mila bajó las escaleras y se le acercó:

«¿Te quedarás para siempre con el circo?», preguntó.

Hassan negó con la cabeza:

«No», dijo, «no, quiero volver a casa...».

«¡Verás cómo lo consigues: tú has nacido con suerte! El circo dentro de poco volverá a España».

«¿A España, cerca de África?», preguntó Hassan, incrédulo.

Mila se puso a reír:

«Sí, cerca de África».

«¡Oh, gracias, gracias!».

Hassan le cogió con ímpetu las dos manos y se las apretó contra las suyas. Después se avergonzó, metió las manos en el bolsillo, cohibido, y preguntó:

«¿Y tú, qué harás?».

Mila se encogió de hombros, con indiferencia:

«Oh, yo continuaré haciendo mi trabajo...». Pensó un poco y después añadió, con el rostro iluminado: «Pero un día tendré un buen salón, con tantos videojuegos, y ganaré dinero a espuertas, sin esforzarme. Y entonces me compraré una bonita caravana, toda para mí, con la terracita llena de flores y muchos muebles modernos».

«Lo conseguirás, estoy seguro», dijo Hassan, con convicción.

Se buscó en los bolsillos, sacó un paquetito y se lo entregó, sin mirarla.

«¿Qué es?», preguntó Mila.

«Es algo pequeño... no tengo más para darte...», balbuceó Hassan, mientras Mila abría el paquete, sacaba el brazalete de falso marfil y se lo ponía en el brazo, exclamando:

«¡Es precioso! ¡Gracias!».

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla; Hassan se puso rojo hasta las orejas:

«¡Ahora tengo que irme!».

«Adiós, Hassan, y buena suerte».

El chico corrió y solo cuando estuvo bastante lejos aminó la velocidad y se volvió para mirar: Mila seguía allí, de pie

sobre los escalones de la caravana, y movía una mano en señal de despedida.

Hassan levantó un brazo y se puso a correr de nuevo hacia el parque, semidesierto a esa hora. Llegó al bosquecillo y llamó: «¿Minino, minino...?».

Un pequeño maullido y después el gatito salió de su tubo de calefacción y se desperezó vagamente.

«Ten», dijo Hassan. Se sacó del bolsillo un cartoncito con un trozo de salami y se lo puso delante, después le hizo una caricia y añadió: «Yo me voy. ¡A partir de ahora tienes que aprender a arreglártelas tu solo, amigo mío!».

Se puso en pie y se fue, mientras el gatito comía.

Atravesó el parque con paso ligero y se puso a correr en dirección al parque de atracciones: lo que hace poco era una masa de caravanas y vehículos se había transformado, como por arte de magia, en una larga y ordenada hilera, dispuesta a partir.

«Sube aquí con nosotros», dijo Luis, al verlo aparecer rojo y jadeante. Hassan se metió en el coche de Miguel y se acomodó en el sillón posterior, junto a los dos enanos.

«¡Nos vamos!», exultó Paki, masajeándose el cráneo con las manitas.

«¡Nos vamos!», repitió Poki, con el pelo más en punta que de costumbre.

Y el cortejo se puso en marcha lentamente encabezado por un enorme camión cubierto de lonas en las que se leía el cartel «Circo de España», que giró por la avenida, bordeó la plaza del parque de atracciones y se dirigió hacia la periferia.

Entonces Hassan se puso a mirar, por la ventana posterior, la gran rueda de Guerra Estelar y mantuvo la vista fija hasta que fue cubierta por una fila de casas.

«¿Has ido a despedirte de Mila, eh?», dijo Poki, con aire de listillo. «¡Casi nos vamos sin ti!».

«Ha hecho bien», lo defendió Paki. «Mila es una chica de oro».

«Es verdad», pensó Hassan, convencido.



Capítulo XVI

La muerte de la elefantita

El espectáculo terminó con la noche cerrada, con un galope de caballos entre los chasquidos del látigo de don Pedro, mientras sus hijos se exhibían en peligrosas evoluciones al son de música cosaca, ante el estremecimiento de los espectadores, que después desalojaron el circo lentamente para ir a sus casas por calles tenuemente iluminadas.

También Hassan salió de la tienda y se dirigió hacia la caravana, aparcada en medio del jardín; mientras iba caminando, sintió algo frío posarse dulcemente en la frente y las manos: miró hacia arriba, asombrado, y vio descender una especie de hollín blanco que relucía, silencioso, contra el alumbrado. Extendió las manos y el hollín se posó encima formando un blanco copo, seguido de otro después y de otro más. Y pronto nevó copiosamente.

Hassan, maravillado, con el rostro hacia arriba y los brazos abiertos, permaneció allí para recibir sobre el rostro y el cuerpo aquella caricia silenciosa.

«¿Qué haces? ¿No ves que nieva?», le gritó Paki, mientras pasaba corriendo a su lado, con su ancho disfraz de payaso, y resguardándose en la caravana, seguido de Poki.

Hassan llegó hasta ellos con paso lento, ensimismado:

«No la había visto nunca, la nieve», confesó.

Los dos lo miraron sorprendidos:

«¿No nieva nunca en tu tierra?», preguntó Poki, desmaquillándose la enorme boca roja.

«No lo sé: en las montañas, tal vez...».

«¡Veras como aquí se te pasan las ganas!», exclamó Poki, con voz lúgubre.

Después los tres abrieron sus catres y se acostaron, en mitad de filas de ropa de escena y pronto todo el circo cayó en el sueño.

Mientras dormían, la nieve continuó cayendo, silenciosa e incesante, envolvió los árboles, cubrió los jardines, borró los arriates, se amontonó sobre las caravanas y cuando Hassan, a la mañana siguiente, abrió la puerta, un espectáculo extraordinario se le presentó ante los ojos: la nieve se extendía por todas partes, blanda e inmaculada, borrando todo rastro de vida. Y a Hassan le pareció haber vuelto a su desierto, un desierto todo blanco, de un esplendor cegador.

Entonces dio un salto y se lanzó a la nieve, hundiéndose; después dio algunos pasos y se lanzó con los brazos abiertos, alegremente.

Lo devolvieron a la realidad las voces enfurruñadas de Poki y Paki, quienes, desde la ventanita de la caravana miraban con cara de espanto aquel blanco manto:

«Vuelve dentro, idiota».

«¡Te va a dar una pulmonía!».

«¡Pero si es hermosa!»; gritó Hassan, entrando de nuevo y sonriente:

«¡Es lo más bonito que he visto nunca!».

«¡Sí, bonita, bonita! Verás el pantano cuando se derrita!», gruñó Paki.

Pero la nieve no se derritió: continuó cayendo, incesante y silenciosa durante tres días y la vida del circo se paró y hombres y mujeres se vieron obligados a quitarla con palas continuamente, para aligerar el peso creciente de las caravanas, los camiones, las jaulas de los animales y la tienda que amenazaba con derrumbarse. También Hassan pasaba su tiempo cavando senderos, contagiado por el sentimiento de inquietud que había invadido a toda la gente del circo, que se encontraba con la imposibilidad de desarrollar el trabajo normal y dar espectáculos.

El universo parecía haberse disuelto en la nieve y el pueblo desaparecía cada vez más bajo la blanca cortina; en la lejana calle principal los paseantes eran cada vez más escasos y también los quitanieves, que durante un día habían trabajado en el parque donde se encontraba el circo, habían desaparecido. El mundo pareció caer en un letargo. Por la noche, despierto en su catre, Hassan escuchaba pasar bandadas de pájaros quejándose; des-

pués el viento se ponía a silbar entre los orificios y el desaliento se propagaba dentro de sí, junto al frío, cada vez más intenso. Finalmente la nieve cesó y el sol reapareció haciendo brillar todo lo creado, mientras todos se afanaban por excavar senderos en el manto de casi un metro de alto. La vida era durísima, ahora, en el circo: los animales tenían hambre y frío y los hombres estaban de mal humor; Poki e Paki, tumbados todo el día en sus catres, no hacían más que gruñir. Después la temperatura descendió de golpe y el hielo endureció todo. Hassan castañeteaba los dientes por la noche y los dos enanos gemían en el sueño con voz de niño.

Una noche la temperatura alcanzó los diecisiete grados bajo cero y toda la gente del circo tuvo problemas para dormir debido al frío y la inquietud.

En cuanto la luz de la mañana se extendió por el cielo sereno, Hassan saltó de su catre, donde dormía completamente vestido, abrió lentamente la puerta y miró fuera: arabescos de cristal adornaban los pináculos de la tienda, los canalones, las ramas de los árboles, y la luz creciente hacía brotar de ellos mil destellos, mientras cada ráfaga de viento los hacía tintinear como si fueran de cristal.

Hassan se dirigió, entre muros de nieve helada, hacia las jaulas de los animales, soplándose los dedos, rígidos del frío: Nicomede estaba acurrucado en el centro de su jaula y levantó sobre él, cansadamente, una mirada de resignación milenaria. Los caballos, en cambio, pataleaban, lanzando nubes de vapor por las aletas nasales, con agujas de hielo alrededor del hocico. En la jaula de Indra había un gran silencio: la elefantita estaba acostada sobre un lado, con la trompa abandonada sobre el suelo y parecía como si durmiera.

«¡Despierta, despierta!», exclamó Hassan, alargando el brazo y tocándola. El animal no se movía. Entonces Hassan entró en la jaula, la agarró por la trompa y la movió: Indra permaneció acostada sobre el lado, con los pequeños ojos cerrados, inerte y muda.

Asustado, Hassan corrió hacia la caravana, gritando:

«¡Poki, Paki, venid: Indra no se mueve!».

Acudieron también los otros, con don Pedro, Miguel, Luis, Carmen y todos gritaban de dolor y rabia: la elephantita había muerto silenciosamente en el sueño, congelada, mientras quizás soñaba la cálida sabana de su tierra de África.

«¡Estoy arruinado, arruinado!», chillaba don Pedro. «¡Veinticinco millones perdidos! ¡Será la ruina para el circo!».

Y llegaron también los otros, los electricistas, los tramo-yistas, los acróbatas, los bailarines, los malabaristas, los ilusionistas, los jinetes para mirar aquella masa inmóvil y todos tenían lágrimas en los ojos.

Después don Pedro se dirigió al pueblo y poco después llegó el alcalde, envuelto en una enorme bufanda roja, seguido por dos consejeros y el cronista local; todos miraron la masa gris que era la elephantita. Después el alcalde apretó muchas manos, dijo que todo el pueblo sentía la desgracia sucedida el pequeño circo y que habría demostrado tangiblemente su solidaridad; y se fue, mientras una grúa venía a cargar el cuerpo de la elephantita y lo llevaba al vertedero, cerca del río, donde fue enterrada. Toda la gente del circo se puso a mirar, muda, a los hombres que excavaban, primero en la nieve y después en la arena negra.

Cuando la última parada de tierra cayó sobre Indra, Hassan se sintió muy solo, como si hubiera perdido una segunda vez su tierra de África.

Durante todo el día reinó una gran tristeza en el circo: nadie hablaba, nadie hacía ejercicios para mantenerse en forma; don Pedro se había encerrado en su caravana y no daba señales de vida.

A la mañana siguiente salió la Gaceta y todos leyeron ávidamente el artículo que se explayaba en la desgracia sucedida al pequeño circo; Poki e Paki lo comentaron durante largo tiempo, sentados sobre sus camas.

Capítulo XVII

Hassan da... ¡espectáculo!

Aquel mediodía, un pregonero del Ayuntamiento pasó, con su pequeño coche provisto de altavoces, por las callecitas del pueblo y avisó a la población de que el Circo de España, aun habiendo sido golpeado por la pérdida de su atracción más importante, había decidido ofrecer mañana, primer día del año, un espectáculo extraordinario: se instaba a la gente a participar y así manifestar tangiblemente la propia solidaridad con los trabajadores del circo.

Entonces don Pedro salió de su caravana, reunió a todos bajo la carpa y habló:

«La forzada inactividad de estos días y la muerte de Indra han sido un golpe muy duro para nosotros. Pero la vida del circo debe continuar. El alcalde ha enviado una pequeña ayuda, pero es poca cosa, y nosotros pronto no seremos capaces de dar de comer a los animales ni de comer nosotros mismos. Es necesario que hagamos este espectáculo para recoger el dinero necesario para el viaje...”

«¿El viaje?», preguntaron algunas voces.

«Sí, el viaje. La nieve podría hundirnos la carpa; de noche, el frío amenaza con congelar a los animales porque no somos capaces de calentar sus jaulas. En estas condiciones, lo único que podemos hacer es viajar lo antes posible, para llegar a España: en Andalucía está mi sobrino Gonzales, que puede echarme una mano. En España también me será más fácil encontrar un nuevo elefante amaestrado».

«Nosotros estamos dispuestos a renunciar a la paga de estos días», dijeron los trabajadores.

Pedro levantó los brazos en alto:

«Sé que la gente del circo tiene el corazón grande, y yo os lo agradezco a todos», dijo. «Sin embargo ahora nuestro problema es el de conseguir poner en pie un espectáculo decente, incluso sin Indra; no será fácil, porque sabéis todos que muchos

números estaban basados en ella. ¿Seremos capaces de improvisar, en tan poco tiempo, un espectáculo lo suficientemente largo y variado?»

Entonces todos se pusieron a hablar entre ellos, a discutir, a sugerir viejos números abandonados hace tiempo, a ponerse de acuerdo. Los trapeceistas se pusieron rápidamente a entrenarse y Luis trepó a lo más alto, sobre la pirámide humana de sus hermanos, y doña Elvira fue a colocar nuevos adornos en el tutú de gala de Carmen. Poki e Paki, en cambio, miraban tristemente todo aquel renovado ardor: ¿qué podrían hacer ellos dos, ahora, sin Indra?»

Hassan se acercó a Paki y le dijo, tímidamente:

«Yo sé cantar una nana de los tuareg. Un día, en Turín, me hizo ganar dinero... ¿Podría montar en Nicomede y cantar, mientras vosotros jugáis...?».

«¿Juegos?», repitió Paki, pensativo, masajeándose nerviosamente la cabeza calva.

«¡Sí, juegos!», replicó Poki, con el pelo como un erizo.

«¿Tú dices que sabes cantar?».

«Un poquito, sí», confirmó Hassan.

«¡Vamos a ver a doña Elvira!».

Se dirigieron a la caravana de la mujer, que escuchó atentamente la propuesta de Hassan:

«No es una mala idea», dijo. «Basta con que lo vistamos de beduino, después lo montamos sobre Nicomede, lo encuadramos con un sugestivo juego de luces... Sí, se puede probar. Vosotros dos, sin embargo, debéis improvisar burlas y chistes y hacer el mimo con su canto».

Los dos enanos asintieron seriamente:

«Sí, lo sabemos. Pero está tranquila. Encontraremos el modo de hacer reír al público», dijeron.

Y fueron a ensayar la escena bajo la carpa; Nicomede, alto como en una montaña, se dejaba y cada vez que Hassan con su monumental turbante sobre la cabeza perdía el equilibrio y rodaba por el suelo, entre sus pies, lo miraba con ojos que tenían una mirada burlona detrás de sus largas pestañas.

Entonces vino Carmen para enseñar a Hassan como mantenerse en equilibrio sobre la incómoda joroba; vinieron también sus hermanos, a dar consejos y revisar la actuación. Ensayaron durante todo el mediodía y toda la tarde, hasta que Hassan, con la garganta en llamas por haber cantado durante horas y horas, mientras los dos enanos inventaban escenas mímicas y cabriolas con las palabras de la nana, se derrumbó del agotamiento y fue a tumbarse en su catre, donde se durmió profundamente. Durante toda la noche soñó con su gente, su tierra y Amina, que, alta como un dromedario, se alejaba en el desierto. Él corría para alcanzarla, pero sus pies estaban atrapados en las arenas movedizas que se lo tragaban inexorablemente; después las arenas movedizas se convertían en seguida en nieve y el frío lo paralizaba; él quería llamar, gritar, pero la voz no le salía, y Amina desaparecía detrás de las dunas con una larga caravana...

Se despertó por la mañana con la frente bañada en sudor y los miembros rotos del agotamiento.

Ensayaron la escena una vez más; después doña Elvira los llamó y los recuperó con una buena comida caliente y muchas palabras de ánimo. Pero todos tenían el rostro de quien ha pasado una noche difícil.

Llegó el mediodía y don Pedro, que se había puesto en la caja, lleno de nervios, se animó viendo una larga hilera de personas al lado de la carpa; familias enteras, con los abuelos envueltos en oscuras capas y los niños embutidos en anoraks, llegaban dando tumbos por la nieve alta y llenaban el aire gélido de voces y gritos. Después la multitud comenzó a entrar y las ofrendas para el circo se amontonaron, bajo los ojos estupefactos de don Pedro. Entonces llegó el alcalde, con toda su junta, con la prensa y con una pequeña televisión local que retransmitiría el espectáculo. Todo cambió de repente: se encendieron los reflectores y luces de colores sobrevolaron una platea abarrotada y sonriente, recorrida por un alegre rumor y el crujir de caramelos y pipas de calabaza. La gente del circo se animó y, olvidando la fatiga y la tristeza de aquellos días, se preparó para hacer vivir ante los ojos de aquel público generoso y sincero toda la magia del circo. El espectáculo dio inicio y el público, entregado, tributó aplausos

a los malabaristas, a los acróbatas, a los trapeceistas, al contorsionista y al lanzador de cuchillos. Y finalmente llegó el turno de Hassan que, con el pelo pegado en la frente por el sudor, bajo un amplio turbante azul, estaba a la espera, subido sobre la joroba de Nicomede: el escenario se vació, la platea cayó en la más completa oscuridad, mientras un rayo de luz amarilla iluminaba un fondo donde alguien había pintado a toda prisa una palmera y una duna. El público aguantó la respiración y Nicomede entró despacio, trotando plácidamente, guiado por la mano temblorosa de Hassan, entró y se puso a contraluz, delante del escenario. Entonces, un reflector se encendió apuntando a Hassan y un breve estremecimiento inundó el auditorio cuando vieron al joven tuareg inmóvil como una estatua. Entonces Hassan comenzó a cantar; su voz, al principio temblorosa, se fue haciendo cada vez más firme y limpia. Y el milagro se repitió: la nana se alojó en los corazones y conmovió a los espectadores hasta las lágrimas; cuando la conmoción estuvo en su punto álgido, se precipitaron a escena, vestidos de payasos, pegándose, haciéndose zancadillas, empujándose, Poki y Paki, uno de ellos con el cráneo fantasmagórico debido a la harina blanca, el otro con el pelo de punta gracias a la abundante brillantina. Los aplausos resonaron con fuerza y se repitieron con cada gesto de los dos enanos que acompañaban la nana. Cuando, al final, se echaron uno en los brazos del otro, lloriqueando cómicamente, estalló un verdadero huracán, que acompañó su salida, y mientras Hassan volvía entre bastidores muchas voces gritaron “bis, bis”. Pero inmediatamente apareció en escena, etérea en su tutú azul, constelado de estrellas, Carmen, y el público guardó inmediatamente silencio y aguantó la respiración, mientras ella exhibía sus difíciles ejercicios acrobáticos sobre un caballito bayo. Estallaron de nuevo los aplausos, que se convirtieron en ovación cuando entraron al galope Luis y sus hermanos, vestidos de cosacos, y se lanzaron en peligrosas acrobacias sobre los caballos, incitados con chasquidos de látigo de don Pedro, mientras la música se propagaba por el aire.

Hassan se dejó caer de Nicomede, agotado, y Poki y Paki corrieron a abrazarle las piernas:

«¡Has estado formidable!», dijeron, «¡formidable!».

También los otros fueron a felicitarlo y Hassan se sintió parte de una verdadera y gran familia.



Capítulo XVIII

Vuelta a Marruecos

Se fueron el día después, con su larga hilera de camiones y de caravanas; el cielo estaba limpio, pero una capa de hielo ocultaba la naturaleza y sobre las calles, diseminadas de bloques de hielo, la caravana debía proceder a paso de hombre, con mil paradas. A veces, de hecho, un cúmulo de nieve que caía al improviso impedía el paso, y los hombres tenían que ponerse a quitarlo con las palas, mientras los caballos se agitaban, nerviosos dentro de sus carrozas; además, el hielo hacía deslizarse las ruedas, y todos debían acudir con paja y cartones. Pero la marcha reemprendía siempre. Anduvieron y anduvieron, por carreteras casi desiertas, cubiertas de nieve en los arcones. Cuando se cruzaban con algún vehículo de policía y decían que querían superar el paso de los Apeninos para descender a la Liguria, los miraban como si se hubieran vuelto locos. Pero don Pedro estaba decidido a seguir el viaje y nada ni nadie podía disuadirlo de su voluntad de llegar a la tierra de Andalucía y el circo del sobrino Gonzáles. En la cima del puerto, una tormenta de nieve los sorprendió en el corazón de la noche, y hubo riesgo de quedar bloqueados en medio de las montañas y morir congelados. Por suerte, algunos camioneros, que estaban parados en el pequeño bar esperando que el tiempo mejorara, fueron a echarles una mano; y el convoy lentamente se puso en marcha de nuevo, pasando al lado de espantosos acantilados, subiendo por curvas casi borradas por la nieve, en una tormenta blanca, incesante, que parecía querer ahogarlos...

Hassan miraba, en lívida mañana, con ojos enrojecidos, aquellas cimas cubiertas por metros de nieve, los valles, los pueblos de los que a menudo emergía solo la punta aguda del campanario, y se preguntaba angustiado si aquella pesadilla terminaría algún día.

Después la nieve paró de caer, la carretera se hizo más clara, reaparecieron árboles y casas y por fin, allí abajo, como una

seda inmóvil, ¡el mar! Hassan volvió a sentir la emoción violenta de la primera vez y sintió que el mar lo acercaba su tierra, a su tienda lejana.

Hicieron una breve parada cerca de Génova, para reabastecerse y dar de comer a los animales. Estaban todos muy cansados y afectados por el terrible viaje, pero la visión de la carretera despejada y el cielo sereno les infundió en el pecho un nuevo ardor. Se fueron cuando el alba no había despuntado y rodaron tranquilamente por carreteras desiertas, costeano el mar, de donde Hassan vio salir poco después, con una inmensa alegría, el disco de oro solar.

Cuando estuvieron cerca de la frontera, Poki y Paki lo escondieron en un baúl lleno de ropa del espectáculo. Por suerte, los controles fueron pocos y rápidos y cuando finalmente el convoy se puso en marcha de nuevo, Poki y Paki fueron a bailar alegremente sobre la cabeza de Hassan, semiasfixiado en su baúl, gritando:

«¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!»

Después lo sacaron y también Hassan se unió al coro. La escena se repitió en la frontera española y finalmente el circo llegó a Barcelona donde paró y montó la carpa: necesitaban dinero para dar de comer a los animales y para la gasolina y don Pedro preparó rápidamente un espectáculo; pero el público fue escaso, poco caluroso y el número de Hassan y de los dos enanos no tuvo mucho éxito.

Poki e Paki se rascaban la cabeza, mortificados, y tampoco Hassan osaba levantar los ojos del suelo.

«Tengo una idea», dijo Carmen. «¿Por qué no probamos a hacer el número del baile campestre, yo con Luis y Hassan, vosotros con los caballos?»

«¡Oh, sí, de seguro daría resultado!», exclamó Miguel. «¡La música del baile campestre siempre gusta mucho a los españoles!».

«¿Sabes bailar?», preguntó Luis a Hassan.

El chico se encogió de hombros:

«No lo sé», dijo.

«Lo sabremos pronto», intervino Carmen. «Tú, Luis, ve a coger el disco y hagamos una prueba inmediatamente».

Y fue así como Hassan fue iniciado en la danza, primero con Carmen, que le enseñó los pasos, después con Luis y por último con ambos. Y sin esperárselo descubrió que tenía el sentido del ritmo en la sangre, que aprendía inmediatamente los pasos y que podía bailar también con los ojos cerrados; cuando, a la noche, vestidos de campesinos rusos, se lanzaron a bailar, mientras Miguel y sus hermanos caracoleaban alrededor de ellos sobre caballos al galope, el público aplaudió enfervorecido; la sonrisa volvió a los labios de la gente del circo, y alto y fuerte sonó el látigo de don Pedro, y audaces se hicieron las acrobacias de los hermanos sobre sus caballos.

Cuando finalmente el número acabó, los tres corrieron entre bastidores y se abrazaron.

«¡Lo hemos conseguido!».

«Eres una verdadera revelación, Hassan!», dijo doña Elvira.

«Bravo, bravo, bravo», refunfuñó don Pedro, pasando a su lado; y a Hassan le salieron lágrimas de los ojos.

El día después, mientras ensayaban los pasos, Carmen le preguntó:

«¿Te gustaría quedarte con nosotros en el circo?».

Hassan la miró, pensativo:

«Me gustaría...», dijo, dudoso.

«¡Te gustaría, pero quieres volver a casa!», intervino Luis, riendo.

Hassan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

«¿Dónde está tu casa?».

«Allí abajo, en el desierto...».

«¿Y qué harás cuando estés en casa?».

«Quería ir a la ciudad, a Marrakech, a trabajar como portero...», confesó Hassan.

«¿Para estar siempre allí, como un palo, delante de una puerta? ¡Qué aburrimiento!», exclamó Luis.

Hassan lo miró, estupefacto:

«¿Aburrimiento?».

«¡Pues sí, aburrimiento! Es mucho más divertido ir de un sitio a otro con el circo, hacer acrobacias peligrosas y escuchar el ruido de los aplausos sobre tu cabeza: ¡eso sí que es vida!», dijo Luis con fervor.

«Sí, quizás tienes razón tú...», dijo Hassan, no convencido del todo.

«Hassan debe hacer lo que le parece mejor para él. Nosotros no podemos entenderlo; hemos nacido y crecido en el circo y esta es la vida que amamos, pero no sabemos nada de la de Hassan», comentó Carmen, pensativa, elevándose con gracia sobre la punta de los pies y haciendo una pequeña pirueta.

«Es muy buena», murmuró Hassan, admirado.

«Sí, es buena: si no hubiera nacido en un cinco, ahora sería una famosa bailarina clásica», dijo Luis, con convicción.

«Ahora basta con la charla: ¡ensayemos los pasos!», exclamó Carmen, enrojeciendo bajo las pecas.

El día después, el circo se ponía en marcha de nuevo y la caravana se extendió de nuevo por carreteras cada vez más blancas de sol, directa al sur.

Desaparecieron las marcas de nieve y del invierno y poco a poco aparecieron colinas cubiertas de olivos y de almendros en flor.

Todos se quitaron, con alivio, los pesados anoraks y Hassan se encontró de nuevo con sus jerséis deshilachados.

Entonces doña Elvira se acercó a él con una blusa y un pantalón vaquero:

«Quédatelos», dijo, «eran de Luis, pero ahora se le han quedado pequeños».

Hassan se los puso y se observó, complacido, el pequeño espejo de la caravana: los pantalones eran ajustados y llenos de puntos de colores y la chaqueta tenía dibujos de fantasía en el pecho y la espalda.

«¡Qué guapo estás!», exclamó Carmen cuando lo vio. «¡Pareces un cowboy!».

Hassan enrojeció de la cabeza a los pies.

Viajaron y viajaron por carreteras desoladas hasta que un día apareció la ciudad de Málaga: una breve pausa y después

de nuevo de camino hacia Torremolinos, donde finalmente pusieron la carpa. Cuando todos estuvieron en la mesa, en la gran barraca, don Pedro se volvió hacia Hassan que se sentaba junto a Luis:

«Nosotros hemos llegado a nuestro destino. Nos quedaremos aquí hasta que terminemos de comprar y estudiemos los nuevos números. Si quieres quedarte con nosotros, eres bienvenido», dijo.

Hassan se frotaba las manos, indeciso.

«Hassan quiere retornar a su casa», intervino Carmen.

«Es lo correcto que vuelva con los suyos, con su madre», dijo doña Elvira, con seriedad.

«Sí», murmuró Hassan, «quería volver a casa».

«Entonces ve y buena suerte», dijo don Pedro. «En este momento estamos en carestía y puedo darte poco. Pero si un día vuelves a Europa, ven a buscarnos y encontrarás siempre las puertas abiertas». Tras decir esto, se buscó en los bolsillos, después se levantó y fue a ponerle en las manos un puñado de billetes; después salió.

«Yo no puedo... vosotros me habéis dejado estar con vosotros... me habéis traído hasta aquí...», balbuceó Hassan.

«Quédatelo: te servirán para el viaje de vuelta a su tierra», dijo doña Elvira.

«Este mediodía Miguel debe ir a Algeciras para encontrarse con el tío Gonzáles: ¿por qué no vas con él? Desde Algeciras hay un ferri para Ceuta», propuso Luis.

«Sí, es una buena idea. Ve a prepararte, Hassan: Miguel te acompañarán al ferri», dijo doña Elvira.

Hassan se dirigió a la caravana y se puso a recoger sus pocas cosas, bajo la mirada afligida de Poki e Paki:

«¿Te vas de verdad?», preguntó Poki.

Hassan asintió.

«Te echaremos de menos», suspiró Paki, masajeándose el cráneo.

Hassan no respondió y agachó la cabeza, fingiendo estar ocupado con los preparativos.

«Quería darte estos...», dijo Poki, acercándose a él y dándole algunas monedas. «Son dírham: te serán útiles cuando estés en tu tierra».

Hassan se echó atrás:

«No puedo aceptarlo. Sois todos demasiado buenos conmigo».

«¡Venga, cógelo, lo necesitarás!»

Cómo Hassan no se movía, el enano se levantó sobre la punta de los pies y le metió las monedas en un bolsillo. Justo después, Paki, que estaba rebuscando en un cajón, llegó con otras monedas, que le puso en la mano.

«Yo... yo...», balbuceó Hassan, conmovido.

«Sí, sí», dijeron los dos enanos, abrazándose a sus piernas, cada uno por un lado, con sus bracitos.

Poco después entró Carmen, que le dio tímidamente una pequeña carretera:

«Esto te lo manda mamá», dijo. Entonces se levantó sobre la punta de los pies y le rozó la frente con un beso: «Que el buen Dios te proteja», susurró.

Entonces Hassan corrió fuera y fue esconder entre las caravanas su emoción.

Poco después Miguel lo montó en su coche destrozado y Hassan se volvió muchas veces para despedirse de la pequeña multitud que le decía adiós: «Estaba bien con ellos», pensó, arrepentido.

Cuando pasaron cerca del Peñón, Hassan reconoció el lugar, y un escalofrío lo recorrió cuando recordó aquella noche. Miró a su alrededor: la playa estaba plagada de sombrillas de colores, el mar surcado por velas blancas:

«Quizás solo lo he soñado», pensó, asombrado.

Miguel lo dejó cerca del embarcadero de Algeciras, diciéndole:

«Este es el ferri. Buena suerte».

«Gracias», murmuró Hassan, dirigiéndose inmediatamente hacia el barco blanco y celeste que estaba ya a punto de separarse del embarcadero, lleno de pasajeros, algunos con ropa europea, otros con la vestimenta de colores de su tierra. Hassan

subió corriendo las escaleras y se sintió inmediatamente reconfortado, pasando al lado de ropa tan familiar para él, encontrando de nuevo rostros morenos con los rasgos de su gente que le pasaban cerca:

«¡Voy a casa!», exultó.

Pasó un revisor para recoger el dinero del ferri y Hassan se confundió con las pesetas y los dirham, bajo la mirada impaciente del hombre, que al final le quitó de las manos las monedas de mala gana. Pero Hassan estaba demasiado feliz para ofenderse: se apoyó en la barandilla y dejó correr la vista sobre el mar brillante, sobre la costa española que se alejaba, rápida; después volvió la vista para mirar la orilla africana, oscura por la distancia, y mantuvo la mirada fija, hasta que se hizo más nítida, revelando valles y colinas y, por fin, una extensión de casas blancas alrededor del golfo:

«Ceuta», murmuró, incrédulo. «Ceuta».



Capítulo XIX

De nuevo con Alí, en la Medina

El autobús avanzaba veloz por el asfalto inundado de sol y Hassan, cómodamente sentado junto a la ventanilla, disfrutaba del paisaje: verdes prados, casitas blancas, algún suk, asnos pastando, árboles de cítricos, olivos y, lejos, la masa azul de las montañas, con la cima emblanquecida por la nieve.

Después las casas se hicieron cada vez más escasas, los árboles dieron paso a los matorrales, el horizonte se ensanchó, plano, y a los lados de la carretera desapareció toda forma de vida. Solo, de vez en cuando, se veía durante un momento un asno que avanzaba lentamente, con el hocico hacia abajo, seguido por una familia entera.

Hassan estaba feliz: feliz de haber vuelto a su tierra, feliz del sol que le calentaba la frente, feliz de viajar sobre un veloz autocar que le llevaba hacia el sur, ¡hacia Marrakech!

Con un gesto rápido de la mano se tocó el cinturón, para asegurarse de que el dinero de don Pedro estuviera en su sitio; después cerró los ojos, tranquilo.

Los pasajeros conversaban tranquilamente a su alrededor y el armonioso idioma bereber le acariciaba el oído como una música que le ayudaba a conciliar el sueño.

Se despertó cuando el autocar procedía a paso de hombre por medio de una multitud variopinta; después, tras haber rodeado un gran jardín, fue a detenerse junto a una torre de piedra roja. Entonces Hassan la reconoció: ¡era la misma donde había entretenido a los turistas con Kika!

Bajo de prisa y fue a preguntar al conductor cuando saldría para Marrakech. Este primero lo miró desconfiadamente, viéndolo vestido como europeo, después se rascó la cabeza y gruñó:

«El autobús se para aquí».

«¿Se para aquí?».

«Sí, hace el recorrido Ceuta-Fez-Ceuta».

«¿Dónde puedo encontrar algún medio de transporte que me lleve a Marrakech?».

El hombre hizo un gesto vago:

«En las puertas del sur», dijo.

Agobiado, Hassan cogió su fardo y anduvo algunos pasos, dudoso. Después un pensamiento le atravesó la mente:

«¡Seguro que Alí viene por aquí, antes de la tarde, con su cobra!».

Reconfortado por esta esperanza, se acercó a la gran puerta, que se erigía espléndida al sol, y se acurrucó junto al muro, donde se paraban, uno tras otro, autobuses cargados de turistas, inmediatamente asaltados por una nube de niños.

«Si hay turistas pronto estará también Alí», se dijo.

Esperó pacientemente, con la espalda apoyada en el muro y de vez en cuando sus ojos exploraban la plaza llena de sol, los paseantes con vestidos de colores, los vendedores ambulantes y el aguador que acudía con sus odres cada vez que veía a un turista armado con una máquina fotográfica o cámara de video. El ruido cada vez se hacía más denso e intenso, mientras el sol caía rápidamente detrás de las cúpulas doradas de las mezquitas.

Hassan estaba a punto de renunciar a su emboscada, cuando lo vio: venía avanzando, escoltado por una nube de niños, y tenía una cesta bien cerrada contra el pecho, minúsculo e intrépido. Se acercó al arco central de la puerta y se agachó en el suelo, bajo los espléndidos arabescos, que ciertamente habrían reclamado la atención de los turistas, mientras los niños se dirigían vociferando en dirección a un magnífico autocar rojo cargado de japoneses.

Hassan corrió hacia él, llamándolo:

«Alí».

El niño, que estaba ocupado con su cesta, levantó los ojos negros como el carbón y lo miró estupefacto.

«¿No me reconoces? ¡Soy Hassan!».

Alí se echó a reír:

«¡Te has convertido en un europeo!», exclamó divertido, señalando la chaqueta.

«Ah, sí», suspiró Hassan. «Es una larga historia...».

Se apoyó en el muro y lo vio trajinando con la cesta:

«¿Es todavía la vieja cobra?», preguntó.

«No, murió», respondió Ali, cruzando las piernas y sacando su caramillo.

«¿Y esta es... venenosa?, preguntó Hassan, con voz incierta.

«Muy venenosa», fue la serena respuesta de Alí, que inmediatamente dio inicio a su espectáculo para los japoneses que ahora se agolpaban alrededor de la puerta. Hassan se apartó algunos pasos y lo dejó trabajar; después, cuando los turistas se fueron, lo ayudó a recoger las monedas:

«¿Sabes? Vengo de Europa», le dijo.

«De Europa», repitió Alí, con indiferencia, cerrando con cuidado su cesta.

«Sí, y ahora quiero ir a Marrakech».

El niño hizo un gesto afirmativo, con la cabeza, sin parar de contar sus dírham.

«Sabes que Abdel fue herido y...», comenzó Hassan, titubeante.

Alí asintió con la cabeza:

«Sí, lo sé: ahora lo buscan», respondió seriamente.

«¿Lo buscan? ¡Entonces está vivo todavía!», exclamó Hassan.

«¡Obvio que está vivo!».

«Yo creía... le vi caer...», dijo Hassan, confundido. Y después, preocupado: «¿Por qué lo buscan?».

«Es un guerrillero».

«¿No... te ha dicho nada de mí?»

La voz de Hassan tembló, mientras un negro furor le oscureció la vista: se vio asimismo abandonado en aquella playa desconocida, desperdigada de cadáveres, mientras la barca de Abdel se perdía en la noche:

«¡Abdel me traicionó!», exclamó, con voz profunda.

Alí levantó vivamente la cabeza:

«¿Traicionado?»

«Sí, me abandonó, con tres muertos, en una playa en el corazón de la noche. ¡Fui obligado a ir a Italia, con clandestinos, a

sufrir el frío y hambre!», prorrumpió; y le pareció volver a sentir sobre la piel el viento gélido del norte, y su corazón se llenó de amargura y rencor.

«Abdel ha estado muy mal», dijo Alí, como queriéndolo excusar, mientras Hassan callaba, mirándose las manos. Después añadió, observando con admiración la chaqueta adornada y los vaqueros: «¡Tienes una ropa muy bonita!».

«He trabajado en un circo», dijo Hassan. «He cantado y bailado».

«¿Cantado y bailado?, rio, Alí, levantándose.

«¿Puedo ayudarte?», preguntó Hassan.

«¿Ya no tienes a Kika?»

«La tiene de nuevo Abdel».

Viendo que se estaba alejando, Hassan se armó de valor:

«¿Puedo ir contigo por esta noche? Mañana por la mañana salgo de nuevo para Marrakech y no sé dónde ir...», dijo.

Alí lo miró seriamente:

«¿Qué puedes darme a cambio?», mientras miraba, con evidente deseo, su blusa.

«Te puedo dar jerséis, unos pantalones, un cinturón...», dijo Hassan, abriendo su fardo. «Eran de un... amigo, un compañero que murió en Europa...», dijo, y la voz se le quebró al recordar a Hakim, inmóvil sobre la arena.

Alí se detuvo, puso en el suelo su cesta y examinó con ojo experto los jerséis:

«Están destrozados», dijo.

«Lo sé», admitió Hassan, desconsolado.

«¿No tienes nada más?»

Hassan buscó en el fardo: le quedaban algunos pañuelos, un par de calcetines, una bufanda y las viejas zapatillas de tela de Hakim.

«¿Me das las zapatillas?», preguntó Alí.

«No, eso no. Son un... recuerdo», respondió Hassan. «Si me das algo de comer, te regalo la bufanda y los calcetines», añadió.

«Trato hecho», exclamó Alí. Enrolló todo y se lo metió bajo un brazo. ¡Ahora sin embargo no sabía cómo coger la cesta con la cobra!

«Será mejor que esto te lo lleve yo», dijo Hassan.

Y fue así como volvieron juntos al viejo cementerio lleno de mujeres y niños, donde se pararon a comer una sabrosa bstilla, aderezada con miel, y bebieron té de menta, mientras el cielo cubría de rojo el occidente.

Tumbado en el suelo, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza y las piernas estiradas, Hassan cerró los ojos y se dejó invadir perezosamente por la somnolencia, mientras un pensamiento reconfortante le calentaba el corazón:

«Estoy en casa, finalmente».

«Vamos», dijo poco después el niño, tumbado junto a él.

«El tío estará ya esperando».

Y ambos se encaminaron juntos hacia la Medina.



Capítulo XX

¡Finalmente en Marrakech!

Hassan se había dormido hace poco entre sacos de cereales y alfombras enrolladas, cuando alguien comenzó a moverlo con fuerza; abrió los ojos, pero inmediatamente los cerró de nuevo, cegado por la luz de una linterna que una mano le apuntaba a la cara.

Después una voz exclamó:

«¡Eres tú de verdad!»

Y Hassan reconoció a Abdel:

«¿Y quién creías que era?», gruñó.

Abdel apagó la linterna y Hassan se sentó sobre el lecho y lo miró, bajo la tenue luz de la luna que entraba por la estrecha ventana:

«No estás muerto».

Abdel rio y dejó caer sobre los hombros la capucha que le escondía la cara:

«No, pero he estado muy mal», murmuró. «Por poco no me desangro...».

«¡Y a mí por poco no me matan allí, donde tú me abandonaste!», explotó Hassan, mientras una marea de recuerdos le hacía temblar de ira la voz.

«No fue culpa mía, créeme. Yo estaba inconsciente y cuando recobré el sentido era ya demasiado tarde. Pero después he mandado gente a buscarte. ¡Te busqué, pero habías desaparecido!»

«Matasteis también a Hakim durante el tiroteo, y los clandesinos me llevaron con ellos, a Italia».

«¡Estoy contento de que hayas conseguido volver!», exclamó Abdel. «Si quieres venir conmigo, salgo para el sur».

«¿Vas a Marrakech?», preguntó Hassan.

«No, más al sur, pero te puedo dejar en la periferia de Marrakech».

Hassan se puso en pie de un salto:

«Voy contigo», dijo.

Sentado un poco más allá, sentado en una esterilla, Alí escuchaba y callaba. «¿Me llevas de verdad a Marrakech, esta vez?», preguntó Hassan, poniéndose el abrigo.

«Confía en mí: esta vez mantendré la promesa», dijo Abdel. Después, dirigiéndose a Alí:

«¿La caja dónde está?».

Alí indicó una esquina oscura; Abdel se dirigió allí y volvió con un fardo sobre el hombro.

«Vamos».

«Adiós, Alí, y gracias», dijo Hassan.

«Adiós», respondió el niño desde su lecho.

Abdel lo precedió, iluminando el suelo con su linterna, abrió la pesada puerta de hierro y los dos salieron fuera, bajo la noche estrellada.

Abdel se había puesto de nuevo la capucha de su chilaba y caminaba con la cabeza agachada, jadeando un poco por el peso. Hassan lo seguía rápido, con su pequeño fardo bajo el brazo.

«Haces demasiado ruido con esas zapatillas», refunfuñó Abdel. «Si nos pillan, adiós Marrakech»

Hassan sintió un desagradable escalofrío recorrerle la espalda: despacio, se sacó las zapatillas y caminó descalzo sobre la acera empedrada de la Medina.

Caminaron durante largo tiempo por un laberinto de callejuelas, y Hassan, siguiendo a Abdel, pensaba: «¡Aquí, si nos asaltan y nos matan, nadie lo sabría nunca!».

Por fin desembocaron en una placita, y Hassan vio una furgoneta a la sombra de un minarete. Abdel entonces sacó la linterna e hizo dos señales; de la furgoneta salieron dos señales iguales.

«Vamos», dijo Abdel.

Atravesaron corriendo la plaza, inundada por la luz lunar, mientras un hombre encapuchado se alejaba de la furgoneta e iba a dar la mano a Abdel. Juntos escondieron la caja en la furgoneta, entre sacos de cereales y cestas de hortalizas; después Abdel y Hassan subieron y se escondieron en medio de la carga,

mientras el hombre se ponía al volante. Y la furgoneta se puso en marcha, en la noche, tomando la vía del sur.

Con las rodillas contra el pecho y los brazos alrededor de las rodillas, Hassan miraba el cielo, donde las estrellas palpitaban, fijas, pensando:

«Parecen más luminosas aquí que en Europa».

Junto a él, Abdel fumaba en silencio, y las brasas de su cigarrillo brillaban, cada vez que daba una calada. Después Abdel le acercó el cigarrillo a Hassan y preguntó:

«¿Quieres fumar?».

Hassan negó con la cabeza, en silencio.

«¿Cómo te las has arreglado en Europa?».

Hassan apretó más fuerte las piernas contra los brazos:

«He trabajado...», respondió, vago.

«¿Con quién?».

«Con uno que llevaba a los clandestinos a vender suvenires... ¿Y tú?».

«¿Yo qué?».

«¿Qué haces ahora?».

«¡Yo hago la guerra!», exclamó Abdel, con orgullo. Y un escalofrío atravesó la espalda de Hassan:

«¿Y si te cogen?», preguntó.

«Si me cogen me fusilan».

«¿Y no tienes... miedo...?».

«¿Miedo?», rio Abdel. Y su voz sonó alta y burlona.

Callaron durante largo tiempo, cada uno inmerso en sus pensamientos. Después Abdel observó:

«Has crecido».

«He trabajado también en un circo...», dijo Hassan.

«¿Por qué no vienes con el Polisario?».

Hassan negó con la cabeza:

«No, no quiero ir a la guerra, no quiero matar o que me maten. ¡Yo quiero trabajar en un hotel, en Marrakech!».

«¡Quieres ser un sirviente! ¡Nosotros te ofrecemos la libertad! ¡Nosotros combatimos por la libertad!», dijo Abdel con fervor.

«Pero os dejáis atrás muchos muertos», murmuró Hassan, serio. «¡Y Hakim ha muerto sin saber por qué o por quién!».

«Nosotros peleamos también porque nuestra gente encuentre trabajo en la patria y no se vea obligada a irse a servir a los blancos. ¡Nosotros combatimos por un África grande, unida y libre!», tronó Abdel.

«Yo no quiero ir a la guerra», repitió Hassan, obstinado.

Callaron de nuevo y cada uno se encerró dentro de sus pensamientos, mientras el cielo clareaba oriente. Después una luz naranja encendió las dunas, iluminando las tiendas de los nómadas plantadas aquí y allá, en medio de los matorrales, y Hassan pensó en su tienda, en su madre, que ahora seguro estaba yendo a rezar, en su padre, en Amina, quizás ya en camino con su caravana:

«Amina», pensó: «¡un día te veré de nuevo y no te dejaré nunca más!».

El furgón avanzaba ahora rápido, bajo la luz creciente del día, y pronto se cruzaron con otros vehículos, mientras aparecían a ambos lados de la calle trozos de palmera que se hacían cada vez más altas y esbeltas, hasta que se encontraron en medio de un espeso palmar. Hassan juntó las manos:

«Es muy hermoso», murmuró.

«¿No sabías que Marrakech se encuentra dentro de un antiguo oasis?», se asombró Abdel. Y después: «¿Tienes dónde ir?», preguntó.

«No», dijo tristemente Hassan.

«Entonces escúchame bien: busca el Hotel “El Marrakech” y entrega esto a Mohamed. Es un amigo mío y te dará un sitio para dormir y un plato de cuscús para comer», dijo Abdel. Escribió algunas palabras en un trozo de papel, después se lo dio y añadió: «¡Quítate de encima esa ropa que te hace parecer un extranjero!» Buscó en el saco que tenía al lado, sacó una chilaba y se la dio: «Ponte esto».

Hassan enrojeció:

«Gracias», murmuró.

El furgón pasó el arco de una majestuosa puerta, después se dirigió a un torreón.

«Baja aquí», mandó Abdel.

Hassan saltó a tierra:

«Que Alá te proteja», dijo.

«¡Ala es esta!», respondió Abdel, mostrando la culata de una pistola que tenía bajo la axila. Y rio, una risa feroz que puso de nuevo un escalofrío en las venas de Hassan, que se quedó mirando cómo la furgoneta reemprendía la marcha, ruidosamente, hacia el sur. Cuando desapareció, Hassan se giró para admirar la puerta que resplandecía con cerámicas de colores, y susurró, incrédulo:

«¡Estoy en Marrakech!».

Se escondió tras un torreón, se quitó el chaquetón y se puso la chilaba; estaba un poco gastada, pero era de una hermosa lana blanca y le llegaba hasta los pies, y Hassan se sintió por fin dentro de su verdadera piel:

«¡Y ahora busquemos el hotel!», dijo alegremente para sí, empezando a caminar, entre altos edificios, hacia el centro de la ciudad: el amuleto de Amina le colgaba, protegiéndole, en el pecho; el dinero de don Pedro le hacía un bulto incómodo en el cinturón, y Hassan se sintió libre, feliz y confiado en su porvenir.

Después de haber estudiado largo tiempo el rostro de las personas con las que se cruzaba, Hassan se decidió finalmente a preguntar por el hotel a una mujer con un bonito caftán azul, que le recordaba a su madre; la mujer bajó un poco el velo blanco y dijo, rápida y huidiza:

«Là-bas, place de la Liberté»¹⁰.

Hassan se puso a caminar de nuevo con energía, hasta que lo vio, el Hotel «El Marrakech»: se erigía, solemne, con sus amplias vidrieras y su majestuosa escalera cubierta de alfombras, en los límites de la plaza, y la fila de taxis y autobuses que estaban parados a los lados. Al final de la escalera, bellos como divinidades, dos jóvenes moros con un deslumbrante uniforme blanco estaban rectos como estatuas a los lados de la puerta. Hassan se acercó, con el corazón en la garganta y miró, asombrado, los alamares dorados, el alto cinturón brillante del que caía

¹⁰ «Por allí abajo, plaza de la Libertad».

un puñal arqueado, los blancos turbantes entretejidos de hilos y perlas y las zapatillas bordadas: ¡todo era como le había contado su madre cuando era pequeño y quería saber de la ciudad «de ocre rojo!».

Viéndose observado con insistencia, uno de los dos moros levantó un brazo, amenazante:

«Fuera», dijo.

Entonces Hassan volvió en sí y subió lentamente las escaleras, entre un incesante vaivén de gente vestida a la europea; se acercó tímidamente uno de los dos, que lo miraba con el ceño fruncido, y dijo:

«Tengo un mensaje para Mohamed». Y mostró el trozo de papel de Abdel.

El joven hizo un gesto para arrancárselo de la mano, pero Hassan la quitó rápidamente:

«Se lo tengo que entregar yo personalmente», dijo, mirándolo directamente a los ojos.

«En la oficina», dijo seco el joven, indicando el interior de la enorme vidriera.

Hassan dio algunos pasos dudosos y entró de puntillas en el inmenso hall, mirando fascinado la escalera que se retorció sobre sí misma, perdiéndose en lo alto, hacia el esplendor de las plantas superiores; después volvió en sí, superó las tiendas de souvenirs, brillantes de brazaletes, de collares, de vasijas, de vestido de seda, de puñales engarzados, y se dirigió hacia la oficina, donde algunos hombres de uniforme rojo escribían ocupados o hablaban, serios y tranquilos, por teléfono.

«¿Mohamed?», dijo Hassan, acercándose tímido al mostrador. El empleado, sin dejar de hablar por teléfono, le señaló un hombre robusto, con un fez rojo en la cabeza, que estaba sentado un poco más allá, delante de una pared llena de llaves.

«Abdel le... manda esto», balbuceó Hassan, con el rostro pálido, acercándole la nota. El hombre la leyó y la hizo desaparecer rápidamente en el bolsillo:

«Está bien», dijo. «Baja por esa escalera y ve a la cocina. Di que te mando yo».

Hassan obedeció y se encontró en un enorme salón subterráneo, lleno de voces, invadido por un calor sofocante, con una multitud de ayudantes que desplomaban pollos, hacían masas, pelaban patatas, apoyados en largos bancos, mientras grandes ollas soplaban sobre enormes fuegos, de los cuales iban y venían numerosos cocineros con el rostro rojo y sudado bajo el gorro.

«Me manda Mohamed», dijo Hassan, a un camarero que iba con una pila de platos.

«Ven conmigo».

Lo escoltó hasta un enorme fregadero, lleno de platos y de tasas sucias y dejó caer los platos encima ruidosamente:

«Lávalos», ordenó. Y se fue.

Hassan obedeció y metió las manos en el agua sucia, mientras el calor y los olores de la cocina se le metían en la cabeza, quitándole la respiración. Un sentimiento de desaliento se propagó en su interior, pero inmediatamente se recompuso, diciéndose:

«¡No importa! Ahora estoy en Marrakech. ¡Lo demás no cuenta!»



Capítulo XXI

Hassan se encuentra de nuevo con Amina

Hassan caminaba despacio por los suk, observando todo: las madejas de lana púrpura que daban un aspecto festivo a la vía de los tintoreros; las tiendas de hierro forjado, de bronce, de cobre cincelado, los canastos, los vasos de arcilla y las pieles de carnero adornadas; después las tiendecitas donde se amontonaban majestuosas sillas de camello, espléndidos puñales con la empuñadura de madera negra con adornos de plata, viejos fusiles de caña larga, babuchas bordadas, alfombras; también las joyerías brillaban de oro y piedras preciosas. Como siempre, se paró delante de un escaparate lleno de brazaletes de oro labrado, pensando:

«Eso es: cuando tenga bastante dinero, compraré un brazalete de plata para Amina».

Se alejó de malagana del escaparate y se dirigió, como toda la multitud, hacia la plaza de los malabaristas, guiado por un ruido que se hacía cada vez más fuerte cuando se acercaba. ¡Y por fin llegó a la plaza de las maravillas, donde se reunía todo el encanto de Marrakech, toda la magia de la tierra y de las gentes del sur!

Cada día, cansado después de trabajar como lavaplatos, Hassan venía aquí, para ver a los bailarines, acróbatas, luchadores y malabaristas que se exhibían con sus números, siempre iguales y siempre distintos, al ritmo incesante de tambores, mientras los encantadores de serpientes, las de verdad, con veneno mortal, estaban allí, inmóviles en medio de un círculo de curiosos pálidos y nerviosos, mientras la terrible cobra se levantaba, erigiendo su cabeza plana y reluciente, mandando un mensaje de muerte que hacía helar la sangre de las venas. Alrededor había una algarabía de pájaros ensordecedores en inmensas jaulas, de monos amaestrados, de puestos que exhibían los produc-

tos más variados, de carne de rata asada en brasas, dentaduras... Hassan atravesó lentamente la plaza, se compró una hogaza con miel y subió a una terraza abarrotada de gente, desde la cual había una vista estupenda de la plaza y de la Kutubia, que se erigía, negra, en el oro del atardecer: su paseo del mediodía terminaba siempre allí, en aquel punto de la plaza, donde las mujeres bereberes desfilaban con paso real, envueltas en sus bellos caftanes de seda de colores. Entonces pensaba en su madre, en su gente, en Amina, y se dejaba invadir por la nostalgia. Después caminaba lentamente hacia el laberinto de sombras y de silencio de los suk, donde los mercaderes señoreaban, inmóviles como ídolos, dentro de sus tiendas, con un abanico en la mano; después se adentraba un poco más allá de una cancela con aire misterioso y he aquí el milagro, cada día el milagro: un verde jardín con un profundo olor de almizcle, arcos sombríos adornados de mosaicos y de arabescos y una fuente rumorosa con la inscripción «Echrob Ou Chouf¹¹». Hassan se quedó allí, encantado, deleitándose con el verde del jardín andaluz, pensando con amargura que pronto debía volver al hotel, donde lo esperaba una montaña de platos para lavar y un lecho en un trastero donde dormían con otros sirvientes, mientras arriba, encima de sus cabezas, el Hotel El Marrakech vivía sus intensas horas nocturnas y la música llegaba hasta ellos, mientras que mujeres magníficas en sus vestidos de noche descendían las largas escalinatas...

El ruido de unas pisadas le hizo volver en sí: se giró y vio desfilar en la lontananza una pequeña caravana de dromedarios: iban rápido, detrás de hombres con el rostro cubierto, seguidos por un grupo de mujeres con sus típicos vestidos azules de tuareg. Una figurita delgada atrajo su atención:

«Parece Amina», pensó, saliendo a toda prisa por la cancela. Pero la caravana giró en una pequeña plaza y desapareció en la lejanía, entre la multitud.

«¡El corazón me dice que era Amina! Amina está aquí, en Marrakech, y yo tengo que encontrarla!».

11 «Bebe y mira»

Se puso a correr en la dirección en la que había desaparecido la caravana, pasando plazas, edificios y jardines, hasta que se paró ante una majestuosa puerta-fortaleza: a su lado, allí donde los muros adornados se ensanchaban, algunos tuareg estaban montando pequeñas tiendas; mujeres y niños estaban reunidos en grupo en una fuente. Hassan se acercó, con el corazón acelerado, y escrutó los rostros cubiertos de los hombres:

«No, no son ellos...», suspiró, desilusionado.

Después de la excitación de antes, una sensación de desaliento y de cansancio lo invadió, y Hassan se acercó a la fuente y se sentó en el bordillo donde el agua borboteaba, mirando el cielo rojo de la tarde.

Desde lo alto de un minarete llegó la voz del almuédano, que invitaba al rezo, y Hassan sumergió devotamente las manos en el agua, lavándose con esmero:

«Haz que la encuentre, Alá», rezó.

Un ruido de pasos detrás de él le hizo girar y quedarse de piedra: Amina estaba allí, con un jarrón en la cabeza, pálida incrédula.

«¡Alá ha escuchado mi rezo!», gritó Hassan.

«¿Eres... eres tú de verdad...?», balbuceó la niña; se acercó a él, le puso las manos en el pecho y le apoyó la cabeza:

«Decían... Decían que habías muerto...», murmuró.

«¡No, estoy vivo, estoy aquí y te he encontrado de nuevo!», exultó Hassan, apretándola, pequeña y menuda, contra el pecho.

Amina se apartó, le vio la cara:

«Has crecido», dijo.

«He sufrido mucho», comentó Hassan, y sonrió, dejando al descubierto el diente astillado.

Amina se levantó sobre la punta de los pies, le rozó los labios con los dedos:

«Tu diente...», murmuró. «¿Cómo ha sucedido?».

«Oh, es una historia fea: unos canallas me robaron y pegaron...», suspiró Hassan, con la voz temblorosa.

«He rezado mucho por ti, porque estuvieras vivo todavía», dijo Amina. «¿Sabes? Un día vino el rico hijo de Abdullah a pedirme como esposa. Pero yo dije que no, que no, que te esperaba

ti, que te habría esperado durante toda la vida», contó Amina, teniendo la mano de Hassan apretadas contra las suyas.

«¿Sabes qué estado en Europa?».

«¿Tan lejos?».

«Sí, y también he cantado y bailado en un circo. Y ahora trabajo en un hotel, un hermoso hotel, lleno de turistas extranjeros», contó Hassan.

«¿Quieres venir a decírselo a mi padre...?», preguntó Amina tímidamente.

«Sí, sí, voy a decírselo a tu padre y a renovar mi promesa».

Entonces Amina sacó agua de la fuente, se puso el jarrón en la cabeza y camino delante de él, ligera y graciosa. Más allá de la plaza, cerca de los bastiones, un hombre cubierto estaba levantando una tienda, ayudado por dos niños. Amina hizo un gesto a Hassan:

«Mi padre», dijo.

Hassan se dirigió hacia aquella parte, con el corazón que le batía fuerte. Cuando el hombre lo vio, se bajó el velo hasta los ojos y esperó.

«Saludos», dijo Hassan.

«Saludos para ti también», respondió el hombre.

«He visto a Amina», anunció Hassan.

El hombre no respondió. También los chicos miraban y callaban.

«Ahora trabajo en un gran hotel, un hotel importante, con cuatro estrellas», prosiguió Hassan. «Pronto tendré dinero suficiente...»

El hombre hizo un solemne gesto de aprobación: no conocía el significado de las estrellas, pero aquellas palabras le parecieron indicio de fortuna y prosperidad.

«¿Amina...?», preguntó Hassan, ansioso.

«Amina es todavía tu prometida: lo que se ha dicho, se ha dicho», dijo el hombre, seriamente.

«Pronto tendré los medios para ambos», prometió Hassan.

«Pronto tendrás los medios», tomó nota el hombre; entonces se volvió y continuó levantando su tienda. Entonces Hassan volvió junto a Amina:

«¡Eres todavía mi prometida!», le susurró. «Ahora sin embargo debo correr al hotel. ¿Dónde iréis mañana?»

«Volvemos al este».

«¿Verás a mi madre?».

«La veré».

«Dile que estoy vivo y que soy feliz...».

«Se lo diré».

Hassan cogió las manos de Amina y se las apretó. Después se buscó en los bolsillos, sacó un anillo de falso marfil y se lo puso en la palma de la mano:

«Tengo solo esto para darte, viene de muy lejos...», susurró conmovido.

«Lo llevaré siempre», prometió Amina, metiéndoselo en el dedo.

Hassan corrió, después aminoró el paso y se giró: Amina seguía allí, de pie junto a su jarrón, y lo miraba. Cuando se volvió, le sonrió y le hizo un gesto de saludo con la mano; y la brisa de la tarde le despeinó poco los cabellos.

«¡Es muy hermosa y es mi prometida!», exultó Hassan, corriendo de nuevo hacia el hotel, sin echar cuenta al espectáculo que en cada esquina de la calle ofrecía Marrakech, con sus edificios suntuosos, sus espacios verdes, sus espejos de agua adornados de bananas y palmeras.

En el hall se encontró con Mohamed, que le sonrió: parecía un simple empleado, pero en cambio era un hombre muy influyente en el Hotel El Marrakech, y una palabra suya podía dar la felicidad a uno como Hassan, ¡o destruirla!

«¿Qué hay?», preguntó Mohamed, mirándolo con simpatía.

«Bien, gracias», respondió Hassan, enrojeciendo.

«¿El trabajo te gusta?».

Hassan asintió; después, fruto de una inspiración inesperada, preguntó:

«¿Podría... podría traer aquí, un día, a trabajar a mi... a mi hermana, que ahora viaja con las caravanas del este?».

«¿Cuántos años tiene?».

«Casi catorce».

«Se puede ver. Vuelve decírmelo dentro de un tiempo»,
dijo Mohamed. Y se fue, dejándolo víctima de la más viva exci-
tación.

Capítulo XXII

También Amina deja el campamento

Hassan caminaba rápido, siguiendo por instinto el camino casi invisible en mitad de las dunas y los arbustos espinosos.

El sol estaba alto en el cielo claro y el chico se enrolló una bufanda alrededor de la cabeza para defenderse del calor, que pronto se habría hecho insoportable; y caminaba, caminaba, empujado por un solo pensamiento: volver a ver a su madre, buscar a Amina y llevársela consigo, a Marrakech.

Era una idea que lo soliviantaba desde hacía días y que había ido madurando lentamente, informándose con discreción entre el personal del hotel para saber qué trabajo habría podido desarrollar una chica como Amina. Después, la tarde anterior, Mohamed le había dicho que le hacía falta una joven para el guardarropa y que le daría veinticuatro horas de permiso para volver al campamento. Y entonces, allí estaba, después de bajar de una furgoneta que le había dejado en el suk de Rissani.

«Debo darme prisa», se dijo, «tengo que llegar antes que la caravana se vaya, antes de que el sol esté alto».

Superó algunas dunas, hundiéndose en la arena, y una sensación de desaliento le invadió ante la plana inmensidad que tenía delante: ¡ni un árbol, ni un poco de sombra, ni hierba a la vista! Y a él, que ahora tenía agua para lavarse, ropa para cambiarse y muros que daban sombra para resguardarse del calor, le pareció que aquel desierto era terrible:

«¿Cómo he conseguido vivir aquí?», se preguntaba, asombrado, mirando a su alrededor.

Superó las dunas, después atravesó pequeños valles poblados de arbustos espinosos, hasta que oyó el balar de las cabras, intercalado por el ladrido de un perro:

«Es Omar», pensó alegre. «Omar con el rebaño».

Comenzó a correr en aquella dirección, trepando por un dique detrás del cual se extendía un rojizo pedregal poblado de arbustos y escasas hierbas. Y entonces lo vio, a Omar: descendía

lentamente hacia el vallecito, con su corta chilaba hecha jirones, y Zag lo precedía, con la cola alta, ladrando detrás de las cabras rezagadas. De pronto, el perro levantó el hocico y lanzó una carrera, ladrando sin parar.

«¡Zag!», gritó Hassan. Y el animal, loco de felicidad, le puso las patas en el pecho y le lamió la cara, moviendo el rabo con alegría.

Omar, mientras tanto, avanzaba lentamente, con una sonrisa tímida en el rostro quemado por el sol:

«Has vuelto».

«Sí, he vuelto», respondió Hassan, emocionado.

Prosiguió su camino hacia el campamento, precedido por Zag, que ladraba frenético para anunciar a todos el regreso de Hassan.

El campo apareció, en medio de la arena, con las pequeñas tiendas protegidas por escasas palmeras; de nuevo, una vez más, Hassan quedó asombrado por el aislamiento y la extrema pobreza del lugar.

Se dirigió hacia su tienda: una mujer, de pie junto a la entrada, con el velo en el rostro, lo vio acercarse:

«¡Madre!», gritó Hassan al verla.

Corrió hacia ella. La mujer lo apretó contra el pecho, le puso la mano en la cabeza:

«Has vuelto», murmuró, con la voz temblorosa.

Zag miró a ambos, ladró otra vez, para seguir festejando, dudó algún instante, se movió de un lado a otro y volvió a correr al galope hacia el vallecito, donde Omar le esperaba con el rebaño. Entonces Hassan entró con la madre bajo la tienda, y las niñas, acurrucadas sobre sus lechos, lo miraron estupefactas, mientras la joven targha cogía al pequeño en brazos y le salía al encuentro con una sonrisa.

«Os he traído... esto...», anunció Hassan, contento, trayendo de un fardo un pequeño puñal adornado para Omar, una linterna eléctrica para su padre, dos muñecos vestidos de aguadores para las niñas, un sonajero para el pequeño, un peine de tortuga para la joven targha y un velo azul, con hilos dorados, para su madre: había agotado todos sus ahorros para comprar

aquellos regalos y ahora lo mostraban con los ojos brillantes de alegría.

«Es muy hermoso», dijo su madre, cogiendo el velo mientras la joven targha se metía el peine entre el cabello negro como el carbón y las niñas examinaban asombradas sus muñecos.

«He venido a por Amina», anunció a Hassan, seriamente.

«Amina nos ha contado sobre ti...», dijo la madre, con ojos tristes.

«¡La ciudad es hermosa, madre, incluso más de lo que decían tus palabras y mis sueños, y yo soy feliz!», prorrumpió Hassan, con pasión.

La mujer asintió.

«¡Yo haré fortuna, puedo sentirlo, y un día vendré a por vosotros y os llevaré conmigo!», continuó Hassan.

La mujer negó con la cabeza:

«Nosotros ya no estaremos. Seguiremos a tu padre, a la tierra de los Tassili», dijo tranquilamente: «Así lo ha decidido tu padre y así haremos».

«¿Dónde está ahora mi padre?».

«Salió al alba hacia el norte».

«¿Le darás tú la linterna? Le puede servir cuando se levante por la noche», dijo Hassan, mostrándole cómo funcionaba. Después añadió, con convicción: «¡Hay tantas cosas bonitas en la ciudad, madre, tantas cosas bonitas e importantes en el mundo!».

«Lo sé», respondió tranquilamente la mujer.

«¿Y no querrías verlas un día?».

«No».

La noticia de la llegada de Hassan se había detenido por el campamento y se escuchaba ahora un ruido de pisadas delante de la tienda y un susurró de voces de niños.

«Ahora ve con Amina y que Alá os proteja», dijo la mujer.

«Volveré, madre», prometió Hassan, saliendo.

Un grupito de chicos y niños lo rodeó, en silencio, y lo acompañó hacia la tienda de Amina, mientras la madre, inmóvil bajo la luz cegadora del día, con el rostro escondido por el velo, lo miraba alejarse.

Amina estaba de pie junto a su tienda, en compañía de la madre, una pequeña mujer de apariencia tímida, envuelta en su chal negro.

«He venido a buscarte», dijo Hassan. «Si quieres, puedes trabajar conmigo en el hotel».

El rostro de Amina se iluminó:

«Quiero ir contigo».

Entonces Hassan se dirigió hacia el arroyo, donde Yussef, el padre de Amina, estaba dando de beber a sus dromedarios, y le anunció con aire serio:

«Cojo a Amina y me la llevo conmigo».

El hombre se ajustó el velo y respondió:

«Amina es tu prometida: si ella está de acuerdo, tienes mi permiso para llevártela».

«Amina quiere seguirme y yo velaré por ella y siempre la respetaré y amaré y le prepararé una rica dote», prometió Hassan.

El hombre hizo un solemne gesto de asentimiento, y Hassan, abandonando el aire serio y maduro que se había impuesto hasta aquel momento, corrió hacia la chica, gritando:

«¡Amina, tu padre me ha dado el permiso para llevarte a la ciudad!».

Entonces toda la gente del campamento salió de las tiendas y fue a saludarlos; cada uno llevaba a la chica un pequeño regalo, un peine de hueso, un cinturón de cuero adornado con un amuleto contra el mal de ojos, un recipiente con ungüento perfumado, un brazalete engarzado...

La madre de Amina preparó un fardo, lo cerró con cuidado y lo confió a la hija, que la abrazó, en silencio.

También la pequeña multitud callaba, ahora, impresionada por aquella partida: ¡dos chicos tan jóvenes que se iban solos hacia las insidias de la gran ciudad lejana!

«Nuestro padre quiere que os escolte hasta el suk de Risani», dijo uno de los hermanos de Amina, acercándose con su dromedario.

Los tres partieron en dirección oeste: el dromedario trotaba plácidamente, encontrando solo el camino; el hermano ca-

minaba al lado, en silencio, con la cabeza agachada; detrás, iban Amina y Hassan, uno junto al otro, muy juntos, pero sin osar cogerse de la mano, como habrían deseado, cohibidos por el hombre. De vez en cuando, sin embargo, Amina levantaba la mirada, encontraba la de Hassan y sonreía. Entonces Hassan sentía que habría sido capaz de cumplir las más increíbles proezas ahora que ella estaba junto a él.



Capítulo XXIII

Juntos, hacia el mañana

Amina se miró en el espejo y sonrió a la propia imagen; después bajo corriendo las escaleras, dirigiéndose hacia las cocinas; pero se detuvo espantada en el umbral, mirando a su alrededor y buscando con la vista a Hassan, en la multitud de cocineros, camareros y lavaplatos que iban y venían, en medio del vapor de las enormes ollas.

Algunos camareros, pasando a su lado, le lanzaron una mirada llena de admiración: ¡era muy guapa, con su figurita delgada que resaltaba en el uniforme azul, la cofia blanca, el pelo recogido y las medias inmaculadas!

Hassan, que estaba sumergiendo una pila de platos en el agua ardiendo, levantó la mirada y la vio: ¡le pareció una criatura angelical que había bajado a un lugar infernal! Dejó todo y corrió hacia ella, secándose las manos en el delantal:

«¿Qué haces aquí?».

«¡Oh, Hassan, finalmente te he encontrado!».

«¡No debes venir aquí abajo, no debes venir nunca!», prorumpió Hassan con vehemencia, agarrándola por un brazo y llevándola hacia la salida:

«¡Este no es un sitio para ti!».

«¡Tus manos!», exclamó Amina, «¿qué te han hecho?».

«Nada, es agua caliente», respondió rápido Hassan, escondiendo detrás de la espalda las manos hinchadas y enrojecidas.

«Quería que vieras mi uniforme...», murmuró Amina, mortificada.

«Es muy bonita», dijo Hassan.

«¿Verdad que es bonita?», se entusiasmó Amina. «También el trabajo que hago es bueno y fácil: ¡casi parece un juego! ¡Solo tengo que doblar la ropa, después contarla, después escribir el número en un cuaderno y después meterla dentro de los armarios!», contó Amina. «¡Oh, Hassan, qué contenta estoy de estar aquí! ¿Sabes?, esta noche he dormido en una verdadera habita-

ción, con otras dos chicas, bajo techo, y se veían todas las luces de la ciudad. Hemos hablado y hablado hasta el amanecer. Una es joven como yo. ¡Y en la cama hay sábanas, sábanas blancas!», contó Amina, excitada. «Y de los grifos sale agua, tanta como quieras, y es caliente y fría y también templada. ¡Hassan, yo no creía que en el mundo existieran tantas cosas bonitas!»

Hassan sonrió, enternecido:

«Pronto te llevaré a la gran plaza de los malabaristas», prometió. ¡Verás: es muy bonita!»

«Sí, sí, quiero verlo todo. Pero ahora tengo que irme corriendo arriba porque están repartiendo la ropa para las habitaciones».

Y Amina se marchó, rápido, por las escaleras. Hassan las siguió con la mirada hasta que desaparecieron, después volvió lentamente sobre sus pasos, pensativo:

«Tengo que protegerla», se dijo. «¡Este es un mundo demasiado diferente del nuestro!».

Atravesó el hall, donde un grupo de turistas italianos se estaba reuniendo para la visita guiada de la ciudad, y tomó el pasillo de las boutiques, para no pasar por delante de la oficina y no llamar la atención de Mohamed: ¡su puesto a aquella hora estaba en la cocina!

Antes de tomar la escalera que llevaba al sótano, se paró durante un momento a admirar a los dos porteros de pie a los lados de la escalinata, con la ropa blanca que resplandecía a la luz del día. Fue entonces cuando oyó a una chica decir en italiano a otra, señalando un brazalete de plata engarzado, expuesto en el escaparate:

«Es muy bonito. Casi, casi lo compró para mi madre».

«En los suk los hay más bonitos y cuestan menos», dijo Hassan, impulsivamente. La chica se giró asombrada hacia él:

«¿Tú sabes italiano?».

Hassan hizo un gesto afirmativo con la cabeza:

«He estado en Italia, en Turín», dijo.

«¿Y qué hacías en Italia?»

«Estaba... con un circo...».

«¡Entonces eres un artista!», rieron las dos chicas.

«Un artista no, pero sé cantar, bailar y hacer saltos acrobáticos...», se enorgulleció Hassan.

En esas llegó Rahim, el elegante guía turístico del hotel, y Hassan se deleitó mirando sus manos bien arregladas, el pelo perfectamente ondulado y la chilaba de finísima lana blanca.

«¡Atento, Rahim: aquí tienes un contendiente!», le dijo, riendo, una de las dos chicas. «¡Este sabe italiano y pueda hacernos de guía en los suk!».

«¡Y sabe también cantar y bailar!», añadió la otra, mientras Hassan se ponía rojo por completo.

«¿De verdad sabes cantar y bailar!», preguntó Rahim, con aire interesado.

Hassan hizo un tímido gesto afirmativo con la cabeza.

«¿Dónde estás?».

«Trabajo aquí, en la cocina...».

«Entonces este mediodía tú vendrás con nosotros, a la Fantasía Bereber: ¡necesito chicos para el espectáculo!», exclamó Rahim.

«¿Puede venir también... mi hermana...?», preguntó ansioso Hassan.

«¿Tu hermana? ¿Cuántos años tiene?».

«Casi catorce».

«¿Es guapa como tú?», preguntó sonriendo una de las dos chicas.

Hassan sintió el pecho hincharse de orgullo:

«Amina es hermosa», dijo, con convicción.

Los tres se pusieron a reír.

«Entonces está decidido: este mediodía vendréis con el grupo de turistas italianos y nos mostrareis lo que sabes hacer».

Y Rahim salió y se puso a descender, con paso real, las escaleras, dirigiéndose hacia el autobús donde ya se habían acomodado los turistas. Las dos chicas lo siguieron; antes, sin embargo, una de ellas se volvió y dijo a Hassan:

«Si me necesitas, yo me llamo Alessandra, y soy de la Transeuropa Viajes. Hasta luego».

«Hasta luego», respondió Hassan, todavía sorprendido.

Y fue así que en el soleado mediodía subió con amina al autocar blanco y azul que se dirigía hacia el este con su carga de turistas ansiosos por asistir a las típicas cabalgadas bereberes, a las danzas folklóricas y por cenar a la noche bajo las grandes tiendas indígenas.

«¿Qué tengo que hacer?», preguntó Amina, preocupada, agarrándose a Hassan, al fondo del autobús.

«Nada. Verás que no debes hacer nada especial», intentó tranquilizarle el chico, con voz dudosa.

«¿Y si me piden que cante y baile?», insistió Amina, pálida y ansiosa.

«No, está tranquila. Soy yo quien debe cantar y bailar».

Pero también Hassan tenía el corazón lleno de ansia y maldecía el momento en el que había presumido delante de las dos chicas. Ahora Alessandra se sentaba ante los pasajeros con un micrófono en la mano y mostraba las bellezas de los jardines de bananas y de palmeras que recorrían, ininterrumpidamente, los lados de la carretera.

«Ahora voy con ella y le digo, le digo que no es verdad, que me lo he inventado todo», pensaba, sin moverse de su sitio, con las palmas de las manos llenas de sudor. Después los árboles desaparecieron y cedieron paso a una extensión de matorrales y de arena roja, con casas de tierra desperdigadas, nubes de niños semidesnudos que miraban el autocar con ojos asombrados, y por fin, una larga avenida arbolada, donde el autobús giró, y al final de la cual aparecía una baja construcción blanca sobre la que campeaba un cartel: «La Fantasía».

El conductor se puso a tocar festivamente el claxon y, de golpe, como salidos de la nada, aparecieron dos jinetes bereberes a los lados de la arboleda, altos en sus monturas: agitaron belicosamente al aire sus largas cimitarras y escoltaron al galope el autobús hacia una plaza inundada de sol donde se alzaban grandes tiendas cónicas con las puntas verdes y naranjas.

Junto a la casa, un campo de tierra batida, una docena de guerreros, en los blancos ropajes de los antepasados, se preparaba para lanzar al galope sus espléndidos caballos árabes, disparando a lo loco, en una peligrosa y sugestiva cabalgada. Inme-

diatamente, la multitud de turistas se agolpó en las puertas del autobús y se colocó detrás de las barreras; zumbaron las cámaras de video, saltaron los flashes, mientras los guerreros bereberes llevaban al final del campamento a sus briosos caballos y los lanzaban al galope, llenando el aire de disparos de fusil.

«Vosotros dos id a las caballerizas a prepararos», dijo Rahim, indicando a Hassan y Amina la parte de atrás del edificio.

En una tienda baja, llena de utensilios, de instrumentos y de vestidos, un viejo delgado, con una chilaba blanca, un amplio turbante en la cabeza y una enorme oca que lo seguía como una sombra, distribuía ropa e instrumentos a una multitud de niños. Sin mediar palabra, dio a Hassan una túnica corta, adornada de hilos dorados, unos pantalones anchos de lino blanco y otro cinturón, con un pequeño puñal colgado. Un turbante blanco, con una perla azul delante, completó su uniforme.

«¡Pareces uno de los guardias del hotel!», exclamó Amina, con admiración.

Y Hassan rio, feliz.

«Tu también estas muy guapa», dijo, mirándola.

Amina se había puesto mientras tanto un caftán de seda naranja, con bordados de oro, y tenía sobre la frente un velo adornado de moneditas tintineantes. Y tintineantes eran también las zapatillas doradas que llevaba.

En ese momento, el viejo dio unas palmadas, fastidiado.

«¡Basta de charlas!», gritó. «¡Los bailarines conmigo, las chicas que tendrán que servir la mesa, que vayan allí!». Y salió, seguido muy cerca por la oca.

«Yo voy a servir las mesas», susurró amina, tranquilizada; y siguió a las otras chicas, mientras Hassan, con el corazón que le batía fuertemente, se ponía en fila con los bailarines, que reían y se daban empujones, muy contentos.

Después en la plaza, al son de antiguos instrumentos, los bailes dieron inicio, y Hassan, sin saber siquiera cómo, se encontró bailando y haciendo saltos acrobáticos altos, cada vez más alto, mientras el viejo iba de un grupo a otro, seguido por la oca, y chicas vestidas con velos lanzaban pétalos de rosa a los turis-

tas o llevaban, en fila india, en amplios platos de terracota, el mechoui, el mkalli y el cuscús, bajo las tiendas verdes y naranja.

Y Amina pasaba una y otra vez por la plaza, graciosa y sonriente en su vestido de seda; y la oca seguía a unos y otros, aleteando, y picoteaba a los turistas que se acercaban para sacarle una foto; y los autobuses continuaban llegando, descargando nubes de turistas extasiados; y los guerreros se lanzaban de nuevo a su galope desenfrenado sobre el campo de tierra batida; y la música acompañaba los latidos del corazón; y el sol producía destellos de las fuentes que brotaban; y el aire tenía los mágicos colores del atardecer; y Hassan sentía que la vida era maravillosa.



